

EL ESTAFADOR DEL AMOR



CUANDO TU PEOR ENEMIGO
ES TU COMPAÑERO DE VIDA

NATALIA DIVÁN

EL ESTAFADOR DEL AMOR

NATALIA DIVÁN

© 2020, Natalia Diván

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción parcial o total de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Contenido

[MI MISIÓN](#)

[SINOPSIS](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[PETICIÓN DE LA AUTORA](#)

CONTENIDO EXTRA:

[TAMBIÉN PUEDE INTERESARTE](#)

[FRAGMENTO DE 'ESOS OJOS ME SUENAN'](#)

MI MISIÓN

Ayudar a mis lectores y lectoras a abstraerse de los problemas mundanos del día a día y sumergirse en apasionantes historias que los harán soñar.

www.natalidivan.com

SINOPSIS

Alizée, una joven profesora parisina que vive en Madrid desde hace un año, ha logrado construir una vida cómoda y despreocupada que es la envidia de cualquiera: le va bien en su trabajo, adora la capital española y tiene una excelente relación con su novio, Marcos, un joven y apuesto gestor administrativo que está tan enamorado de Alizée como ella de él. Pero, a veces, las cosas no son exactamente lo que parecen.

El castillo de naipes sobre el que ha levantado su felicidad comienza a derrumbarse cuando recibe un misterioso mensaje anónimo. En él, la advierten de que su pareja no es quien dice ser, sino un estafador profesional, y que corre mucho peligro permaneciendo a su lado. Alarmada, no sabe qué crédito darle a tal información, por lo que decide contratar los servicios de un detective privado, Agustín, con la ayuda del cual, pronto, se percatará de comportamientos extraños de Marcos que antes habían pasado inadvertidos para ella.

¿Será cierto que Alizée ha estado engañada durante todo este tiempo? ¿Era el mensaje que recibió falso y malintencionado? ¿Es Marcos realmente el hombre increíble del que se enamoró o, por el contrario, su verdadera media naranja está todavía por aparecer? Y, lo más importante: ¿hasta qué punto corre peligro su vida?

El estafador del amor, una novela cargada de romance e intriga que no debes perderte.

1

Alizée · junio de 2019

Antes de continuar, me cercioro por última vez de que estoy en el lugar adecuado: «Calle Núñez de Balboa», leo en la placa de una fachada. Sí, es aquí.

Camino unos pasos esquivando a un par de ancianas que se mueven con dificultad, cada una de ellas sujetándose del brazo de la otra, y llego a la entrada de un edificio señorial, solemne y recientemente reformado. Sobre la puerta descansa anclado un distintivo 2 dorado. Éste es un barrio de pijos.

Me acerco al portero automático y presiono el botón junto al cual hay una pegatina en la que se puede leer «detective privado».

—¿Sí? —pregunta una voz femenina a través del telefonillo.

—Eh, hola —titubeo nerviosa—. Soy Alizée. Ayer pedí una cita para...

—Suba —la voz me interrumpe y, tras un zumbido eléctrico, la puerta se abre.

Entro y cierta fragancia delicada me acaricia el sentido del olfato. No se trata del típico ambientador en spray de marca blanca que se utiliza para disimular olores, ni mucho menos. Parece ser que en esta comunidad gusta bastante lo delicado, lo exclusivo.

—Hola —le digo a la limpiadora.

—Buenos días —me saluda educadamente y vuelve a centrar la atención en sus quehaceres.

Subo en ascensor hasta el tercer piso. Allí, la puerta del 3º B está entreabierta. Pego tímidamente y entro.

—¿Le ha sido fácil encontrar aparcamiento? —me pregunta con una sonrisa de oreja a oreja la recepcionista, que está sentada tras un escritorio. Es una señora de unos sesenta y pico años que viste de forma muy elegante y que es bastante sexy.

—He venido en metro. —Le devuelvo la sonrisa.

—¡Ah! —Ella hace una mueca.

Supongo que la gente que contrata los servicios de un detective no es gente que, en general, suela usar el transporte público. Eso es muy *lower-class*.

En este momento me replanteo si, de verdad, puedo permitirme desembolsar tanto dinero en esto.

—Agustín la atenderá en un momento —dice la mujer, centrando su atención en un montón de papeles que comienza a ordenar—. Puede ponerse cómoda.

Dicho y hecho. Me siento en un confortable sillón que hay en la entrada y me dedico a admirar la decoración: muebles buenos y modernos, plantas naturales, bastante luz que entra a través de las amplísimas ventanas, elegante papel de pared, un título enmarcado de detective reconocido por el Ministerio del Interior...

Un pasillo parece conducir al resto de las estancias del piso, imagino que esto es una casa-oficina. En la habitación en la que me encuentro hay, además, una puerta cerrada a cal y canto con

un cartelito de metal incrustado que reza «silencio, por favor. Espere a ser llamado». Lo más probable es que Agustín esté ahí dentro, tras el letrero.

Miro de soslayo a la recepcionista, que continúa poniendo orden en su escritorio. ¿Estarán Agustín y ella casados?

Tras cinco minutos de espera, la puerta que estaba cerrada se abre y, al otro lado, aparece un señor trajeado, canoso, alto y lánguido de la misma edad que la recepcionista.

—¿Alisei? —Me dirige una mirada.

—Alizée —le corrijo la pronunciación.

—Disculpe. Pase.

Entro en su pequeño despacho, en el que me siento como atrapada en una jaula por la falta de ventanas y las numerosas estanterías repletas de libros que tocan el techo. Ambos tomamos asiento, cada uno a un lado de un escritorio de roble.

—Bueno... —dice lentamente mientras entrelaza las manos, como si no supiera por dónde empezar—. Mi nombre es Agustín, aunque eso ya lo sabrá. ¿Te parece bien que nos tuteemos, Alizée? Ahora lo he dicho bien, ¿verdad?

—Sí —respondo con una risilla nerviosa—. Mejor nos tuteamos.

—Sofía, la recepcionista, me ha dado algunos detalles sobre lo que necesitas, pero mejor que me lo expliques tú misma.

—Pues —mientras hablo me fijo en que sus ojos, cansados por el paso del tiempo pero todavía hermosos, son celestes como el cielo— quiero investigar a mi pareja.

—¿Hombre o mujer? —pregunta mientras comienza a realizar anotaciones.

—Es varón. Se llama Marcos.

—Déjame adivinar: crees que te es infiel con alguien —sugiere sin dejar de escribir—. Una amiga, quizás.

—No...

—¡Vaya! —Da un chasquido con los dedos—. Suele ser eso. Entonces, ¿de qué se trata?

—Creo que mi novio no es quien dice ser. Temo que me ha estafado y que me engaña, pero no estoy segura. No sé qué pensar.

—Interesante... —dice rascándose la barbilla—. ¿En qué te basas para acusarlo de tal cosa?

—Me llegó un mensaje.

Saco mi teléfono móvil del bolso, ingreso en mi cuenta de Instagram y le muestro el misterioso mensaje privado que recibí hace un par de días de un perfil ‘vacío’, sin fotos, ni seguidores, ni seguidos ni ninguna descripción, y cuyo nombre de usuario es «efjwja758dsckjns123», una sucesión aparentemente aleatoria de letras y números. Estoy convencida de que, quien sea que está detrás de esta cuenta, la creó con el único fin de ponerse en contacto conmigo.

Agustín lee el mensaje en voz alta:

—«Hola. Te escribo para advertirte de que el tipo que sale contigo en tu última imagen es un criminal, y casi con total seguridad te está estafando. Conmigo lo hizo. Me utilizó, me engañó y me sacó todo lo que pudo y más. Ten mucho cuidado, es peligroso. Siento no poder serte de más ayuda y no dar la cara, pero me amenazó y dijo que, como me atreviera a contar algo, iría a por mi

hija. No puedo arriesgarme, compréndeme. Por favor, no cuentes nada».

—¿Qué te parece? —pregunto intrigada por conocer su opinión

—Ummh... —Se rasca ahora compulsivamente la cabeza, pensativo—. La imagen de la que habla, ¿en ella apareces con Marcos?

—Sí. Es la primera que subo junto a él. Soy muy celosa de mi intimidad.

—¿Puedo verla?

Asiento con la cabeza y le muestro la fotografía durante algunos segundos. Fue tomada en un restaurante por un camarero.

—¿Marcos sabe que la has subido?

—No. Mi novio ni siquiera tiene redes sociales.

—¡Oh!... ¿Qué edad tiene Marcos?

—La mía. Veintinueve.

—¿Alguien menor de treinta años, en pleno 2019 y que no tiene ni una sola red social?

—Entiendo lo que estás sugiriendo. Confieso que a mí también me pareció raro al principio, pero tampoco es como para desconfiar... ¿O sí?

—Mira, te seré claro, *Alisei*...

—Alizée —vuelvo a interrumpirle.

—Disculpa. Como decía, existe la posibilidad de que, sí, se trate de un estafador. A juzgar por el tono de desesperación, ese mensaje que has recibido parece sincero, aunque podría ser completamente contrario a la verdad y perseguir algún oscuro objetivo como destruir vuestra relación. Dicho esto, te advierto de que en los últimos años se han puesto muy de moda los conocidos como ‘estafadores del amor’.

—¿Qué es eso? —pregunto atónita, aunque ya formando una idea en mi mente de lo que puede significar.

—Son personas, hombres en su mayoría, que se aprovechan de sus víctimas haciéndoles pensar que sienten grandes sentimientos hacia ellas. Se ganan su confianza, a veces logran meterse en sus casas, les apartan de sus familias y amigos y les sacan todo el dinero que puedan.

—Oh, *mon Dieu*. —Me llevo la mano a la boca al ver similitudes respecto a mi relación con Marcos.

—Pero no seamos negativos, por favor. Al menos, no todavía. No tenemos ninguna prueba sólida para acusar a tu novio de nada. —Le da un pequeño sorbo a su botellita de agua. Parece tener la lengua seca de tanto hablar—. Estos estafadores suelen aprovecharse de individuos débiles, psicológicamente hablando. Gente que no tiene muchos amigos, gente tímida, que está sola, maleable... Gente más fácil de engañar. ¿Te sientes identificada?

—No me considero una persona débil ni tímida —respondo con total sinceridad—, pero, cuando lo conocí, yo estaba sola. Acababa de llegar a España.

—Ahí está —exclama Agustín chasqueando los dedos, como si acabara de descubrir la clave—. Él fue tu apoyo, ¿verdad?

—Sí. Me ayudó muchísimo.

—*Alisei*, necesito que me lo cuentes todo. Cómo lo conociste, cuándo, que me des detalles de su actitud a lo largo de todo este tiempo... No te dejes nada en el tintero ¿de acuerdo?

—La historia es un poco larga —le advierto.

—Descuida. Tengo toda la tarde para escucharte.

—Pues vamos allá...

Tomo aire y me preparo para hacer memoria y hablar sobre todo lo que sé de Marcos.

Alizée

—Todo comenzó hace poco más de un año. Llegué a Madrid en mayo de 2018 y, como imaginarás por mi nombre y por mi acento, soy francesa. De París. Interrúmpeme si divago demasiado.

—No te preocupes. Continúa —me dice Agustín con tono afable.

—Cuando llegué no conocía a nadie. Vine huyendo de París. Amo mi ciudad, pero estaba saturada de ella, digamos que necesitábamos darnos un tiempo, como los enamorados.

»Allí trabajaba como profesora de castellano. Elegí España porque me encanta este país. Aquí he trabajado desde el principio como profesora particular de francés.

»Al mes de instalarme en Madrid me creé una cuenta de Tinder, ¿sabes qué es? —pregunto dudosa de que el detective de sesenta y pico años sepa de qué le estoy hablando.

—Por supuesto que lo sé —contesta con ligera molestia.

—Bueno, pues me creé una cuenta de Tinder, y ahí conocí al tipo más guapo, carismático, educado, divertido e interesante del mundo: Marcos.

—¿Quién le habló primero al otro? ¿Tú o él?

—Él. ¿Tiene importancia?

—Puede tenerla. ¿Qué información había en tu perfil? —pregunta con mirada suspicaz.

—Eh... —Intento hacer memoria—. Creo que ponía algo así como: «Chica francesa nueva en la ciudad. Busco emociones y conocer gente guay. ¿Alguien dispuesto a enseñarme Madrid?».

—Claro —dice el detective al tiempo que hace una expresiva mueca, como si estuviese resolviendo un puzle demasiado fácil para él—. Eras la víctima perfecta.

—Porque estaba sola, ¿no? —comienzo a comprender su razonamiento—. Era más vulnerable.

—Así es. ¿Es un tipo sociable?

—La verdad es que no. No tiene ni siquiera amigos.

—¿Chateasteis durante mucho tiempo antes de veros en persona?

—No, no, para nada —retomo la narración—. Él tenía mucho interés en quedar conmigo. Hablábamos por *Whatsapp* todos los días, nos hicimos buenos ciberamigos. Antes de citarnos en persona le exigí hacer una videollamada para quedarme más tranquila. Luego, nos vimos en un restaurante en el que me invitó a comer.

»Aquella primera noche, como me sentía tan a gusto con él, me sinceré y le hablé de ciertas preocupaciones que me rondaban la cabeza: yo sólo llevaba un mes en Madrid, por lo que aún tenía pocos alumnos, pero ya ganaba una cantidad de dinero considerable, así que supuse que debía darme de alta como autónoma y todas esas cosas burocráticas que tanto odio. Marcos es gestor, por lo que se ofreció a ayudarme desinteresadamente. Siempre se ha portado muy bien conmigo.

—¿Marcos te ayudó gratis a realizar los trámites con Hacienda, la Seguridad Social...?

—No me ayudó, él se encargó de todo —puntualizo—. Todos los trimestres realiza los pagos del IRPF y del IVA. A decir verdad, Marcos es un tipo maravilloso y gracias a él sólo tengo que preocuparme por enseñar bien.

—Espera, espera, espera... —Agustín se lleva las manos a la cabeza y comienzo a preocuparme—. ¿Has confiado en él así, sin más?

—Ya he dicho que Marcos es gestor, ¿qué problema puede haber? —pregunto con inocencia.

—¿No firmasteis un contrato de prestación de servicios?

—Creo que no. Lo único que he firmado era un papel en el que le otorgaba poderes para que pudiera realizar todos mis trámites.

—Vaya, vaya, *Alisei*. —Me pone muy nerviosa que Agustín no sea capaz de pronunciar correctamente mi nombre—. Siempre hay que firmar un contrato, siempre.

—He hecho mal, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —sentencia el hombre con un suave golpe sobre el escritorio—. Antes has dicho algo del IVA... Explícate.

—No hay mucho misterio: cada tres meses le entrego el dinero correspondiente según lo que haya ganado, y él se encarga de ingresarlo en Hacienda.

—¿En tus facturas se detalla el IVA?

Me está empezando a poner bastante nerviosa; no comprendo adónde quiere llegar el detective con estas preguntas y por qué tanto hincapié en el asunto del impuesto.

—Sí, el 21%.

—Déjame hacer una comprobación...

Agustín enciende su portátil, teclea algo en el buscador web y emplea unos cinco minutos en constatar algo. Yo espero pacientemente, en silencio. Cuando obtiene la información que quería se reclina en su vieja silla de escritorio, que chirría de forma muy desagradable, y dice en un tono serio mirándome a los ojos:

—Te ha engañado.

—Pero ¿qué dices?...

—Marcos te ha engañado. Has dicho que impartes clases particulares de francés, y en España, la enseñanza de asignaturas que están incluidas en los planes educativos, entre ellas el francés, están exentas de IVA —gira el ordenador y me señala un párrafo para que lo lea.

Paso unos segundos en silencio, intentando procesar toda la información. Leo y releo el texto en cuestión, esperanzada en que Agustín lo haya interpretado mal, pero está en lo cierto: aquí pone que enseñar francés es una actividad exenta de IVA, y debe ser cierto porque es una web especializada en legalidad. Entonces, ¿a dónde ha ido a parar durante este año todo ese dinero?... No, no puede ser. Me niego a pensar tan mal de él.

—*Alisei*, la persona anónima que te advirtió sobre Marcos tenía razón: es un estafador.

—*Merde*. —Me tapo el rostro con la mano y tartamudeo—: Eso es imp-imposible...

—Ojalá estuviera equivocado, pero te aseguro que no.

No logro contener un torrente de lágrimas que brota repentinamente de mis ojos. Por si fuera poco, comienzo a sentirme muy débil, mareada, como si fuera a desmayarme de un momento a

otro.

—Oh, no pretendía... Disculpa. ¿Quieres agua?

—Sí, por fav... —No tengo fuerzas ni para terminar la frase.

Me acerca su botella y le doy un sorbo. La vuelvo a dejar sobre el escritorio.

—Gracias.

—¿Estás bien?

—No, por supuesto que no lo estoy. He vivido engañada durante más de un año —saco un pañuelo de mi bolso y me limpio las lágrimas, corriéndome en el acto el maquillaje por todo mi rostro—. Necesito hablar con él y que me explique lo del IVA.

—¿Con Marcos? De ninguna manera.

—¿Me lo vas a impedir? —lo miro contrariada.

—*Alisei*, no hemos hecho sino empezar a averiguar cosas. Me temo que todavía hay más datos que debo conocer. Además, no puedes llamarle por teléfono y preguntarle si es verdad que se ha estado quedando tu dinero. Debemos ser cautos.

—De acuerdo, de acuerdo, tienes razón —concluyo tras una pausa—. Entonces, ¿ahora qué? ¿Lo denuncio ante la policía?

—No. Ahora tienes que seguir contándome cosas.

—¿Qué cosas? —pregunto confusa.

Normalmente no soy tan pánfila, pero en este momento me siento tan afligida que me cuesta bastante pensar con raciocinio.

—¡Sobre tu relación con Marcos, evidentemente! —dice mientras gesticula con efusividad—. Has dicho que él se encargó de darte de alta como autónoma, de pagar en Hacienda un IVA que no es real... ¿Qué otras cosas dignas de mención han ocurrido entre vosotros?

Suspiro hondamente, intento hacer memoria y continúo narrando:

—Empezamos a salir. Desde el principio, nuestra relación fue idílica. Me invitaba constantemente a comer, me hacía pequeños regalos... Yo estaba enamorada hasta las trancas, como decís los españoles.

—Un tipo detallista, ¿no?

—Mucho, muuucho, hasta que perdió su empleo porque la gestoría en la que trabajaba cerró, aunque siguió encargándose de mis trámites, supuestamente. Ocurrió al mes y medio de relación.

—¿Por casualidad se fue a vivir contigo? —pregunta Agustín como si fuera un adivino.

—Así es. No tenía dinero para pagar el alquiler, así que, como yo vivía sola, no dudé ni un instante en invitarlo a que se mudara a mi piso gratis mientras buscaba trabajo. ¿Cómo lo has sabido?

—Es de manual —contesta el detective con cierta soberbia—. Primero te engatusa con cenas en restaurantes, regalos materiales... Te hace creer que es un buen tipo y que está loco por ti, ¡es imposible dudar de alguien tan aparentemente genial! Luego, comienza a chuparte *tu* dinero como una sanguijuela chupa la sangre, y no te das ni cuenta.

—He sido una imbécil.

—No, mujer, no digas eso —murmura con tono condescendiente—. Pero sí has pecado de ingenua.

—Es que... —miro al techo, tomo aire y continúo hablando— jamás lo hubiera imaginado. Estaba... Estoy —me corrijo— completamente enamorada de Marcos. Y pensaba que él también de mí.

—Necesito que continúes hablándome de él. ¿Cómo era vuestra convivencia?

—Maravillosa, me la hacía muy fácil —contesto con total sinceridad—. Al principio, pese a haber perdido su trabajo, continuaba haciéndome pequeños regalos. Yo le pedía que parase, que nada de eso era necesario. Me sentía mal.

—Ese esfuerzo económico que Marcos realizaba te hizo apreciarlo todavía más, ¿cierto? «Oh, pobrecito mi novio, que se está dejando sus ahorros en agradarme» —dice con sorna.

—Sí. ¿Esa estrategia también es de manual? —pregunto cada vez más abatida al comprobar que las hipótesis de Agustín muestran una peligrosa lógica.

—Siento decir que sí. *Alisei...*

—Alizée —vuelvo a corregirle.

—Disculpa, soy malísimo con los nombres extranjeros. —Carraspea su voz—. Alizée, durante el tiempo que vivió contigo, ¿crees que Marcos tuvo oportunidad de quedarse con dinero tuyo de alguna otra forma? Sin contar lo del IVA, claro está.

—Pues... —Dudo un instante.

—¿Sí?

—Al poco tiempo de él mudarse conmigo vendí mi coche. Mentira: él se encargó de venderlo. Dijo que así se sentiría útil y me ayudaría en algo.

—¿Por cuánto?

—Nueve mil.

—Entonces estaría en buen estado —Agustín arquea una ceja de forma suspicaz pero divertida al mismo tiempo.

—Sí, tenía poco uso. Además, antes de venderlo, Marcos lo llevó al taller para ponerlo a punto. Me aseguró que la inversión valdría la pena, que así subiría su valor en el mercado. Y tenía razón.

—Eso me interesa —dice el detective al tiempo que da un respingo en su asiento—. ¿Cuánto costaron los arreglos?

—Ummh... —Cierro los ojos un instante, intentando hacer memoria—. Mil seiscientos euros.

—No es poco dinero. Supongo que lo pagaste tú.

Asiento con un leve movimiento de cabeza.

—¿Crees que se pudo quedar con parte de ese dinero? —me pregunta.

—Para nada. Bueno, espero que no. Ya no sé qué pensar.

—¿Te enseñó la factura?

—No.

—¡Oh, vamos, Alizée! —Agustín hace un gesto de desesperación con las manos—. ¿Cómo puedes ser tan confiada? —pregunta sobresaltado.

—No lo sé, no lo sé.

Vuelvo a sentirme una estúpida y rompo a sollozar como una niña pequeña.

—Discúlpame, no debería haber elevado tanto la voz —un tanto avergonzado, el detective presiona las palmas de las manos la una contra la otra a modo de súplica—. Lo siento.

—Tienes razón, Agustín. He sido muy inconsciente —susurro con tono culposo—. No parece que tenga veintinueve años, sino diecinueve. Me creía una mujer avispada y más o menos lista.

—Lo que te ha pasado no significa que no lo seas.

—Claro que sí. ¡Demonios, he vivido toda mi vida en pleno centro de París, que no es poca cosa! ¿Cómo he podido ser tan imbécil?... *Je suis bête comme mes pieds...*

—No tengo ni idea de qué significa eso último que has dicho, pero posiblemente nada bonito. No seas tan dura contigo misma, por favor. Cuando llegaste a Madrid estabas sola y, por ende, eras débil y maleable. De nada sirve lamentarse ahora.

—Ya.

—El caso es que se aprovechó de ti porque sabía que lo tendría fácil. Tú eres la víctima, *Alisei*. La culpa no es tuya, sino de Marcos.

«La culpa no es tuya, sino de Marcos», «la culpa no es tuya, sino de Marcos», «la culpa no es tuya, sino de Marcos».

Repito varias veces la frase en mi mente, en silencio, intentando convencerme de ella. Agustín está en lo cierto: no he sido fuerte, no me he sabido defender, pero ¿acaso por eso soy yo la culpable de que ese capullo se haya aprovechado de mí? De ninguna manera.

—¡Sofía! —Agustín llama a voces a alguien.

La puerta se abre y la recepcionista asoma medio cuerpo.

—¿Sí? —pregunta con tono servil.

—¿Puedes traerle una tila a Alizée? Por favor.

Sofía obedece y vuelve al cabo de unos minutos con mi infusión. Se retira y deja la puerta cerrada.

Le doy un sorbo a la tila, caliente. Aunque no se lo expreso, estoy muy agradecida de que Agustín se preocupe tanto por mí, al menos en apariencia.

—Sigue contándome cosas, por favor.

—Pues —dejo el vaso, ya vacío, sobre el escritorio— creo que estamos llegando al final: tres semanas después de vender mi coche, Marcos encontró trabajo en una gestoría que está en la otra punta de Madrid. Aquel mes pagó la mitad del alquiler y de los gastos comunes, pero...

—Pero dejó de hacerlo por algún problema sobrevenido —Agustín se adelanta como si de un adivino se tratara.

—Sí. Su hermano, que vive en Murcia, se quedó en paro, y como él cuida a la madre de ambos, además de tener su propia familia, Marcos se vio en la tesitura de ayudar, por lo que decidió enviarles todos los meses la mitad de su sueldo. Como le quedaba tan poco dinero y no quería pecar de egoísta, opté por continuar pagando yo sola el alquiler y los gastos comunes.

—¿Cuánto hace de esto?

—Mucho, no sé decirte exactamente. Ocho o nueve meses.

—¿Todavía sigue su hermano sin trabajo?

—Todavía.

Agustín lanza una risilla irónica.

—¿Y te lo crees?

—Sí —musito—, aunque ahora tengo mis dudas...

—Sigue hablando. ¿Qué más ha pasado entre vosotros?

—Poco. El resto de nuestra convivencia ha sido monótona y agradable; yo con mi trabajo y él con el suyo. Ya no tiene tantos detalles materiales como al principio. Pensaba que se debía a porque apenas le queda dinero con lo que le manda a su hermano, aunque quizás ahora no es tan detallista porque no tiene necesidad, porque ya me tiene engatusada, tal y como tú dices.

—Veo que comprendes mis razonamientos. —Agustín vuelve a rascarse la barbilla—. ¿Puedes explicarme de nuevo lo del mensaje de Instagram?

—Sí, claro. —Entrelazo las manos, pensativa—. Hace una semana subí una foto con Marcos, y unos días atrás me llegó el mensaje que ya has visto. Lo mandó un perfil sin fotos, sin información, totalmente anónimo. Estoy segura de que alguien lo creó sólo para ponerse en contacto conmigo.

—¿Te importa leerlo de nuevo, *Alisei*?

—Vale. —Saco el móvil de mi bolsillo y carraspeo la voz—. «Hola. Te escribo para advertirte de que el tipo que sale contigo en tu última imagen es un criminal, y casi con total seguridad te está estafando. Conmigo lo hizo. Me utilizó, me engañó y me sacó todo lo que pudo y más. Ten mucho cuidado, es peligroso. Siento no poder serte de más ayuda y no dar la cara, pero me amenazó y dijo que, como me atreviera a contar algo, iría a por mi hija. No puedo arriesgarme, comprendeme. Por favor, no cuentes nada».

—Ummmh... Intrigante, ¿verdad?

—Y tanto, detective, y tanto.

—Después de todo lo que hemos hablado, ¿crees que la persona que te ha mandado este mensaje dice la verdad?

—Sí —contesto con todo el dolor de mi corazón.

—Cuando llegaste a mi oficina, ¿lo pensabas?

—Pues... —Me encojo de hombros.

—Por eso te he pedido que releas el mensaje, para que te des cuenta de todo lo que ya hemos avanzado. Venías completamente cegada y, con sólo un poco de conversación, has logrado percartarte de comportamientos extraños de tu novio.

Reflexiono en silencio durante unos segundos, al término de los cuales digo:

—Entonces, ¿ya está? ¿Ya has terminado tu trabajo? ¿Infundir dudas sobre Marcos pero sin pruebas fehacientes?

—¿¡Cómo te atreves a minusvalorar mi profesión!? —Agustín se pone en pie y apoya las manos violentamente sobre el escritorio—. ¿¡Te crees que esto es meramente a lo que me dedico!? Estás muy equivo...

El detective se queda con la palabra en la boca al ver a Sofia entrar precipitadamente en el despacho alertada por las voces.

—¿Ocurre algo? —pregunta nerviosa.

—No —me apresuro en responder para rebajar la tensión del momento—. Está todo bien. Simplemente he dicho una tontería.

—Cariño, no ocurre nada —interviene Agustín ahora más calmado y haciéndole una señal con

la mano para que nos deje solos.

Cariño. Ahora no tengo dudas de que el detective y la recepcionista están casados. O, al menos, son pareja. O amantes. O quizás es de esta clase de hombres babosos que llaman cariño a cualquiera, ¿quién sabe?

—Perdón, no pretendía hacerte sentir mal. No me he expresado bien —digo cuando Sofía se marcha de la habitación.

—No te preocupes, *Alisei*, soy yo el que no debería haber reaccionado así. Supongo que pecho en exceso de orgullo.

—Siendo completamente honesta, debo agradecerte que, en tan sólo un rato, ya me has ayudado a abrir los ojos y a darme cuenta de ciertas cosas. Te lo agradezco.

—No olvides —dice esgrimiendo teatralmente el dedo índice— que sólo tenemos indicios contra tu novio, y que la presunción de inocencia prevalece sobre cualquier otra cosa, aunque me temo que todo apunta a que te está engañando. Lo averiguaremos cuando comencemos con la investigación más a fondo.

—¿Crees que será posible encontrar pruebas sólidas que lo delaten? —pregunto dubitativa.

—Eso dependerá de lo fácil o difícil que nos lo ponga Marcos. Pero, antes, déjame recordarte que mis servicios no son baratos —subraya delicadamente con su tono de voz *baratos*, como si quisiera asegurarse de verdad de que me lo puedo permitir—. Sofía ya te comentó mis tarifas por teléfono, ¿verdad?

—Sí —lanzo un suspiro de resignación—. Tengo el dinero del coche que vendí, y un poco que he logrado ahorrar con mi trabajo.

—De acuerdo —dice Agustín alegremente al tiempo que saca de un cajón una plantilla de contrato y la coloca sobre el escritorio—. Léelo todo y, si estás de acuerdo, añadimos los datos y firmas. Podrás prescindir de mis servicios en cualquier momento, tan sólo deberás abonarme el tiempo de trabajo ya prestado.

—Oh, no es necesario, confío en ti —respondo con total honestidad al tiempo que hago un aspaviento con la mano.

—Ya veo que nuestra conversación no te ha servido de nada y sigues siendo igual de imprudente que cuando entraste aquí. —Me lanza una mirada cargada de desaprobación y decepción.

—Vale, vale, Agustín, tienes razón. —Cojo el contrato y, con bastante pereza, comienzo a leer.

«...200 euros la jornada de trabajo...». Joder, la investigación me va a salir carísima, y eso que este señor es uno de los detectives profesionales más baratos que he encontrado en Madrid.

En fin, ya es muy tarde para echarme atrás, y soy capaz de hacer cualquier cosa con tal de saber la verdad sobre Marcos. Continuar viviendo en la mentira sería un sinvivir para mí.

Termino de leer el contrato, cumplimento los datos necesarios —entre ellos toda la información que conozco referente a Marcos— y firmo. Pues ya está hecho.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Ahora sólo tienes que esperar —dice mientras guarda el contrato en una funda de plástico y luego en un cajón—, y ni se te ocurra comentarle nada a tu novio. Ni siquiera lo del IVA. Mientras menos sospeche, mejor.

— Oído cocina.

Agustín y yo nos despedimos. Salgo de la habitación, le digo adiós a Sofia, que me dedica una sonrisa que me permite ver su bella dentadura, y abandono el piso-oficina.

Bajo andando por las escaleras y salgo a la calle, donde en un primer momento me siento un poco desorientada.

Estoy en *shock* por todo lo que ha ocurrido ahí arriba. Todavía amo a Marcos, pero, a la vez, un sentimiento de odio comienza a gestarse en mi interior. Aún tengo la esperanza de que Agustín esté equivocado respecto a lo del IVA y al resto de los indicios que cree que delatan a mi novio. Ojalá se equivoque, ojalá Marcos sea un buen chico.

Alizée · a la mañana siguiente

La habitación está semioscura, tan sólo entra un tenue resplandor de luz a través de la estrecha franja horizontal de la ventana que no está tapada por la persiana.

Mi cuerpo se encuentra echado sobre la cama y Marcos está encima de mí, ambos desnudos. Proyecta su *orgullo* una y otra vez contra mis bajos fondos. Se adentra y sale de forma acompasada, como si de una tarea automática y monótona se tratase. Se nota que ninguno de los dos estamos disfrutando.

Él lo intenta. Él intenta encender mi pasión. Mientras avanza y retrocede una y otra vez en el interior de mi cuerpo me besa la boca, el cuello, me lame las orejas... En otras circunstancias estaría caliente como una perra, pero hoy no. No puedo. Me resulta imposible.

No dejo de pensar en mi conversación de ayer con Agustín; en que Marcos es, casi con total probabilidad, un estafador. ¿Es posible que me haya tenido engañada todo este tiempo? Quizás estoy pensando muy mal de él sin haberle dado siquiera la oportunidad de defenderse. ¿Y si el detective está equivocado? ¿Y si Marcos es una bellísima persona que me ama con locura? Ojalá.

Oh, maldita sea, ya lo estoy defendiendo de nuevo. Soy una estúpida enamorada. O una enamorada estúpida, más bien. Es un hecho que todo apunta a que me ha estado engañando, ¡no lo puedo negar! ¡Marcos es indefendible!

Pero quiero defenderlo. DESEO defenderlo. ¿Actúo acaso como una masoquista? Quizás. Ojalá Agustín esté equivocado. Ojalá, cuando haga las averiguaciones pertinentes, descubramos que Marcos es un buen tipo y que todas nuestras sospechas eran erróneas.

¿¡Pero qué coño estoy pensando!?. Cuando Agustín investigue, lo único que probablemente descubrirá es que mi novio es más cabrón de lo que pensábamos. Tengo miedo, pánico, terror de que llegue ese día. ¡Lo amo! Pero también comienzo a odiarlo. ¿No es acaso una incongruencia? Supongo que el amor es así, incongruente, irracional, estúpido.

¿Qué hubiera pasado si no hubiese recibido aquel mensaje anónimo por *Instagram*? Que jamás habría dudado de Marcos y que nunca habría acudido a pedir ayuda a Agustín. Y seguiría viviendo en la mentira, en la inopia que tan cegada me tenía. Una mentira feliz, por otro lado. Puedo asegurar que, a veces, la verdad duele, y a mí me está destrozando por dentro.

Tengo ganas de llorar, pero intento contenerme frente a él.

Dejo atrás mis pensamientos y vuelvo a concentrarme en la realidad. Marcos continúa encima de mí, pero yo no logro sentir el más mínimo ápice de placer. No es su culpa, aunque hoy no esté dando el cien por cien; sigue siendo muy bueno en esto. Simplemente, en estos momentos me es imposible relajarme y disfrutar con él, por lo que me limito a permanecer tumbada, inmóvil y dejarme hacer, como si no fuera conmigo la cosa.

Ya he dicho que la habitación está casi a oscuras. Normalmente hacemos el amor —o follamos, o lo que sea— con bastante luz natural, o al menos con las luces encendidas, pero hoy no me

apetece que Marcos contemple mi cuerpo desnudo. No sé por qué. Jamás he tenido complejos físicos ni nada parecido, pero, supongo, estoy tan disgustada que no quiero compartir con él algo tan privado, aunque se conozca de memoria cada centímetro de mi piel.

Es extraño: en estos instantes en los que está tan dentro de mí, lo siento más lejos que nunca. Es como si me estuviera penetrando un desconocido, y me repugna el mero hecho de pensarlo.

¡Mierda! Acabo de darme cuenta de algo. De algo horrible.

No he tomado la pastilla anticonceptiva desde que recibí el mensaje anónimo, hace ya tres días, y Marcos y yo lo estamos haciendo a pelo. Tres días es mucho, ¿no? ¿No? No tengo ni idea, jamás me había pasado. Oh, joder, ¿cómo se me ha podido olvidar? Si es que estoy tan angustiada que no me centro...

¿Se lo digo a Marcos? Probablemente querrá que tome la píldora del día después. ¿Y si no hace efecto? ¿Y si me quedo preñada? Creo que me estoy poniendo en lo peor antes de tiempo. Lo mejor será ser sincera, no tengo por qué comerme este marrón sola.

—Oye.

—¿Qué?... —pregunta jadeando.

—Que acabo de recordar que llevo tres días sin tomarme la anticonceptiva.

Marcos se queda inmóvil, con el miembro todavía en mi interior, y, tras un largo suspiro, se limita a decir:

—¿Y eso?

—Eh... No lo sé. Se me ha olvidado.

—Estás muy rara. ¿Ha pasado algo? —pregunta con cierta preocupación que noto en su voz.

Se me da fatal mentir. Espero que no me pille.

—Quizás estoy enfermando. Me noto el cuerpo regular.

—Bueno, seguro que no es nada —dice y vuelve a retomar el acto.

Vaya. Esperaba que dijera algo así como «cariño, podemos parar si te encuentras mal. No es necesario que follemos si no tienes ganas». Ilusa de mí.

—Pero ¿vas a continuar sin condón?

—Daré marcha atrás. Lo tengo todo controladísimo —contesta con molesta arrogancia.

—¿Estás seguro de que podrás?

—Claro, Alizée. Tú disfruta y ya está.

«Tú disfruta y ya está». Já, qué fácil lo ve. Lo que deseo es que acabe de una vez y ducharme.

Cuando transcurren un par de minutos, la monotonía del coito es interrumpida por Stromae cantando *Alors On Danse*, la canción que tengo configurada como tono de llamada. Nuestras miradas se dirigen hacia mi móvil, que está situado sobre la mesita de noche y que ilumina vagamente la habitación con la luz de la pantalla. En ésta se puede leer *Amelia alumna*.

El corazón me da un vuelco. La persona que me está llamando no se llama Amelia ni es mi alumna. Se trata de la oficina de Agustín. Guardé el número con un nombre falso por si acaso. Y menos mal.

—¿Quién es? —pregunta Marcos, sin dejar de adentrarse y salir de mí, pese a que ya ha leído el nombre en la pantalla.

—Una alumna —me limito a decir.

El móvil deja de sonar.

—¿A estas horas? —continúa indagando, no sé si con recelo o con verdadera curiosidad—. ¿No debería estar en clase? Aún el curso no ha acabado, ¿no?

—Tiene veinte años —me invento—. Trabaja.

Stromae comienza a cantar de nuevo y la pantalla se ilumina una vez más, con el nombre de *Amelia alumna* brillando en la oscuridad. Oh, *merde*, ¿por qué llaman tanto? ¿Habrán averiguado algo en la oficina?

—¡Menuda pesada! —gruñe Marcos con vehemencia. Noto que comienza a alterarse.

—Quizás debería contestar —titubeo.

—Luego la llamas, mujer, que ya estoy terminando.

—Pfff —no logro contenerme un resoplido del que me arrepiento justo cuando lo emito.

—Eh, ¿es que no quieres follar conmigo o qué? —Marcos sale de mí y se aparta indignado.

El móvil deja de sonar.

—No, no, cariño, no se trata de eso... Simplemente... Es que... —No sé qué diablos inventarme—. Me siento regular, ya te lo he dicho. No tengo fuerzas para esto.

—Bueno, pues nada. Ya puedes llamar a la tal Amelia esa —dice molesto, se tumba en la cama, a mi lado, y comienza a masturbarse. Parece que nada ni nadie va a impedirle tener un orgasmo.

Estiro mi cuerpo hasta la mesita de noche y me hago con el teléfono. Debería llamar desde el salón para evitar que mi novio escuche la conversación, pero temo que se olería algo, no es tonto. Además, en estos momentos está especialmente susceptible, no me conviene enfadarlo.

Bajo disimuladamente el volumen del dispositivo y llamo a *Amelia alumna*.

—Buenos días, Alizée. —Es la voz de Sofía.

—Hola, buenos días. —Miro de reojo a Marcos, que no deja de observarme mientras él está a lo suyo—. ¿Ha ocurrido algo?

—Agustín me ha pedido que te diga que debes pasarte por aquí lo antes posible. Ha averiguado algo.

Vaya, justo lo que temía. Tengo muchas preguntas. Ojalá Marcos no estuviera aquí para poder hablar con libertad. El trayecto hasta el despacho del detective se me va a hacer muy largo sin saber qué ha ocurrido, necesito una respuesta ya, al menos una mínima información.

—Pero ¿de qué se trata? —insisto.

—No manejo esa información, Alizée. Agustín simplemente me ha dicho que lo mejor es que vengas cuanto antes.

—De acuerdo. Voy para allá.

—Hasta ahora.

Cuelgo y vuelvo a encontrarme con la mirada inquisidora de Marcos.

—¿Ir a dónde? —pregunta desconfiado. Hoy está siendo más celoso, tóxico y antipático que nunca.

—A casa de Amelia. Sé que suelen ser mis alumnos los que vienen aquí, pero, por lo visto, le

ha surgido una entrevista de trabajo para una empresa canadiense, y, como será en francés, quiere que practiquemos un poco. Me ha pedido que vaya yo a su casa, que está muy atareada con otros asuntos. Me pagará el doble.

—Oh, ¿el-el doble? Aaaaah... —gime de placer y lo suelta todo sobre su pecho.

Desde luego, es escuchar hablar de dinero y correrse, literalmente. Ahora me doy cuenta.

—Sí —digo al tiempo que le acerco un clínex y me dirijo al armario—. Voy a vestirme. ¿Hoy tú trabajas?

—Sí, pero más tarde. Te llevo a casa de Amelia.

Mierda.

—No, cariño, no es necesario. —La voz se me resquebraja y creo que él lo nota—. Voy en metro.

—¿Qué necesidad hay? Soy tu novio, tengo coche y tiempo libre. Yo te llevo.

Está claro que este cabrón sospecha algo y me está echando un pulso. Me pregunto cuánta parte de la verdad conocerá.

—De verdad, Marcos, te digo que no hace fal...

—Yo te llevo —me interrumpe y decreta casi como si de una orden se tratara.

—De acuerdo.

—¿Vas a aparcar en doble fila?

—No pasará nada, es un momento.

Marcos deja encendidas las luces de emergencia, apaga el motor y nos bajamos de su viejo Seat, al que deja ocupando media calzada. Comenzamos a andar y nos dirigimos al edificio donde ‘vive’ ‘Amelia’, que está tan sólo a unos pocos metros.

Una sensación muy desagradable de frío recorre mi espina dorsal: tengo miedo. Llegaremos a la entrada y tendré que pegar en el portal automático en el 3º B, botón junto al cual recuerdo que hay una pegatina que reza *detective privado*.

Marcos me va a pillar. ¿Y si pego en otro piso? ¿Qué voy a decir? «Hola, soy Alizée. Ábreme —aunque no me conozcas—, por favor». Ironías aparte, no puedo negar que estoy en un aprieto.

—Marcos, no hace falta que me acompañes, cariño —digo temblando mientras caminamos—. Vuelve al coche, que te van a multar.

—Es sólo un segundo.

Cabrón. Es evidente que sabe o intuye algo, pero no sé qué.

Doblamos la esquina y, ¡bendita casualidad! Veo que una vecina está abriendo la puerta de la entrada.

—Voy a aprovechar. ¡Adiós, cariño! —Beso a Marcos en la boca y me lanzo a correr antes de que le dé tiempo a decir algo o la puerta se cierre.

Entro en el portal y miro hacia atrás. Parece que mi novio no me sigue. Bien.

Subo por las escaleras hasta el tercer piso. Toco el timbre de la puerta B, transcurren unos segundos y Sofía me recibe con una amplia sonrisa:

—Buenas tardes. —Hace un gesto con la mano invitándome a entrar—. ¿Estaba el metro muy lleno?

—Hoy he venido en coche.

—Qué bien. —Vuelve a sonreír.

Tengo la impresión de que hoy Sofia está siendo más simpática conmigo, quizás porque ya he firmado el contrato de servicios con Agustín.

—Espero aquí, ¿verdad? —pregunto al tiempo que me siento en el confortable sillón en el que esperé ayer.

—Sí, por favor. Mi marido te atenderá en seguida.

Mis sospechas eran ciertas: la recepcionista y el detective están casados.

Cinco minutos después, la puerta del despacho se abre y sale un hombre trajeado de unos cincuenta años al que jamás había visto. Me mira, no dice nada, se despide de Sofia y abandona el piso. Supongo que será otro cliente.

—¡*Alisei!* —exclama con alegría Agustín al verme desde su escritorio—. Veo que no has tardado en llegar. Entra, por favor.

Obedezco, cierro la puerta tras de mí y me siento al escritorio frente a él.

—Pues aquí me tienes. —Pongo los brazos en jarra—. ¿Qué has averiguado?

—Nada bueno, la verdad. —La expresión de su cara cambia súbitamente y noto en ella una preocupación que me hace temblar—. Para empezar, he estado hablando con un conocido mío, jurista, y me ha confirmado que las clases particulares de francés están exentas de IVA.

—Es decir, queda confirmado que mi novio me ha estado estafando, ¿verdad?

—Así es. Supongo que es un duro golpe para ti, pero...

—No pasa nada —le interrumpo—. Es un durísimo golpe, pero ya venía mentalizada y preparada. ¿Has averiguado algo más?

—Sí. —Saca del cajón el contrato que firmé ayer y lo pone sobre la mesa, abierto en la página 3—. Aquí, en el apartado de información sobre tu novio, me facilitaste su nombre completo. ¿Está correctamente escrito?

Marcos Constanza Guerrero.

—Está perfectamente escrito.

—Y ¿estás segura de que ése es su nombre? ¿Puede ser que estés equivocada?

—Claro que estoy segura, llevo con él cerca de un año. Me estás preocupando, ¿ha ocurrido algo?

—He estado en el Colegio Oficial de Gestores Administrativos de Madrid, y no existe información sobre él, ni sobre nadie con un nombre parecido. Es, cuanto menos, extraño, ¿no crees?

Me quedo boquiabierta mirando a Agustín en silencio durante unos segundos. No puede ser real lo que estoy escuchando.

—Pero él es oriundo de Murcia. ¿Puede ser que esté adscrito al Colegio de allí? —pregunto.

—Podría estarlo en más de una región, pero, en todo caso, como supuestamente ejerce en Madrid y su domicilio está aquí, *debería* estar colegiado aquí por ley, pero no lo está. ¿Me

sigues?

—A ver si lo he entendido... —Intento aclarar mis ideas—. Me estás diciendo que él no es gestor administrativo y que tampoco lleva realmente mi fiscalidad. ¿Es así?

Que diga que no, por favor. Que diga que lo he interpretado todo mal.

—Así es, *Alisei*. Marcos es un estafador, un mentiroso compulsivo. Y posiblemente Hacienda te va a hacer pagar alguna sanción muy cuantiosa.

—Entonces, ¿no soy autónoma? ¿No pago IRPF? ¿Las facturas son falsas? —Me llevo las manos a la cabeza.

—Aún debemos investigar todo eso, pero me temo que tienes menos papeles que una liebre, como se suele decir.

Hijo de puta, hijo de puta, hijo de puta, ¡hijo de puta! ¿Cómo he podido vivir engañada todo un año de mi vida? ¿Cómo una mujer como yo, independiente, inteligente, avispada y con estudios no ha sido capaz de desenmascarar al criminal con el que convivía noche y día?

—Sé que es duro —continúa hablando Agustín cabizbajo—, sé que es muy duro, pero no te deprimas, por favor. Suficiente mal te ha hecho ya tu novio.

—Tienes razón. —Pestañeo con fuerza para evitar que las lágrimas broten de mis ojos—. Estoy haciendo un gran esfuerzo por no gritar de rabia e impotencia.

—Lo puedo imaginar.

Me reclino sobre el asiento y lanzo un hondo suspiro mirando al techo, desesperada, tras el cual pregunto:

—¿Y ahora qué?

—Ahora necesitamos pruebas. Dijiste que le firmaste un papel otorgándole poderes de representación ante las Administraciones Públicas, ¿verdad?

—Sí. —Reflexiono en silencio un instante, al cabo del cual digo—: pero ese papel era falso, ¿no? Una cortina de humo que no tenía otro fin que engañarme.

—Exacto, pero ahí está el quid de la cuestión: te engañó. Lo usó para estafarte. Además, la falsificación de documentos, públicos o privados, es un delito que conlleva pena de cárcel.

—Entonces debo encontrar el papel, aunque... no sé si seguirá teniéndolo.

—Búscalos. Y cualquier otra cosa que pueda incriminarlo, bienvenida será.

—De acuerdo. Yo...

—¿Sí? —el detective arquea una ceja.

—Quizás decir esto no sea muy decoroso por mi parte, pero quiero que Marcos acabe entre rejas, y estoy siendo totalmente honesta.

—Lo lograremos, no tengas la más mínima duda. —Levanta el dedo pulgar con el puño cerrado para transmitirme ánimos.

—Por cierto, Agustín... Ahora que sé que me ha estado robando, supongo que debería denunciarlo lo antes posible, ¿qué te parece?

—¡No, ni se te ocurra! —me dice alarmado, con las manos en alto y levantando un poco la voz, como si mi ocurrencia fuera una auténtica locura.

—¿Qué pasa? —pregunto atónita.

—Verás, esto es algo de lo que quería hablarte: la Ley de Seguridad Privada, que es la que

regula el ámbito de actuación de los detectives privados en España, es tremendamente injusta y, a diferencia de lo que ocurre en otros países europeos, aquí los detectives no podemos investigar delitos perseguibles de oficio, entre los que se encuentra la estafa. ¿Me sigues?

—Eh... No.

—Lo que quiero decir es que, si los detectives descubrimos algún delito público, debemos ponerlo en conocimiento de la policía, entregarles toda la información que hayamos obtenido y abstraernos de continuar investigando el delito en cuestión. Y me temo que muchos de los delitos que Marcos ha podido cometer se encuadran dentro de los perseguibles de oficio.

Me quedo en silencio unos segundos, reflexionando sobre todo lo que Agustín acaba de explicarme.

—Es decir —comienzo a decir—, tú deberías ir a comisaría, contar lo que sabes y no podrías continuar ayudándome, ¿no?

—Más o menos. Podría continuar investigando otros posibles comportamientos delictivos de Marcos, pero no los delitos que ya te he comentado.

—Vale, comprendo lo que dices, pero no entiendo por qué la ley está hecha de esta forma.

—Normal. Lo más lógico es que los detectives y la policía pudiéramos cooperar, o al menos desarrollar investigaciones paralelas sobre un mismo caso, pero en este país es imposible. Es, literalmente, ilegal. Una anomalía del sistema.

—Entonces, ¿se lo vas a comunicar a la policía?

—A ver... —Agustín realiza una pausa para tragar saliva y carraspear la voz. Parece que va a decir algo delicado—. Ya sabes que es mi obligación hacerlo, pero sinceramente no creo que sea la mejor opción. Hay policías muy buenos, ¡tengo familiares escrupulosamente profesionales que lo son! Pero también los hay descuidados... Negligentes incluso. Por no hablar del juez que nos toque. Temo que no aseguren pruebas y Marcos tenga oportunidad de destruirlas, o que no lo detengan provisionalmente y él aproveche para huir... He visto ya muchos casos así.

—Entonces, ¿qué propones?

—¡Dejar las cosas como están! Es mejor que tu novio no sospeche nada, y así yo poder investigarlo sin trabas, sin influencias externas.

—Pero estarías cometiendo un delito —musito, no muy convencida de lo que me propone.

—Sí, aunque podríamos simplemente iniciar el proceso penal más adelante. La policía difícilmente va a averiguar en qué momento exacto he sido conocedor de sus delitos. Pero, repito: si prefieres que tras esta conversación comencemos a preparar las acciones penales pertinentes...

—¿De verdad me recomiendas no hacerlo?

—Absolutamente. Mira, te seré sincero —dice esgrimiendo una insolente sonrisa—; saldremos ganando tú y yo.

—¿«Tú y yo»? —repito sus palabras un tanto confusa—. Yo supuestamente gano el hecho de asegurarme que la investigación salga mejor, ¿pero tú? ¿Tú qué ganas?

—¿Qué va a ser? —Lanza una débil carcajada—. Trabajar más, ergo ganar más dinero.

Oh, qué agudo. Y qué lerda yo por no haberme dado cuenta antes.

—Vale, ahora comprendo ese afán por saltarte el procedimiento.

—*Alisei*, créeme cuando te digo que estoy siendo completamente honesto contigo. Mira... —Me señala con el dedo—. Me caes bien, me caes muy bien y siento cierta empatía por ti. El tuyo

es un caso que me ha llegado al corazón. Marcos se ha portado muy mal contigo y deseo llegar al fondo del asunto y que se haga justicia. Creo de verdad que lo mejor es que yo me encargue de la investigación inicial, y no la policía.

—¿Me prometes que no me estás engañando y no lo haces sólo por el dinero?

—No puedo negar que el dinero es un motivo más, pero te aseguro que no es el único; quiero ayudarte.

Lanzo un suspiro y decido creer las palabras de Agustín. Parece honesto.

—De acuerdo. Entonces, ¿ahora qué hago?

—Ahora, como te he dicho, intenta encontrar el papel que le firmaste en el que aparentemente le otorgabas poderes de gestión administrativa, así como cualquier otro documento que pueda sernos de utilidad. Lo que sea. Mientras más pruebas, más posibilidades habrá de meterlo en prisión.

—De acuerdo.

—Yo le realizaré un seguimiento a Marcos. —El detective me da una tarjeta de contacto en la que puedo leer su dirección de correo electrónico y su número de teléfono personal—. Necesito que me mandes fotos tuyas, para saber qué aspecto tiene.

—Lo haré esta noche.

—¿Mañana saldrá de casa?

—Sí, irá al trabajo. —Hago una pausa—. Si es que eso tampoco es mentira...

—¿A qué hora sale?

—¿De casa? A la una y veinte, cinco minutos más tarde como mucho. Coge el metro en la estación Méndez Álvaro y va hasta la zona AZCA.

—Comprendido —dice Agustín, que estira la mano para estrechar la mía—. Juntos vamos a descubrir a ese estafador.

Marcos · unos minutos después

Esta tía se cree que soy idiota, pero soy mucho más inteligente que ella. No quería que la acompañara, eso la delató. Intentó engañarme, ¡a mí, al rey de las mentiras! No, Alizée no puede conmigo. De ninguna manera. Lo que está claro es que sabe algo, pero ¿el qué? Debo averiguarlo.

Maldita sea, lleva más de veinte minutos ahí dentro. ¿Qué estará haciendo? Dudo que haya alguna *Amelia alumna*. He entrado en el edificio tras Alizée, he comprobado todos los buzones y en ninguno aparecía el nombre Amelia. Hija de puta, me ha mentido. Pero lo repito: no podrá conmigo.

Comienzo a impacientarme y mi pierna no deja de agitarse. Es mejor que me mueva.

Me levanto, abandono el viejo banco que me había servido de asiento durante casi media hora y me acerco, de nuevo, hasta la entrada del edificio. Me fijo en el portero, donde puedo leer *detective privado* justo al lado del 3º B.

—Espero que no estés ahí, Alizée —susurro entre dientes—. Espero que no estés intentando investigarme.

Pero todo apunta a que sí. Joder, ¿qué habrá averiguado? No saber algo, no controlar la situación por completo me produce ansiedad. Y la ansiedad picor. No puedo dejar de rascarme el cuello por su puta culpa.

Alizée, ¿qué coño has averiguado? ¿Cómo? ¿Y por qué ahora? Creo que no he dejado ningún cabo suelto, ¿o sí?... ¿No soy tan cuidadoso como pienso? ¿Y qué piensas hacer contra mí? ¿Denunciarme? ¿Llevarme a la cárcel? Quizás lo que tengo que hacer es matarte. Oh, no, Alizée, mira lo que me haces pensar. ¡Yo no soy así!

Vuelvo al banco, que está a suficiente distancia del edificio donde se encuentra ella como para verla cuando salga, pero también como para que no me reconozca desde lejos. Me siento y dejo caer con vehemencia la espalda contra el respaldo de madera. ¡Ay! Eso ha dolido.

Es la primera vez que piso esta calle, Núñez de Balboa. Al menos que yo sepa. Quizás he pasado por aquí en alguna ocasión, pero... ¡Oh, ya sale Alizée!

El corazón me va a mil y abandono cualquier pensamiento que no sea ella. La veo preocupada, o quizás sólo me lo parece a mí. Camina cabizbaja, posiblemente hacia la boca de metro, que está en la dirección opuesta a donde yo me encuentro.

Me levanto con presteza y comienzo a seguirla. ¿Una clase con *Amelia alumna* de tan sólo treinta minutos? Esta zorra se cree que soy gilipollas. Seguro que estaba con el detective. No puede engañarme.

Se detiene. Ha visto algo que le interesa, ¿qué es?

Entra en un establecimiento. Creo que es una cafetería, pero no estoy seguro. ¿Habrá quedado con alguien? ¿Me estará poniendo Alizée los cuernos? ¿*Me estás poniendo los cuernos, Alizée?* Eso me dolería más que el hecho de que me esté investigando.

Me aproximo un poco, pero siempre desde una distancia prudente, y compruebo que se trata de una cafetería-librería. Ummh...

Espero cinco minutos en mitad de la calle y me acerco un poco más al establecimiento, lo suficiente como para ver desde lejos y con discreción a través del gran ventanal que da al interior. Ahí está Alizée, sentada en una mesita individual, bebiendo café y leyendo un libro pequeño, posiblemente una novela. Siento entonces cierta tranquilidad.

No creo que haya quedado con nadie. Posiblemente sólo esté haciendo tiempo para que yo no sospeche. Zorrita lista.

Me marcho del lugar y vuelvo adonde había dejado el coche aparcado en doble fila. Cuán enorme y desagradable sorpresa me llevo al descubrir que mi queridísimo Seat ya no está donde lo dejé. La grúa se lo ha debido de llevar.

Mierda, he dejado pasar demasiado tiempo. Debería haberlo metido en un parking. Mierda, mierda, mierda. Todo por culpa de Alizée.

La llave no está echada.

—¿Hola? —pregunto al tiempo que abro la puerta.

—Hey. —Alizée acude a recibirme con una hipócrita sonrisa—. ¿Dónde estabas?

—No te lo vas a creer. —Cierro la puerta y lanzo un profundo suspiro de cansancio—. Vengo del depósito. La grúa se llevó el coche mientras te acompañaba a casa de Amelia y... Bueno, pues ya te lo imaginas. 150 euros la gracia.

—¿A la grúa le dio tiempo a llegar? —pregunta con recelo—. Si no fueron ni tres minutos.

—Me entretuve. Entré en una cafetería a tomarme algo —miento—. ¿A ti cómo te ha ido con tu alumna?

—Bien, bien —dice con la voz temblorosa. Se nota que no está acostumbrada a mentir. Por eso no puede engañarme a mí—. Estuvimos preparándonos la entrevista un buen rato.

—Ojalá consiga el trabajo. —La miro fijamente a los ojos de forma tan seria que noto cómo la paraliza el terror.

—Oj-Ojalá —contesta trabándose.

Voy hasta la nevera y cojo una lata de cerveza que me bebo del tirón. A continuación, me desnudo, lanzo la ropa al suelo y dejo caer mi cuerpo sobre la cama.

—Ven aquí —le ordeno a Alizée.

Ven aquí, zorra, es lo que hubiera querido decirle, pero soy consciente de que me conviene tener la fiesta en paz, al menos por ahora.

—Voy —contesta sumisa y se tumba conmigo.

La desnudo vehementemente y comienzo a follarla. Estoy furioso y quiero desfogar, aunque sea corriéndome.

—Cariño... —dice jadeando.

—¿Qué? —pregunto de mala gana y sin detenerme.

—Te recuerdo que esta mañana te comenté que no estoy tomando la pastilla.

Mierda. No quiero dejarla embarazada, menos ahora. Debo tener cuidado.

—Me correré fuera.

—Vale.

Durante el acto no nos besamos, no nos decimos palabras cariñosas, no nos acariciamos, no nos susurramos *te quiero*, *no nada*. Es la follada más apática que hemos tenido nunca.

Un par de minutos después noto el calor en mi miembro. Lo saco, grito colérico y lo expulso todo sobre su vientre. Me tumbo en la cama, agotado.

Ella se levanta y se encierra en el baño para limpiarse. Entonces escucho el agua de la ducha caer. Bien, es el momento que tanto ansiaba.

Me abalanzo sobre su bolso, rebusco hasta dar con su móvil y lo desbloqueo. La muy estúpida no tiene ni idea de que me sé la contraseña.

Busco el contacto *Amelia alumna*. Con mi móvil en la otra mano, tecleo el número de la supuesta alumna en Google y le doy a buscar. Lo primero que aparece es un anuncio: *Detective privado en Recotelos. Precio asequible. Calle Núñez de Balboa, 1, Madrid*. El número de teléfono de contacto coincide el de la supuesta *Amelia alumna*.

Ya no hay dudas. Alizée ha intentado engañarme. Sabe algo, aunque desconozco qué. Lo que es seguro es que no dejaré que me meta en problemas, aunque sea lo último que haga.

Marcos · al día siguiente

Escucho un susurro de fondo. Al principio no le presto importancia, pero cada vez adquiere más fuerza. O quizás me es cada vez más difícil no hacerle caso. La cuestión es que el susurro acaba por desvelarme.

Abro los ojos y me tapo rápidamente la cara con la mano para protegerme de la cegadora luz que entra por la ventana. La cortina está descorrida. ¿Qué hora será? Siento esa sensación tan característica que se sufre cuando alguien se despierta de una sesión de sueño larga y de mala calidad. Casi no me puedo mover, los músculos no me responden.

El susurro de fondo se hace más nítido. Reconozco que es la voz de Alizée y cierta sensación de asco se apodera de mí. Ella jamás me había provocado estos sentimientos, pero después de averiguar lo del detective...

—Puta —susurro apenas sin fuerzas y con la mano todavía sobre el rostro. Ayer fue un día de sorpresas.

Me desperezco y me levanto de la cama. Compruebo la hora en mi móvil: es mediodía. Vaya, definitivamente me he pasado durmiendo, aunque me siento como si no hubiera descansado apenas nada. He pasado una mala noche por las preocupaciones que tengo. *Todo por tu culpa, Alizée.*

Me acerco a la ventana y miro hacia abajo: un par de turistas arrastrando sus maletas y un repartidor de *Coca-Cola* que entrega el género en un bar.

—Pfff —resoplo con vehemencia.

Tengo muchos problemas, demasiados. Si estoy en lo cierto respecto a lo del detective... no puedo quedarme en Madrid. Estoy en un lío muy gordo. Nunca nadie había estado tan cerca de pillarme, pero no lo permitiré. No, de ninguna manera.

Salgo al pasillo, lo atravieso, llego al salón y allí encuentro a Alizée hablando en francés con una alumna a la que no le echo más de veintidós años.

—Hey —me saluda con una tímida sonrisa la que todavía es mi novia.

—Hola —bramo de forma seca.

A Alizée no le gusta que, cuando hay alumnos en casa, me pasee por la casa con los *shorts* de dormir que tanto me marcan el paquete. Normalmente, por decoro, suelo adecentarme, pero hoy no tengo ningún interés en complacerla. Ya no es necesario. Al contrario: me pone molestarla.

Llego hasta la cocina y comienzo a improvisar un *brunch*; debo prepararme para mi 'jornada laboral'.

El reloj de pared marca las 13:27. Ya voy tarde, y Carmina odia que llegue tarde. Se pone hecha una furia, y, cuando se enfada, es todavía más guerrera en la cama.

—Me voy —le digo a Alizée al tiempo que cojo mi maleta de mano, una maleta que está

repleta de documentos jurídicos y administrativos sacados de Internet, que ni entiendo ni me interesan, pero que necesito para hacerme pasar por lo que no soy.

—*Bonne journée* —dice desde la cocina mientras almuerza. Ya no hay alumnos en casa.

Bajo hasta la calle e inicio mi paseo casi diario hasta la estación Méndez Álvaro. Hoy el sol pega con fuerza, e ir trajeado no me ayuda precisamente a combatir el calor. Al menos estoy guapo. Estoy muy, muy guapo. Y eso es bueno. Necesito estar irresistible para Carmina.

He estado reflexionando bastante durante la última hora, y he llegado a la conclusión de que no puedo quedarme parado, sin hacer nada. Debo huir. Con pruebas, Alizée podría meterme en prisión, cosa que ninguna mujer jamás ha logrado. Oh, no, no puedo permitir que eso ocurra. No quiero verme entre rejas y rodeado de chusma.

—Bello —dice y me silba una atractiva desconocida un poco menor que yo con la que me cruzo en plena acera. Le respondo con una sonrisa galante y continúo caminando.

Definitivamente no hay mujer que se me resista, y debo aprovechar esta circunstancia para librarme de todos los problemas que se me avecinan. Está decidido.

Llego a la estación, que está abarrotada de gente, como siempre a esta hora. Muchas miradas se cruzan con la mía, tanto de hombres como de mujeres, pero ninguna que conozca.

Siento cierta palpitación en la bragueta, así que me dirijo un instante a los servicios. Están hecho un asco, pero no me sorprende. Orino, salgo de aquel sucio lugar y me dirijo a los andenes de la Línea 6 a esperar a que llegue el metro.

Bajo del vagón en la estación Nuevos Ministerios y salgo a Paseo de la Castellana. Continúo caminando hasta mi destino, pero con cierta desazón.

Tengo el presentimiento de que alguien me está siguiendo. Sé que suena a locura, y quizás lo sea, ¡pero lo presiento! Puedo estar equivocado. Probablemente lo esté. ¿O no?

Desde que salí de casa he visto una misma cara en más de una ocasión: en la calle, al salir de los servicios de la estación, en el vagón de metro... Un hombre de unos sesenta y pico años, con muchas arrugas, ojos celestes, canoso, con poco pelo y creo que alto y bien vestido, aunque no estoy seguro. Creo que me está siguiendo, pero ¿estoy en lo cierto o me estoy volviendo majareta? Tengo miedo.

Mientras ando, miro hacia atrás unas cuantas veces, aunque no lo vuelvo a ver.

Será mejor que me tranquilice. Este asunto de Alizée y del supuesto detective me está desquiciando, y probablemente todo sea parte de mi imaginación.

Casi cinco minutos después llego al número 8 de la calle Paseo de la Habana.

—Buenas tardes —le esbozo una sonrisa al conserje, que, como siempre, me abre la puerta del portal sin necesidad de explicarle adónde voy; ya nos conocemos desde hace casi siete meses.

Aquí es donde Alizée piensa que trabajo como gestor. O pensaba. Ya no sé cuáles de mis

mentiras se sigue tragando y cuáles no.

Me monto en el ascensor y le echo un último vistazo a mi reflejo en el espejo: el traje me queda perfectamente entallado; el pelo, aunque un poco largo, peinado con cera hacia atrás me confiere cierto aspecto de donjuán que vuelve locas a las chicas; finalmente, esta barba de tres días remata mi *sexiness* de una forma desenfadada que me encanta. En definitiva, todo está perfecto, como no podía ser de otro modo.

Subo hasta el quinto, pego en la puerta B y espero paciente. Al cabo de unos segundos, me recibe Carmina con una excitada sonrisa.

—¡Carlos! —Se abalanza sobre mi boca y me besa tímidamente.

Sí, yo soy Carlos. Y por ser Carlos no dejo de ser Marcos. Soy ambas personas y ninguna a la vez. Se podría decir que tengo varias personalidades que he creado a mi antojo, a mi voluntad y según las circunstancias, una para cada conquista.

Con el paso de los años me he dado cuenta de que contar la verdad sólo trae problemas: ¿para qué decir que soy un don nadie, alguien del montón, con ciertas ambiciones pero que casi ninguna logra? No, de ninguna manera, eso no gusta. Ante Alizée soy Marcos, el gestor administrativo que ahora trabaja para una de las empresas más importantes de la capital. Para Carmina soy Carlos, el abogado experto inmobiliario. A las mujeres les encanta escuchar que el hombre al que se follan es especial, un triunfador. Bueno, a las mujeres y a los hombres, ¿a quién no?

—Llegas un poco tarde —me dice mientras me invita a entrar. Ya he comentado que ella odia que me retrase, aunque sea cuestión de un minuto. Y yo odio que se queje de ello—. ¿Mucho trabajo en el bufete?

—Mucho, mucho. —Dejo el maletín en el suelo de parqué, cuelgo la chaqueta en el perchero, con total confianza, y camino hasta el salón con Carmina.

Se trata de un piso que no sólo está muy bien situado, sino que, además, es bastante grande —anteriormente eran dos propiedades, que el difunto marido de Carmina anexionó en una sola— y muy lujoso. Para mi gusto está decorado de forma demasiado clásica, pero ¿qué otra cosa se podía esperar de una señora de más de sesenta años?

—Ayer no viniste... ¡Te eché tantísimo de menos! —manifiesta con una voz melosa y dramática que detesto.

—Lo sé, cariño. —Nos sentamos juntos en el sofá y le acaricio su arrugada mano—. Tuve mucho lío con unas licencias para un nuevo centro comercial.

—¡Oh, te perdono! —Se abalanza de nuevo a mi boca, pero esta vez me la devora sin pudor.

A Carmina no le interesa lo que digo, ni lo que supuestamente hago, ni nada. O, al menos, no demasiado. ¡Y la comprendo! Es una mujer con mucho mundo a sus espaldas, para quien en el pasado era costumbre codearse con la élite de Madrid, de España y de parte del extranjero, por lo que poco interés puede tener en los quehaceres de un abogaducho inmobiliario. Pero esa vida quedó atrás hace ya años, cuando su marido, un diplomático de renombre, murió. Ahí acabó la lujosa vida de esta señora que siempre fue la triste sombra de su esposo.

Respecto a mí, sólo le interesa mi cuerpo, mi buen físico, mi fogosidad en la cama, mi juventud... Atributos en un hombre a los que, por lo general, alguien de su edad sólo tiene acceso a través de mucho dinero.

No soy su escort ni nada parecido. Ella no me paga a cambio de follármela. Más quisiera yo, pero no es el caso. Carmina se cree que estoy enamorado de su intelecto. Piensa que la admiro,

que me tiene comiendo de su mano, y a cambio me hace importantes regalos o me presta dinero ‘para emergencias’ puntuales que luego no permite que yo le devuelva, por mucho que insista. Pero me empeño en intentar devolverle su dinero precisamente porque sé que no lo va a aceptar.

La conozco. El conocimiento es poder, y el poder es control, por lo que controlo a Carmina, una mujer muy lista, culta, rica y viuda de un señor que en el pasado fue tremendamente importante en este país. ¿Cómo es posible? Pues porque la carne es débil, y ella suspira por mis huesos. Me desea. Desea mi cuerpo, y eso la hace estar completamente cegada.

—¿Quieres algo de comer? ¿Te apetece que pidamos a domicilio? —me pregunta servicialmente.

—Estoy bien —esbozo una forzada sonrisa—. He comido en el despacho.

—Yo estoy hambrienta... —comenta con mordacidad mientras me palpa suavemente el paquete, lo que me provoca una risa ahogada.

—¡Ya lo veo, Carmina!

—Disculpa mi actitud —dice sonriendo—, pero ya sabes que te he echado mucho de menos.

—A quien has echado de menos es al *pequeño Carlos* —ironizo mirando hacia mi entrepierna.

Ella comienza a reír incontrolablemente.

—¡Yo diría que *gigante Carlos!* —Me besa y me acaricia el cuello con la boca, marcando la piel con su pintalabios rojo y dejando impregnado su viejo perfume de Dior. Noto que empieza a excitarse.

No soy un gerontófilo, más bien todo lo contrario, pero el hecho de que Carmina sea una mujer atractiva y tenga buen cuerpo me facilita mucho realizar la fatigosa tarea que supone el pilar fundamental de nuestra relación: el sexo.

—Ese vestido que llevas es nuevo, ¿no? —pregunto y le lanzo un corto silbido.

Es beige y a rayas verticales oscuras; estiliza bastante su figura. Además, viste tacones, pese a estar en casa. Probablemente fue a la peluquería esta mañana, y jamás se muestra sin maquillaje ante nadie, o, al menos, nunca se ha dado el caso en mi presencia. Siempre que la veo está igual de estupenda, y ya son casi siete meses desde que nos conocemos. Nunca descuida su imagen.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta. —Vuelve a acariciarme la mano.

Por supuesto que me doy cuenta. Es parte de mi ‘trabajo’, decirle lo guapa que está o lo bonito que es su nuevo modelito, aunque sea mentira; mi ‘trabajo’ es tenerla contenta.

—Tengo una sorpresa para ti —me dice—. ¿Quieres que te la dé ya?

—Me encantaría, preciosa.

Se levanta y va a rebuscar dentro de un aparador. Vuelve al cabo de un momento con un pequeño objeto envuelto en papel de regalo negro y dorado, muy elegante, que me entrega con una sonrisa que delata lo ilusionada que se siente.

Desenvuelvo el presente y descubro una cajita con el nombre de una famosa joyería. La abro y me quedo boquiabierto al descubrir un reloj de muñeca dorado.

—¿Es de...? —No termino la frase por pudor.

—¿De oro? —Se adelanta ella—. Sí. 18 kilates.

Oh, Dios mío. No puedo evitar ruborizarme. Jamás nadie me había hecho un regalo tan caro.

—Carmina, esto es...

—Esto es lo que te mereces —me besa en los labios.

—No sé qué decir. Muchas gracias, pero no hacía falta.

El reloj es muy bonito y valiosísimo, a la vista está. Carmina nunca ha tenido reparo alguno en hacer alarde de su generosidad conmigo, pero no me esperaba esto. Me siento hasta un poco mal por aceptarlo.

Yo no quiero el reloj, no me sirve para nada. Ya estoy imaginando lo que me inventaré de aquí a unas semanas, cuando lo revenda: «Oh, Carmina, mi amor, ¡me lo han robado por la calle! ¡Qué pena, con lo que me gustaba!».

—¿Te gusta, Carlos?

—¿Cómo no me va a gustar? Me encanta. Te ha debido de costar un dineral.

—Puede, pero ¿y qué? Un joven caballero como tú no puede ir a trabajar sin un reloj de su nivel —dice mientras comienza a desabrocharme el cuello de la camisa—. Vamos, quítate esto. Celebremos.

Obedezco y dejo al desnudo mi musculoso torso, que tanto le pone a Carmina.

—¿Vamos al dormitorio? —le pregunto.

—Lo estoy deseando.

Carmina permanece abrazada a mí, con la cabeza apoyada sobre mi pecho. Ambos estamos desnudos sobre las sábanas sudadas y agotados, especialmente ella.

No puedo dejar de pensar en Alizée y en el detective. Esta mañana dudaba de que fuera verdad que me está investigando, que quizás todo forma parte de mi imaginación, pero ahora estoy seguro de ello. Tengo el convencimiento absoluto.

Debo huir de Madrid. No puedo dejar que me denuncie ante la policía y me detengan. No, de ninguna manera. Pero si huyo... no tendrán forma de encontrarme.

Alizée no conoce ni mi nombre real ni mi DNI. Ni ella ni nadie; he estado usando durante los dos últimos años identidades falsas, varias. No he dejado rastro. Lo único que tendría para entregar a la policía son fotografías mías, nada más.

Debo escapar, no puedo dejar pasar más tiempo. No puedo seguir jugándomela. Y Carmina me va a ayudar, aunque ella no lo sepa. Oh, Carmina será mi salvadora, ¿quién me lo iba a decir?

—Tengo algo que proponerte —le digo al tiempo que alcanzo un paquete de tabaco de la mesita de noche y enciendo un cigarro—. ¿Puedo...?

—Claro, cariño.

—Voy a tomarme unas vacaciones. —Me llevo el cigarro a la boca—. Largas.

—¿Y eso? ¿Así, sin más?

—Sí. Lo he estado pensando durante algunas semanas y creo que lo voy a hacer. Es más, mañana no iré a trabajar. Necesito desconectar del bufete.

—Pero ¿cómo vas a dejar de trabajar sin haber avisado con tiempo?

—No pasa nada, no pondrán ninguna pega, créeme —digo haciendo un gesto con la mano para restar importancia—. Mis trabajos actuales se los pasaré a algún compañero, y ya está.

—¿Cuánto tiempo quieres descansar?

—No lo sé, indefinido. Simplemente quiero descansar, desconectar. ¿Me apoyas?

—¡Claro que te apoyo, faltaría más!... —contesta como si mi pregunta fuese una afrenta—. ¿Qué me propones exactamente?

—Tienes una casa en el sur, ¿verdad? En la playa. Me lo comentaste una vez.

—Sí —dice ilusionada—, ¿quieres que vayamos allí? —Su mirada se ilumina.

—Claro, ¿te apetece, Carmina? Serían nuestras primeras vacaciones juntos —le acaricio el cabello.

Sé que va a responder *sí*. La tengo comiendo de mi mano. Ella haría cualquier cosa por ‘mí’, por Carlos, incluso irnos hasta el fin del mundo. Está tan enamorada de mí como se cree que yo lo estoy de ella.

—¡Por supuesto que me apetece! A decir verdad... —traga saliva—, yo quería proponerte algo así. Ya sabes, para aprovechar, ahora que comienza el buen tiempo.

—Pues no se hable más. Vayámonos mañana mismo. No, ¡hoy! ¿Qué me dices?

—¿¡Hoy!? —Su cara adopta un gesto confuso muy gracioso—. Necesito tiempo para preparar maletas, avisar a la asistenta...

—Hagamos una locura, Carmina. ¿Cuánto hace que no viajas de forma tan improvisada?

—¡Demasiados años!... Cuando mi marido trabajaba como diplomático.

—Pues venga, vayámonos de Madrid hoy mismo. Todavía tenemos tiempo para coger un AVE esta tarde. Yo iré a mi piso, recojo algunas cosas y nos vemos luego en la estación. Lo que nos haga falta ya lo compraremos cuando lleguemos.

—¡Ay, Carlos, me vuelves loca!

Sellamos nuestro plan con un beso en los labios, me visto y nos despedimos. Debo recoger todos los documentos comprometidos que todavía tengo en el apartamento de Alizée. No puedo —no debo— dejar ni una sola pista.

Bajo en ascensor, saludo al conserje y salgo a la calle. Comienzo a andar hacia la boca de metro y es entonces cuando vuelvo a tener esa sensación tan desagradable que experimenté antes. Esa corazonada de que alguien me está siguiendo.

Conforme ando miro hacia atrás numerosas veces. Me encuentro con varios rostros, algunos me devuelven la mirada, pero no me es familiar ninguno.

Continúo mi camino, todavía intranquilo. Me giro hacia atrás una vez más y, al fin, lo veo. Allí está. Es el hombre de antes, de cuya presencia me percaté al salir de casa, en la estación Méndez Álvaro, en el vagón de metro... Es el hombre de sesenta y pico años, con muchas arrugas, ojos celestes, canoso, con poco pelo, alto y bien vestido. No me lo estaba imaginando.

Él agacha la mirada y comienza a andar más despacio cuando comprende que lo observo demasiado. ¿Y si estoy equivocado?... No, es el detective contratado por Alizée casi con total seguridad. Tengo una forma de comprobarlo.

Continúo caminando hacia la estación como si nada, que está a unos cinco minutos, y, con la mayor discreción que puedo, saco el móvil y llamo a *Amelia alumna*. Afortunadamente guardé el número cuando le investigué el teléfono a Alizée.

Tras unos segundos contestan al otro lado:

—Buenas tardes, ha llamado usted a *Agencia Agustín Detective Privado*, ¿en qué puedo ayudarle?

Es una voz femenina la que habla, posiblemente la de una señora de cierta edad.

Miro hacia atrás un momento y compruebo que el hombre continúa siguiéndome a una distancia prudente. Me aparta la mirada. Me pregunto si de verdad él es Agustín.

—Hola, buenas tardes —digo a través del teléfono con la voz un poco ahogada por la caminata—. Necesito hablar con el detective, por favor.

—Agustín no se encuentra aquí ahora mismo, pero puedo concertarle una cita con él para las...

—No —la interrumpo—. Es urgente. Necesito hablar con él.

—Oiga, no le puedo dar el número de Agustín sin su consentimiento. —El tono de la mujer adopta cierta seriedad—. Debe comprender que...

—Es importante —vuelvo a insistirle—. Soy vecino de Alizée, una clienta que ha solicitado los servicios del detective. Verá, su pareja le ha hecho algo horrible y debo contactar con Agustín de forma urgente. No le pediría su número si no fuese completamente necesario.

La mujer se queda callada unos segundos, supongo que reflexionando qué hacer. La he puesto en un aprieto. Yo cruzo los dedos, implorándole a Dios que mi argucia funcione.

—De acuerdo —dice al fin—. Apunte.

La recepcionista me indica el número del detective, que conforme lo dice lo guardo en la carpeta de contactos de mi móvil. Le agradezco su ayuda, me despido y cuelgo. A continuación, llamo al detective.

Miro hacia atrás y, en la distancia, veo al hombre que me sigue sacar el teléfono móvil de su bolsillo y contestar a la llamada.

—¿Sí?

Te pillé, Agustín.

Cuelgo sin decir palabra y, en un arrebato provocado por una ira que no logro controlar, me abalanzo hasta el detective esquivando a todos los transeúntes que hay en mi camino y descargo mi furia con un puñetazo en su cara que lo tumba en el suelo.

Alizée · quince minutos después

Salgo por la puerta principal de la oficina de la Agencia Tributaria y tomo una profunda bocanada de aire en un intento por tranquilizarme. Acabo de averiguar ciertas cosas muy desagradables y sólo tengo ganas de llorar.

Saco el móvil y compruebo la hora: 14:20. La oficina cerró hace veinte minutos, pero dadas las graves circunstancias de mi situación, la funcionaria que me atendió se ofreció a hacer tiempo extra ayudándome y resolviéndome dudas.

—Maldito Marcos... —digo en voz baja desde el más profundo de mi rencor.

Biiip, biiip. Mi teléfono emite una breve vibración en mi mano. Es un mensaje de texto de mi amiga Lorena. Llego tarde. Lo había olvidado por completo, soy un auténtico desastre.

*Oye! dnde estas??? Llevo 10 mins o + esperandote. vas a venir???
di algo tia!!I!!!*

Le respondo que voy para allá y comienzo a andar a paso acelerado.

Habíamos quedado para comer juntas y poder desahogarme con ella. Debería haberla advertido de que me iba a entretener en la Agencia Tributaria, pero se me fue el santo al cielo. Me siento fatal. Espero que sepa comprender que con tantos problemas no sé ni dónde tengo la cabeza. Seguro que sí, Lorena es muy empática.

Ella ya sabe lo que ocurre con Marcos. Ayer, tras salir del despacho de Agustín, paré a tomar algo en una cafetería-librería cercana y la llamé para contárselo todo. Me hubiera gustado llevar esto con la mayor discreción posible, pero me resulta imposible cargar con todo esto yo sola. Siento que voy a explotar.

Llego hasta el bar en el que hemos quedado, entro y veo a lo lejos a Lorena, que se levanta de su asiento y acude a darme un cálido abrazo que me reconforta el alma.

—Gracias, amiga —susurro con los ojos cerrados—. Lo necesitaba.

—Vamos, anda. —Me coge de la mano y nos sentamos.

El camarero se acerca, pedimos y comenzamos a charlar:

—Lo que me contaste ayer —dice— es horrible. No he podido dejar de pensar en ello.

—Jamás me lo hubiera esperado de él. He estado tan cegada...

—Sinceramente, yo tampoco. Lo veía un buenazo, un buen tipo.

Hoy Lorena está muy guapa, como siempre. Pelo ondulado que cae hasta sus hombros, ropa ceñida, maquillaje discreto y elegante, gafas que le dan cierto aire de intelectual... Yo, sin embargo, estoy hecha un desastre. No tenía ganas de arreglarme, y si he salido a la calle ha sido por pura necesidad.

—¿Has averiguado algo nuevo desde ayer? —pregunta al tiempo que le da un sorbo a la bebida que le acaban de traer.

—Sí. Hoy, cuando Marcos se fue a trabajar, llamé al taller en el que supuestamente le habían hecho las mejoras a mi coche. ¿Recuerdas que lo vendí?

—Eh... Recuerdo que te lo vendió Marcos, para ser más exactos —puntualiza mi amiga.

—Exacto. Él dijo que si le hacíamos ciertos arreglos se podría pedir más dinero.

—¿También era mentira? —Lorena se adelanta a mi narración.

—Sí. Como decía, he llamado al taller al que me aseguró que llevó mi coche, pero no tienen registro alguno de la matrícula. El coche jamás ha estado allí. —Lanzo un largo suspiro.

—¿Puede ser que te hayas equivocado de taller?

—De ninguna manera.

—¿Cuánto te gastaste?

—Mil seiscientos.

—¡Joder!... —Se lleva las manos a la cabeza—. Menudo capullo.

—Lo sé. Es cierto que el coche se vendió a un buen precio, pero me robó el dinero destinado para las mejoras. Estoy segura de que se podría haber vendido por mucho más si realmente hubiese pasado por el taller.

—Se aprovechó de que tú no tienes ni idea del tema.

—Oh, sí, tengo alergia a los talleres. También es cierto que confíe ciegamente en él. Fui una estúpida.

—No te culpes, Alizée.

El camarero regresa y nos sirve nuestros platos, unas diminutas hamburguesas de seitán a precio de oro con enormes patatas fritas como guarnición. Comenzamos a engullir como si estuviéramos famélicas.

—¿Cuánto dinero crees que te ha robado en total? —pregunta Lorena mientras mastica.

—Ummh, ni idea. Entre lo del coche, meses viviendo gratis en mi piso, el IVA de las facturas... Prefiero no pensarlo. Además, hay que contar las sanciones.

—¿De qué sanciones hablas? —pregunta muy atenta.

—¿Recuerdas que te dije que antes de vernos iría a la Agencia Tributaria?

—¡Ay, sí, es verdad! No te he preguntado, lo había olvidado por completo. ¿Qué te han dicho? ¿Has averiguado algo?

—Sí, he averiguado cosas, y ninguna buena. Voy primero a refrescarme y te sigo contando, ¿vale?

—Por supuesto.

Me levanto, voy hasta el servicio y cierro la puerta. Huele mal y desde lejos se nota que el inodoro está hecho un asco, pero no necesito usarlo.

Abro el grifo y me mojo la cara. Me miro en el espejo y veo a una Alizée débil, pálida y triste. Sin embargo, estoy aguantando mejor de lo que esperaba. Pensaba que me derrumbaría hablando con Lorena, pero estaba equivocada. Conversar con ella y compartir mis problemas me hace bien, o al menos esa sensación tengo ahora.

Tras reflexionar un par de minutos, salgo del servicio y regreso a la mesa.

—¿Por dónde iba? —pregunto.

—Por las sanciones.

—La funcionaria de la oficina ha rastreado mi información, y dice que no sólo no estoy dada de alta como autónoma, sino que tampoco hay ninguna renta declarada. Por estas dos cosas me han impuesto sanciones, que dice la funcionaria que me las han notificado por carta en varias ocasiones. Yo no tenía ni idea de nada de esto. Por lo visto, según la información que tienen, las cartas fueron entregadas en mi domicilio a alguien que se identificó como mi pareja.

—Marcos —susurra Lorena.

—Ajá. —Muevo la cabeza de arriba abajo—. Me ha tenido engañada todo este tiempo. He estado trabajando de forma absolutamente ilegal, todo por su culpa. Encima, no me ha avisado de las multas, que, si las hubiera pagado ya, me hubiesen aplicado cierto descuento. —Lanzo un pequeño gemido—. Lorena, debo un puto dinerito a Hacienda y al Estado. Ese cabrón de Marcos me ha jodido, pero bien.

No puedo evitar dejar caer el tenedor sobre el plato y comenzar a sollozar. Me cubro el rostro con las manos, avergonzada de que la gente del bar vea lo desgraciada que me siento.

—No, no, no llores, amiga. —Lorena se levanta de su asiento, se pone en cuclillas a mi vera y me abraza—. No llores porque me partes el alma.

—Pero... yo... —titubeo mientras las lágrimas continúan brotando por mis mejillas—. ¿Qué he... hecho... para merecerme esto?... ¿Tan mala... soy?

—Tú no eres mala. Tú eres una mujer con un corazón precioso. Simplemente has tenido la mala suerte de cruzarte con un estafador.

—Con un estafador del amor —puntualizo con voz queda.

El camarero se acerca con timidez, carraspea sonoramente para hacerse notar y me pregunta si está todo bien.

—Estoy... Estoy bien, gracias. —Me seco rápidamente las lágrimas con una rasposa servilleta de papel—. Gracias por preguntar. —Esbozo una forzada y débil sonrisa.

Tras beber algo de agua y respirar hondamente durante algunos segundos, logro tranquilizarme. Lorena vuelve a su asiento y retomamos nuestro almuerzo y la charla:

—Si quieres dejamos de hablar de todo esto —me sugiere—. Si así te sientes mejor...

—No te preocupes, de veras. Si he quedado contigo era para desahogarme. Lo estoy haciendo. Y te lo agradezco.

—El placer es mío de que confíes en mí. Entonces, ¿cuánto dinero te reclaman?

—Entre el IRPF, las sanciones en sí, intereses... Unos seis mil.

—¿¡Seis mil euros!?! —Pega un bote en la silla—. Pero ¿vas a poder pagar?

—Sí, del dinero que gané vendiendo mi coche. Son casi todos mis ahorros y me da una pena enorme perderlos de golpe, pero no hay otra.

—Normal. —Hace una pausa—. Oye, Alizée, y ¿no sería mejor denunciarlo ya? O querrellarte, o lo que sea; no entiendo de leyes. Ese sinvergüenza debería estar en la cárcel cuanto antes.

—No lo sé. Agustín dice que no es buena idea porque se metería la fiscalía de por medio, el caso dependería de la policía y podrían no hacer un buen trabajo.

—«¿Podrían no hacer un buen trabajo?». —Arquea las cejas—. ¿Qué tontería es esa?

—Eso piensa él.

—Lo dice para encargarse de todo y trabajar más —sugiere.

—Has dado en el clavo; él mismo lo admite. Pero temo que tenga razón respecto a la policía.

—A ver, cuéntame, ¿por qué podrían no hacer bien su trabajo? —Lorena suena molesta, como si se tratara de un asunto personal.

—No tengo motivos para desconfiar, pero... Ellos cobrarán sí o sí a final de mes, y éste no dejaría de ser un caso más entre otros tantos. Este conflicto me recuerda un poco a la dicotomía entre universidad pública o privada, o sanidad pública o privada. Estoy desesperada, y si económicamente me lo puedo permitir, ¿por qué no?

—Yo creo que...

—Le daré unos días a Agustín —la interrumpo—. Firmé un contrato con él hace tan sólo dos días, puedo esperar un poco más y rescindir nuestro acuerdo cuando quiera. ¿Qué puedo perder?

—Dinero —contesta mi amiga tajantemente—. ¿Cuánto te cobra?

—Oh, era una pregunta retórica...

—¿Cuánto te cobra? —insiste.

—Doscientos cada día —respondo con voz cohibida.

—¡Madre mía! ¿Cómo lo vas a pagar?

—Tengo los ahorros del coche, pero no contaba con todo lo que le debo a Hacienda... Haciendo cuentas rápidas, supongo que, cuando satisfaga mis deudas, apenas me quedarán unos tres mil euros.

—¿Vas a estar pagándole a Agustín doscientos al día hasta que te quedes sin un céntimo en el banco?

—No lo sé, Lorena, puede que sí. Te repito que no tenía conocimiento del dineral que le debo al Estado hasta hacía unos minutos. —Apoyo los codos en la mesa y hundo la cabeza entre mis brazos, exasperada—. No sé qué coño hacer.

—Ya te he dicho lo que pienso. Debes acudir a la policía cuanto antes.

Estamos un rato más conversando, esta vez sobre banalidades varias. Terminamos de comer, salimos afuera del bar, me enciendo un cigarro y ella se marcha.

La charla con Lorena me ha sido de mucha utilidad. Primero, para distenderme. Segundo, porque ahora tengo un nuevo asunto sobre el que reflexionar: ¿de verdad voy a gastar los pocos ahorros que me quedan en los servicios de Agustín, por muy buen detective que sea? ¿No sería mejor denunciar en la comisaría de una vez por todas a Marcos? Quizás mi amiga tiene razón.

Cinco minutos después continúo a las afueras del bar, sola, apurando mi cigarro. El sol brilla con fuerza escondido tras las nubes, aunque algunas pocas gotas rebeldes se esfuerzan en dejarse caer del cielo. Mal presagio.

Mi móvil comienza a sonar. Número desconocido.

—¿Sí? —respondo.

—Hola, ¿Alizée? —pregunta una voz joven y masculina que no reconozco.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—¿Te pilló en buen momento? ¿Está Marcos cerca?

—Eh... No hay problema. ¿De qué conoces a Marcos? ¿Quién eres?

—Me llamo Roberto, soy el hijo de Agustín.

—Ah... —Primera noticia que tengo respecto a que el detective es padre—. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Estamos en urgencias. Mi padre ha tenido un altercado con tu novio.

—¿¡Qué, cómo!? —Lanzo la colilla al suelo y la piso al borde de un ataque de nervios—. ¿¡Qué ha pasado!? *Mon Dieu, mon Dieu...*

—Tranquila, Agustín está bien. Más o menos. Simplemente me ha llamado para pedirte que no te acerques a Marcos. Es muy peligroso.

—¿P-Pero...? ¿Qué ha pasado exactamente? Necesito hablar con tu padre, por favor.

—Alizée, él está bien. Está aquí, a mi lado. Simplemente quiere cerciorarse de que no te acerques a...

—Pásamelo. —Lo interrumpo—. Por favor, me siento fatal. Todo esto es por mi culpa.

—No debes sentirte mal —Roberto continúa hablando en un tono templado, posiblemente en un intento por no preocuparme más de la cuenta.

—Te lo suplico, déjame hablar con él. ¿Acaso no me lo pasas porque está peor de lo que dices? No estará en coma, ¿no? ¡Ay!...

Apoyo mi espalda contra la pared de la fachada del bar y me deslizo hasta la sucia acera, donde me dejo caer. Mi pierna se agita nerviosa, casi de forma incontrolable, y yo me muerdo intranquila las uñas de la mano que tengo libre.

—De acuerdo, te lo voy a pasar porque no quiero que pienses que la situación es peor de lo que realmente es.

Transcurren unos segundos y escucho unos murmullos de fondo. El teléfono es intercambiado de manos y se pone a éste el detective:

—Hola, *Alisei* —dice con una débil voz.

—¡Agustín! —Me reprimo un grito de alegría. Jamás me había sentido tan dichosa de escuchar mi nombre mal pronunciado—. ¡Oh, Agustín, menos mal!... *Tout va bien?*

—Ja, ja... —el hombre ríe melancólicamente—. Desconocía que te preocupara tanto mi estado —añade en un tono jocoso.

—¡Por supuesto! —No puedo evitar sonrojarme, aunque afortunadamente él no me ve—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha hecho el cabrón de Marcos?

—Te lo voy a contar, pero quiero que estés tranquila.

—*D'accord* —digo sin mucho convencimiento.

—Le estaba realizando un seguimiento. Fue hasta la zona AZCA, tal y como me explicaste que suele hacer la mayoría de los días. Calle Paseo de la Habana, número 8. Es un edificio antiguo pero señorial, bien conservado. Tiene conserje.

—¿Allí es donde va a trabajar?

—Allí es donde va, pero dudo que a trabajar. No hay oficinas. Al menos, no hay ningún anuncio, ni cartel, nada. Y si pruebas a escribir la dirección en Internet no encontrarás la web de ninguna gestoría que esté localizada allí.

—Entonces..., ¿está claro que me ha mentido en este tema también?

—No lo puedo afirmar aún, pero todo indica que sí. Debemos averiguar qué va a hacer allí.

—Comprendo. —Activo el altavoz del móvil para encenderme otro cigarro.

—Estuvo dentro muy poco tiempo, no llegó ni a una hora. Cuando abandonó el edificio lo seguí. Él me vio, y creo que no era la primera vez que se fijaba en mí. Entonces, llamó por teléfono a la oficina, a Sofía. Supongo que consiguió el número de tu agenda de contactos, quizás ya se olía algo. ¿Es posible?

Oh, mierda, *Amelia alumna*.

—Sí, sí... —contesto llevándome la mano a la cabeza, consternada y sintiéndome culpable—. Es bastante posible.

—Pues bien, se las arregló para que mi mujer le diera mi número personal. Él me llamó, yo contesté y es en ese instante cuando corroboré que soy detective y que le estaba siguiendo. Es un tipo muy astuto.

—¿Qué te hizo, Agustín?

—Delante de todo el mundo, en mitad de la calle, vino hasta mí y me tumbó de un puñetazo al que siguieron unas cuantas patadas. El tipo está bastante fuerte.

—¡Menudo...! —Aprieto el puño y golpeo el suelo con vehemencia—. No sé cómo puedes hablar con tanta calma. ¿Cómo estás?

—Con el cuerpo completamente magullado. Me están curando las heridas en urgencias, pero estoy bien, no te preocupes. Gajes del oficio.

Pobre hombre. Se está haciendo el duro, pero no deja de ser un hombre mayor bastante debilucho.

Sé que no soy la culpable de lo que ha ocurrido, pero ¿cuánta responsabilidad tengo por haber propiciado esta situación? Si hubiese sido más discreta, si no hubiera guardado el número de la oficina de Agustín en mi móvil, nada de esto habría pasado. Me siento impotente. Necesito verlo, asegurarme de que no está peor de lo que dice y disculparme en persona.

—Yo... —susurro—. Lo siento. Lo siento muchísimo, Agustín.

—Anda, cállate.

—Pero...

—*Alisei* —me interrumpe bruscamente—, no le pedí a mi hijo que te llamara para que te compadeczas de mí, sino para que te advierta que no te acerques a Marcos. Después de haberme dado esta paliza y saber a ciencia cierta que lo estamos investigando, temo que esté descontrolado. Es muy peligroso.

—Pero ¿a dónde voy a ir? ¿Qué voy a hacer? —pregunto angustiada—. Él vive en mi piso, lo sabes.

—Ya, ya, lo sé. Ve a mi oficina, allí está Sofía. Yo llegaré en un rato e iremos juntos a denunciar a Marcos. Sé que en un principio te dije que no era buena idea, que no nos convenía involucrar ni a la policía ni a la fiscalía todavía, pero me equivoqué. Claramente me equivoqué. No supe calibrar el peligro de tu novio.

—No lo llames ni novio, por favor...

—Como quieras. Entonces, ¿me esperas en la oficina?

—Sí, voy para allá. —Lanzo un profundo suspiro.

Nos despedimos, cuelgo y me levanto de la sucia acera. No voy a ir a la oficina, todavía no. Antes, quiero hablar con Marcos.

Quizás soy una inconsciente o una temeraria, no lo sé, pero siento la necesidad de conversar con él antes de emprender acción penal alguna. Necesito que se explique, escuchar su versión. Sé que es culpable y confío ciegamente en la palabra de Agustín, pero... Me veo en la obligación moral de hablar con él. Por todo lo que lo amé.

Lo he llamado varias veces, pero no responde al teléfono. Eso me inquieta.

Estoy subiendo las escaleras de mi edificio, nerviosa, con el corazón en un puño. No sé si estará en el apartamento. Tampoco sé qué voy a decirle si me lo encuentro. Creo que lo mejor será no andarme con rodeos.

Llego hasta el 3°. Me planto frente a mi puerta, tomo aire e introduzco la llave. Al abrir, me golpea una tufarada de... ¿fuego? No, por favor.

Entro precipitadamente y mi corazón da un vuelco al descubrir en el interior del fregadero de la cocina una masa roja y llameante que atiza de muy cerca las alacenas superiores. ¿¡Cómo es posible!?!...

El incendio aún no se ha propagado por el resto de los muebles y, pese a que todas las ventanas están cerradas, apenas hay humo concentrado en el piso. Todo apunta a que acaba de provocarse. O ser provocado, me temo.

Dudo qué hacer. Lanzo un grito de socorro hacia el rellano, pero nadie parece escucharlo. Las manos me sudan, comienzo a sentir cierta fatiga y no logro pensar con claridad. Vale, necesito un extintor, pero ni siquiera sé si hay alguno en el edificio. ¡Menuda inútil soy!

Desesperada, me acerco con temor al fuego, enciendo el grifo y dejo caer agua, pero así sólo consigo avivar las llamas, que alcanzan y engullen las alacenas.

—¡Aaaah!... —chillo atemorizada al tiempo que retrocedo de un salto.

Estoy asustada, angustiada. ¿Cómo coño se ha podido incendiar el fregadero? Recuerdo que cuando salí de casa estaba vacío, no había nada y menos inflamable, por lo que sólo puede ser obra de Marcos. Maldito Marcos.

—¡Eh, eh! —Escucho a mis espaldas.

Me doy la vuelta y siento una enorme sensación de alivio al descubrir a un vecino del 4°, precisamente bombero jubilado, que ha respondido a mis gritos de socorro. Lleva consigo un extintor, y como antes dejé la puerta principal abierta no ha debido de tener ningún problema para entrar.

—¡Qué suerte! —exclamo al tiempo que me echo a un lado y dejo al buen hombre hacer lo que mejor se le da.

Segundos después, hay polvo químico por todas partes y mi campo de visión es nulo. Comienzo a toser, me ahogo. No sé qué hacer.

Mi vecino me agarra a tuestas de la muñeca y, demostrando instintivamente una curtida experiencia en situaciones de este estilo, me conduce con diligencia hasta el rellano, donde ya estamos a salvo.

—*Merci* —susurro entre lágrimas mientras disfruto del reconfortante abrazo de mi héroe.

Algunos minutos después, cuando el polvo químico del extintor ya se ha disipado, vuelvo a entrar en el piso, pese a las advertencias de mi vecino de lo peligroso que es. Necesito respuestas ya y no puedo esperar a que lleguen los bomberos.

—Huele a gasolina —apunta el hombre cuando llegamos a la cocina, que decide seguirme para asegurarse de que no me pasa nada.

—Sí, yo también lo percibo.

—No creo que haya sido fortuito.

En el fregadero encontramos las pruebas fehacientes de lo que dice: los restos semicarbonizados de un montón de documentos y cartas que fueron prendidos hace muy poco tiempo atrás, posiblemente justo antes de que yo llegara al piso.

—¿Lo has hecho tú? —me pregunta.

—No.

—¿Tu novio?

—Supongo que habrá sido un descuido.

Pero sé que no ha sido un descuido, por supuesto que no. Simplemente, no me apetece dar explicaciones. Lo ha hecho porque es un hijo de puta, y Agustín tenía razón cuando me advirtió que me alejara de él y que fuese inmediatamente a la oficina, que corría peligro.

Entre los vestigios de papeles, chamuscados y mojados a partes iguales, reconozco el logo de Hacienda en algunas cartas que no se han llegado a quemar por completo. Ahí están las pruebas contra Marcos, perdidas. Ahí están todos los avisos de sanción que él aceptó en mi nombre pero que nunca me entregó. Ahí están todos los documentos que ha falsificado. Ahí está el papel fingido que me hizo firmar en el que yo, supuestamente, le concedía poderes de representación ante la Administración. Desconozco dónde había estado escondiendo todo esto hasta ahora, pero debía de tenerlo muy bien guardado como para que yo no lo hubiese descubierto antes.

Podría haber optado por llevarse lejos todos estos papeles, pero Marcos decidió que era mejor quemarlos en mi propia casa, aun a riesgo de poner mi vida en serio peligro, supongo que para recochinearse de mí, para humillarme. Esto es una especie de «no has logrado atraparme, Alizée. Soy más listo que tú». Queda claro que es un psicópata, un loco que no teme a nada y que me ha estado engañando durante todo un año. Ha ganado esta batalla, pero juro que yo ganaré la guerra.

Marcos/Carlos · tres horas después

De la quietud absoluta pasamos al movimiento. Siento cierto traqueteo que me hace despertarme de un respingo.

Carmina está sentada a mi lado, observándome con una tierna sonrisa.

—Te habías quedado dormido.

—Sí —me froto los ojos y lanzo un largo y sonoro bostezo.

Estamos en el AVE. Además de nosotros, en el vagón sólo hay un par de viajeros más, bastante apartados. A través de las ventanillas se puede observar un llano sin mucho encanto. Aún es de día, pero el sol pronto comenzará a esconderse.

—¿Por dónde vamos? —pregunto aturdido.

—Hemos hecho una parada en Puertollano. Ya continuamos hacia el sur.

Me revuelvo en el asiento, incómodo. Me duele la espalda y la cabeza. Resoplo cansado. Deseo llegar de una vez por todas.

—¿Estás bien? —pregunta mi amante al tiempo que me agarra de la mano en un acto de cariño.

Es la primera vez que Carmina me muestra afecto en público. Siempre ha dicho que le da reparo hacerlo por el *qué dirán*, por nuestra diferencia de edad y tal, pero parece que acaba de superar ese escollo. Yo, la verdad, prefiero que nuestro contacto físico sea el mínimo posible, tanto en privado como en público.

—He tenido una pesadilla —murmuro.

—¿De qué se trataba?

—No lo recuerdo.

Mentira, sí lo recuerdo. He soñado con Alizée atrapada en las llamas que yo mismo he provocado en su apartamento, a punto de quemarse viva. Ha sido una visión siniestra, luctuosa, pero no sé hasta qué punto premonitoria.

Me revuelvo de nuevo en el asiento, nervioso. Comienzo a arrepentirme de lo que he hecho. Supongo que esto es a lo que los buenas llaman remordimiento.

Miro la hora en mi reloj de muñeca y compruebo que ya ha transcurrido el tiempo suficiente como para que las llamas hayan consumido la vivienda entera de Alizée. Espero que no con ella dentro. No me lo podría perdonar. ¿O sí?...

—Carlos, ¿seguro que estás bien? —insiste Carmina, visiblemente preocupada.

—De verdad que sí. Es sólo mareo. Ya se me pasará.

Oh, Alizée, no sé por qué he hecho lo que he hecho, no era necesario, pero espero de corazón que estés bien.

Llegamos hasta la Estación Málaga-María Zambrano. Es ya de noche.

Maletas en mano, cogemos un taxi que nos lleva hasta la urbanización Bellamar, en la zona este de la capital de la Costa del Sol.

Se trata de un área ciertamente en decadencia de chalets con jardín, resguardados de las miradas indiscretas por altos muros y cerca de la playa, pero todos bastante antiguos. Posiblemente, esta urbanización fue la zona por excelencia para vivir en Málaga de la *gente guapa*, de la *jet set*, hace treinta o cuarenta años. Pero ya no.

Llegamos a la casa y allí nos está esperando una asistenta de confianza de Carmina. No es interna porque mi amante apenas pasa tiempo aquí —sólo algunas semanas a lo largo del año—, pero es la persona a la que llama de forma puntual para que realice tareas de mantenimiento y limpieza en el chalet. Tiene incluso una copia de la llave.

—Buenas noches, señora —la asistenta saluda a Carmina con un afectuoso abrazo—. ¿Cómo ha ido el viaje?

Tiene unos cuarenta y pico años, es rechoncha, fea y bajita. Pese a la diferencia de edad, Carmina está bastante mejor que ella.

—Muy bien, María —responde—. Cansada, ya sabes que detesto viajar tan tarde. —Lanza una pedante carcajada y la asistenta ríe con ella, supongo que más por peloteo que porque le haya hecho gracia su tonto comentario.

—La veo muy bien acompañada. —Me echa una mirada y yo le dedico una forzada sonrisa.

—¡Muy bien acompañada! —Carmina me sujeta del brazo como si fuera un trofeo. Ciertamente, para ella lo soy—. Se llama Carlos y es abogado.

—¡Qué guapo y qué joven!

Continúan las dos mujeres un rato más de charla. Excusándome por lo cansado que estoy, me escaqueo de ellas y me relajo en el porche mientras bebo una copa de whisky. Alizée vuelve a aparecer en mis pensamientos:

¿Qué habrá pensado al ver el fuego? ¿Me estará persiguiendo? ¿Intentará averiguar adónde he huido? ¿Tendrá sed de venganza? No lo sé, pero supongo que pronto lo averiguaré. En cualquier caso, me arrepiento de lo que he hecho. ¿Qué puta necesidad tenía de prender los papeles en su maldito fregadero? Ninguna. Podría habérmelos llevado conmigo y haberlos tirado en cualquier contenedor, pero no. En ese momento sentí la necesidad de humillarla, de hacerla sufrir viendo todas las pruebas contra mí hechas cenizas. Era una forma de advertirle que tenga cuidado y que no intente ir contra mí. Pero, repito, me arrepiento: bastante mal le he hecho durante todo un año como para poner ahora esta amarga guinda al pastel. Alizée es una buena chica y no se merecía nada de esto.

La asistenta ordena nuestro equipaje, prepara algo rápido para cenar y se va. Es bastante tarde, casi medianoche.

Tras llenarnos el estómago, Carmina y yo nos vamos a la cama. Pese a que tenemos sexo desde hace siete meses, hoy es la primera noche que pasaremos juntos, y mañana será el primer amanecer en el que despertaré junto a ella. Espero no llevarme un susto cuando la vea legañoso, despeinado y con el maquillaje corrido.

Estamos ya tumbados y, como hace un calor tremendo —no podía ser de otra forma aquí, en el sur—, nos quedamos en ropa interior. Parece que a ella le gusta lo que ve, porque comienza a manosearme el torso desnudo y a frotar su viejo cuerpo contra el mío. Definitivamente, está caliente como una perra.

—Te deseo —susurra mientras, sin apartar la vista de mí y con mirada lasciva, baja hasta mi entrepierna, me quita los calzoncillos y comienza a lamer todo lo que se presenta ante ella.

—Aaah... —gimo a gusto.

Me pongo cómodo y la dejo actuar. Oh, sí, desde luego sabe lo que está haciendo. Es buena: no usa los dientes, desplaza la piel hacia abajo mientras chupa, no olvida los testículos... Se nota cuando una mujer disfruta ejerciendo de feladora, y éste es el caso de Carmina, que se excita todavía más al comprobar lo cachondo que me estoy poniendo.

Apago la luz, no quiero verle la cara. Voy a follármela pensando que es Alizée.

Cambio de postura, la tumbo y me coloco sobre ella. La ensarto sin prolegómenos y ella lanza un pequeño grito de dolor y placer a partes iguales.

Dentro, fuera, dentro, fuera, con ritmo, como un metrónomo.

—¿Te gusta? —pregunto jadeando.

No me importa que ella esté disfrutando o no, sólo quiero reafirmarme en lo bueno que soy.

—Me encanta, más fuerte —murmura y me besa en la boca.

Cumplo sus deseos y las embestidas se vuelven más agresivas.

—¡Aah, aah, aaaaah!... —Carmina continúa gimiendo y soportando el dolor como una campeona.

Pienso en Alizée, en su cara, en su cuerpo, en su coño. Me enciendo. La deseo y la odio a la vez, no lo puedo evitar. Ojalá estar penetrándola ahora a ella. Ojalá estar descargando toda mi furia contra ella.

—Putá Alizée, me vas a buscar la ruina —murmuro.

Afortunadamente, los jadeos continuos de Carmina no le permiten escuchar lo que digo.

Cinco minutos después y sin cambiar de posición, eyaculo en el interior de mi amante sexagenaria y doy por concluido el acto.

Alizée · siete días después

Ha transcurrido una semana desde que Marcos provocó aquel incendio en mi apartamento, el cual, afortunadamente, no tuvo consecuencias demasiado importantes.

Ha transcurrido una semana desde que desapareció de mi vida sin dejar rastro. Le he llamado y le he escrito sin cesar, pero su móvil no da señal alguna.

Ha transcurrido una semana desde que le propinó aquella desafortunada y tremenda paliza a Agustín, tras la cual se esfumó dejando al pobre hombre malherido en el suelo.

Y yo aún no he recuperado el dinero que me ha estafado, ni tampoco me he vengado de él. Quizás, esto último es lo que más deseo. No sé si esta sed de revancha me convierte en una mala persona, pero en estos instantes sólo deseo verlo sufrir, entre rejas, arrepintiéndose de todo el daño que ha hecho.

Hace una semana, tras el incendio —y después de explicarle lo sucedido a mi casero para que éste diera parte a la empresa de seguros—, acudí de inmediato al despacho de Agustín, donde estaba el matrimonio esperándome. Me alarmé al comprobar que Agustín tenía heridas y magulladuras por todo el cuerpo, pero me aseguró que estaba relativamente bien, y Sofía me dejó más tranquila al dar fe de sus palabras.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué has tardado tanto? —me recriminó el detective.

Le narré lo sucedido y él, con tono condescendiente y paternal, me amonestó una y otra vez por haber desoído sus advertencias y haber ido en busca de Marcos a mi apartamento, pese al peligro que yo sabía que existía. «Podrías haber acabado muerta», me dijo, y tenía razón.

Los tres fuimos a la comisaría más cercana a denunciar la agresión. Después, con la ayuda de un procurador y un abogado con los que suele trabajar Agustín, comenzamos a preparar la querrela que presenté en el juzgado al día siguiente; no había tiempo que perder.

Di parte de las estafas y engaños a los que me había sometido Marcos, así como también expliqué que él fue quien provocó el incendio. Aporté todas las pruebas que Agustín había logrado reunir, aunque no eran muchas; al fin y al cabo, la mayoría se perdieron en el fuego.

Como medidas cautelares solicitamos la detención preventiva de Marcos, pero aún nadie ha logrado localizarlo a día de hoy. Para identificarlo, tan sólo pude aportar su nombre completo, su número de teléfono y algunas fotos de él. En ese instante comprendí el gran desconocido que ha sido para mí todo este tiempo.

Todavía desconozco si han admitido a trámite la querrela o no, y me temo que será así durante algún tiempo. La justicia es lenta.

Dejando a un lado el proceso penal, aquel mismo día tomé una decisión de suma importancia que no dudé en comentarle a Agustín: le expliqué que, tras mucho reflexionar, había decidido prescindir de sus servicios, no porque no estuviera contenta con su trabajo, más bien todo lo contrario, sino porque no me lo podía permitir. Las deudas y los posibles gastos que pueda

reclamarme mi casero son un dispendio con el que no contaba, por lo que no puedo aceptar perder los pocos ahorros que me quedan. Él me comprendió, saldé mi deuda por los días que había trabajado en mi caso y nos despedimos.

Desde entonces, no he vuelto a saber ni de él ni de Marcos, pero esta mañana recibí una llamada... interesante, cuanto menos. Era Roberto, el hijo del detective. Me dijo que quería hablar conmigo, que es importante. Le pedí hacerlo por teléfono, pero él insistió en que prefería que nos viésemos en persona. Un poco recelosa, acepté.

No sé qué querrá, pero supongo que lo que vaya a decirme tendrá alguna relación con Marcos, o eso espero, y por este motivo estoy aquí, en la barra de un bar de copas latino en el centro de Madrid mientras bebo una cerveza sin alcohol a las ocho y media de la tarde.

Maluma suena a todo volumen, algunos chicos —sobre todo argentinos— se acercan insistentemente a mí para flirtear —se acaban rindiendo ante mis férreas negativas— y el antro comienza a llenarse.

—¿Dónde cojones estará Roberto, por qué tarda tanto?...

Ni siquiera sé cómo es o qué aspecto tiene. Sólo hemos hablado en dos ocasiones, hoy y hace siete días, cuando me llamó desde el hospital y estaba junto a su padre. Jamás llegué a verlo en persona.

De vez en cuando miro en derredor, escrutando entre la gente e intentando localizar a algún hombre despistado que tenga aspecto de ser hijo de Agustín y Sofía, pero nadie parece encajar en el perfil. Me lo imagino con cerca de cuarenta años, vestido de forma clásica, muy formalito, un poco introvertido... Todo un ratón de biblioteca.

Suspiro impaciente e intento no preocuparme demasiado. Le avisé de que llevaría puesta una blusa roja y que soy rubia, para que me reconozca.

Entonces, una atractiva voz capta mi atención y produce en mí cierta excitación agradable que recorre mi espina dorsal de abajo arriba:

—Hola, guapa —dice el dueño de la voz desde atrás, que no duda un instante en sentarse en un taburete a mi lado.

Siento una gran delectación al ver al guapísimo hombre que me acaba de piropear y que parece que se dispone a ligar conmigo —¿¡a quien no le gusta gustar a chicos tan apuestos!?: es alto, un poco moreno de piel, con el pelo casi rapado y castaño, barba perfecta de tres días, ojos verdes y debe de tener unos treinta y pocos años. Por su entallada camiseta blanca puedo apreciar que tiene un cuerpo atlético. Tiene ese aspecto de rebelde sin causa hasta la muerte que tanto adoro.

No me importaría charlar con él y conocerlo, ahora que estoy soltera y no guardo ningún rescoldo amoroso de Marcos, pero hoy no es el momento adecuado.

—Lo siento. —Sonrío tímidamente—. Estoy esperando a alguien.

—A mí, ¿no? —Las comisuras de su boca se deslizan cautivadoramente hacia arriba.

Lo miro sorprendida y él ríe.

—¿Eres Roberto?

—Sí. Y tú, con ese acento francés, esa blusa roja y ese pelo rubio debes de ser Alizée, ¿me equivoco?

—¡No!

Ahora yo también río con él. ¡Qué sorpresa! Jamás hubiera imaginado que Agustín podía tener

un hijo así, tan *hot*, tan extrovertido y tan diferente a él.

—Supongo que te he sorprendido —me dice.

—Eh, bueno, sí —respondo nerviosa—. Camiseta, chupa de cuero, pantalones vaqueros, pelo rapado... Te imaginaba diferente.

—¿Con otro estilo? —pregunta guasón, consciente de que su aspecto y su físico no sólo me han impresionado, sino que han provocado un gran interés en mí—. Imaginabas al hijo de Agustín como Agustín, ¿no? Una versión junior, con sus pantalones anchos, su camisa abrochada hasta el cuello, gafas graduadas...

—No lo quería decir, pero me has leído el pensamiento. —Ahora ambos reímos a carcajadas.

Roberto es majísimo y comienza a parecerme más que una cara bonita, pero no estoy aquí para conseguir un novio o un polvo rápido, por lo que adopto un tono de voz más serio y le pregunto:

—Bueno, ¿qué querías decirme? ¿Por qué me has citado aquí?

—Antes de eso... —cambia de tema y señala mi cerveza—. ¿Sin alcohol? ¿Eres abstemia?

—No, pero...

—¡Camarero! —me interrumpe y le pide al *barman* dos cervezas con alcohol, una para cada uno. Hago el amago de pagar por la mía, pero él insiste en invitarme. Nos las sirven y comenzamos a beber—. Mucho mejor ahora, ¿no?

—Sí —contesto con timidez—. Quería estar completamente sobria, pero... Bah. ¿Sobre qué querías hablar?

—Pues verás, Alizée: en primer lugar, quería darte las gracias por haber acompañado a mi padre a denunciar la agresión.

—Oh, eso no fue nada. —Hago un gesto con la mano restándole importancia—. Además, él me ayudó a preparar la querrela que presenté al día siguiente.

—Pero ésa es *su* obligación, no la tuya. No tenías por qué acompañarlo a la comisaría, y te lo agradezco porque sólo pude estar con mi padre un rato en el hospital. Tuve que marcharme por trabajo.

—Bueno, no fue ninguna molestia, en serio.

—¿Has vuelto a saber algo de tu novio?

—Exnovio —matizo—, aunque no hayamos cortado oficialmente.

—Disculpa. Lo que te preguntaba: ¿alguna novedad?

—No, nada. Ojalá supiera adónde ha huido. Desearía tenerlo frente a mí y... —No termino la frase.

—¿Y...? —indaga Roberto, dándome la impresión de que tiene cierta inclinación por el morbo. O eso, o es muy cotilla.

—No lo sé, es una forma de hablar. Querría darle una paliza, pero evidentemente no lo voy a hacer. Supongo que no me queda otra que conformarme con que entre en la cárcel.

—¿Tienes mucho interés en que entre en prisión el mayor número de años posible? —me pregunta mirándome a los ojos y con un tono de misterio que me inquieta.

—Sí, claro... Me ha hecho mucho daño. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque quiero ayudarte.

Le da el último sorbo a su cerveza y pide otra.

—A ver, Roberto, agradezco tu...

—Alizée —me corta—, sé que prescindiste de los servicios de mi padre porque no te los puedes permitir. Lo comprendo, ¿vale? Al fin y al cabo, contratar a un detective es muy caro. Por no hablar de todos los gastos sobrevenidos que te han hecho tomar la decisión: Hacienda, el incendio...

Ese último comentario no me ha gustado nada. Ni pizca de gracia que un completo desconocido sepa de mis problemas.

—Te lo ha contado tu padre, ¿no? —pregunto con recelo.

—Sí, ¿te molesta?

—Hombre, se ha pasado el secreto profesional por el forro...

—Vamos, no te enfades. Es mi culpa, que soy muy cotilla y pregunto mucho. Además, quiero ayudarte.

—¿Ayudarme? —No puedo evitar sentir un gran escepticismo.

—Eso he dicho. Y gratis.

—¿¡Gratis!? —Con el ceño fruncido cierro los ojos durante un instante, intentando ordenar mis pensamientos—. ¿Tú también eres detective?

—No, pero trabajo en la Unidad Central de Delincuencia Especializada y Violenta de la Policía Nacional. Vamos, que soy algo así como un investigador.

Oh, guau, esto se está poniendo interesante, y mucho. ¿Por qué un policía, y no uno cualquiera, se interesa por mi caso y me cita en un bar? Espero sinceramente no haberme metido en ningún lío.

—¿Te han encargado mi caso? —pregunto confusa.

—¿En el trabajo, dices? No, para nada. Es más, quizás todavía no se hayan incoado las diligencias de investigación. La justicia es lenta, ya lo sabes.

—¿Entonces...?

—Quiero ayudarte, Alizée, a título personal. Fuera de mi horario de trabajo. Ser algo así como tu investigador privado, como lo fue mi padre, pero gratis.

—¿En serio? —musito ojiplática, a lo que él responde con media sonrisa cautivadora que hace que me derrita, aunque no termina de convencerme—. Y tú, ¿qué ganas?

—¿Es necesario que gane algo?

—No lo sé, tú sabrás. Desde que averigüé todas las mentiras de Marcos me cuesta confiar en alguien. —Bebo el culín de mi cerveza y pido otra, animada por Roberto.

—No busco dinero ni reconocimiento. Sólo venganza, por lo que ese cabrón le hizo a mi padre —dice ahora con un tono ligeramente siniestro que me incomoda.

—La paliza, ¿no?

—¡Pues claro! Tu ex dejó al pobre hecho un cuadro, ya lo viste. Afortunadamente está más o menos bien, pero le cuesta moverse y va a necesitar rehabilitación durante mucho tiempo. No voy a permitir que se vaya de rositas.

Me agrada que Roberto quiera ayudarme, aunque su motivación sea completamente ajena a mí, pero no estoy segura de lo que me propone. Desconozco hasta qué punto es legal entrometer en todo esto a un policía.

—Guau. —Lanzo un corto silbido—. Qué vengativo.

—¿Acaso eso es malo? —Se inclina hacia mí y me habla a tan sólo unos centímetros de distancia, susurrando—. La *vendetta* no es sino una pasión humana absolutamente natural, y creo que reprimirla es lo peor que se puede hacer contra uno mismo.

Comienzo a asustarme por lo tremebundo de sus palabras.

—Pareces algo así como un justiciero.

—Puede ser. —Retoma su postura normal y apoya el codo sobre la barra—. Por eso elegí ser policía. —Le da un sorbo a su cerveza—. Entonces, ¿quieres que te ayude?

Le aparto la mirada, nerviosa, y miro en derredor. Aunque parecía imposible, el local está cada vez más lleno y la gente se da codazos por tener su pequeño hueco en la pista de baile.

—No lo sé, Roberto —digo al fin, reencontrándome con su mirada—. Soy consciente de que cualquier ayuda me vendría bien ahora mismo, pero no te conozco de nada y... Creo que es mejor dejar actuar a la justicia.

—Ah, la justicia. —Ríe jocosamente—. Creo que mi padre ya te advirtió de lo poco eficientes que son, a veces, los cauces oficiales de la justicia.

Este tío parece saber absolutamente todo lo que he hablado con Agustín; es como si hubiera estado presente en cada una de nuestras conversaciones.

—Déjame corroborar sus palabras —continúa diciendo—. Al fin y al cabo, ¿quién mejor que alguien que está dentro del Cuerpo para sacar a relucir sus vergüenzas?

—Mira, lo que no quiero es más problemas...

—Confía en mí, Alizée. —Coloca su mano sobre mi rodilla y noto cómo mis mejillas se encienden—. Sé que es difícil, teniendo en cuenta que no me conoces, pero... Te juro que sólo quiero vengar a mi padre, y no lo puedo hacer sin ti.

Vuelvo a rehuirle la mirada. Oh, Dios, qué indecisa estoy. ¿Y si me está engañando? ¿Y si sus propósitos para conmigo son otros? Supongo que no hay forma de saberlo, todavía. Tampoco puedo pasarme toda la vida así, desconfiando de la gente sin motivo. No, no todo el mundo es Marcos.

—De acuerdo —digo al fin, y la más amplia de las sonrisas se dibuja en el rostro de Roberto —, de acuerdo, ayúdame, te lo agradezco de veras. Pero ¿qué harás?

—Qué he hecho. Esta semana no he parado de investigar a tu ex sirviéndome de los datos que le diste a mi padre y de la información que él mismo ya había averiguado. Espero que no te importe.

Muevo la cabeza de un lado al otro como respuesta, aunque no estoy siendo honesta. Roberto comienza a darme miedo por haberse inmiscuido tanto en mi vida y en mis asuntos sin permiso. Espero no arrepentirme de esta alianza con el hijo de Agustín.

—Y ¿has averiguado algo?

—Sí, tres cosas. Pero antes, ¿has intentado contactar con él desde que desapareció?

—Sí, pero no le llegan los mensajes ni recibe mis llamadas. Supongo que me tendrá bloqueada, aunque no estoy segura.

—No. Apagó su teléfono móvil y lo arrojó a una alcantarilla. Sólo tuve que rastrear el número para averiguar la última ubicación del dispositivo.

—¡Oh!... *C'est vraiment impressionnant*. Eso lo explica todo.

—Armas de policía —dice con gesto desenfadado.

—Supongo que se deshizo de su móvil precisamente para no ser localizado.

—Supones bien. Es de 1º de criminal. Respecto al teléfono... —Hace una pausa, mira hacia un lado, indeciso, y vuelve a centrar su atención en mí—. ¿Sabrás guardar un secreto?

—¿Es muy comprometido? —arqueó las cejas.

—No... demasiado. Le he entregado el móvil de Marcos a un amigo y compañero que trabaja en el departamento forense digital de la Brigada de Investigación Tecnológica. Lo va a hackear. Sé que estoy tomando muchas medidas por mi cuenta, algunas al margen de cualquier procedimiento e incluso de la Ley, pero... No pasará nada, siempre y cuando seas discreta.

—Roberto, todo esto es flipante —exclamo abriendo exageradamente las manos como muestra de asombro—. Por supuesto que seré discreta, no lo dudes. Aparte, no sé qué más decir. Hasta hace un instante no estaba del todo segura de tus intenciones, pero empiezo a ver que eres un tipo de fiar. Muchas gracias por tu ayuda, en serio.

Mis sinceras palabras de agradecimiento logran ablandar al policía, cosa que noto por la sincera sonrisa que me regala y la postura ligeramente encorvada que adopta. Parece que está empezando a relajarse y ya no fuerza sus maneras tanto como antes.

—¿Qué más has averiguado? —pregunto impaciente.

—Aviso: lo siguiente no te va a gustar demasiado.

—Dispara.

—El día que tu ex le dio la paliza a mi padre, éste le estaba realizando un seguimiento, ¿recuerdas?

—Perfectamente. Agustín me dijo que creía que en aquel edificio no había ninguna gestoría, por lo que Marcos me estaba mintiendo. —Le doy el último sorbo a mi cerveza—. ¿Vamos a por la tercera? —pregunto animada y, al cabo de unos momentos, el camarero nos sirve la siguiente ronda.

—Pues tenía razón. He ido hasta allí y he interrogado al conserje de la finca. Le mostré una de las fotos de tu ex que le facilitaste a mi padre y el hombre no tardó ni un momento en reconocerlo. Según dice, lo ve casi todos los días laborables desde hace unos siete meses. Y no lo conoce como Marcos, sino como Carlos.

Me quedo callada un segundo, intentando comprender si he escuchado bien a Roberto o mis oídos me han jugado una mala pasada. La primera opción me parece surrealista.

—¿Carlos? —pregunto confusa y con risilla nerviosa—. Te estás quedando conmigo, ¿no?

—No, Alizée, no —musita con cierta condescendencia—. Él se ha quedado contigo, y posiblemente con mucha gente más.

La noticia me cae como un jarro de agua fría, y siento un nudo tan apretado en el estómago que deseo vomitar. No puede ser, no puede ser verdad. ¿¡Carlos!?! No me ha podido estar engañando en algo así durante un año de noviazgo, imposible.

—¿Puede ser que el conserje se haya confundido?

Por Dios, que Roberto responda que sí. Me dolería tanto que todo esto sea cierto...

—Eso mismo le pregunté yo, si estaba seguro de lo que decía, y respondió que completamente seguro.

—Carlos... —Suspiro y miro al techo—. Marcos, Carlos... ¿Con quién coño he estado todo este tiempo?

Supongo que para reconfortarme, Roberto me agarra la mano izquierda, que la tengo apoyada sobre la barra, y la aprieta con suavidad. Mirándome fijamente a los ojos, susurra:

—Eso es lo que vamos a averiguar.

Son las nueve y cuarto, el local está tan atestado de gente que resulta incómodo estar aquí por el griterío, el poco espacio y los olores, por no hablar de la infernal música reguetonera que tanto odio. Acabo de regresar del baño y mi humor actual sigue sin ser el mejor del mundo.

Roberto continúa revelándome sus averiguaciones:

—Le enseñé la placa policial al conserje para intimidarlo, así logré que me contara todo lo que sabía: por lo visto, Carlos, o Marcos, o como se llame, va allí a visitar a Carmina, una viuda muy adinerada de sesenta y pico años. Parece ser que son amantes desde hace siete meses.

—*Tu te fous de ma gueule?!...* —exclamo desesperada y realizo un lento pero expresivo aleteo de pestañas.

Esta historia está tomando tintes muy dantescos, y cada cosa nueva que descubro es más inverosímil que la anterior. ¿Has dónde vamos a llegar?

—No sé qué significa eso —dice Roberto—, pero te estoy contando la verdad: tu ex ha estado simultaneando otra relación junto a la tuya. Y aún hay más.

—Fantástico —resoplo displicente—. Cuéntame.

—La tal Carmina es bastante indiscreta sobre su vida y la de los demás, tanto que el conserje sabe cosas sobre Carlos que jamás ha hablado con él, como que supuestamente es abogado experto inmobiliario y trabaja en grandes proyectos de Madrid.

—Ah, conque también es abogado, además de gestor administrativo, por supuesto... Creía conocerlo, pero cada vez me sorprende más. —Restriego el reverso de las manos por los ojos para impedir que broten unas lágrimas que me niego a derramar por Marcos-Carlos—. Ironías aparte, veo que a cada una nos ha contado una trola diferente, ¿no?

—Ajá. —Roberto asiente con la cabeza—. Sospecho que su modus operandi es mentir en base a las circunstancias que se le presentan, y así poder propiciar situaciones que le favorezcan. Por ejemplo, cuando a ti te hacía falta ayuda con la contabilidad, él no dudó en hacerse pasar por gestor para quedarse con tu dinero; por otro lado, el conserje me ha contado que Carmina posee más de un bien inmueble de bastante valor, conque temo, aunque esto es una hipótesis, que Marcos quiera hacerse valer de su supuesta condición de abogado experto inmobiliario para gestionar sus propiedades. La confianza de la señora ya la tiene.

—Comprendo —me limito a decir cuando termina de hablar—. Es un mentiroso compulsivo.

—No sé si es un mentiroso compulsivo, un enfermo mental o qué, eso lo deberá determinar un psicólogo; yo, como policía, te aseguro que es alguien con un perfil muy, muy peligroso, y no debería andar suelto.

—Bueno, y ¿adónde nos lleva todo esto?

—Carmina lleva desaparecida siete días.

¡Eureka!

—Justo el mismo tiempo que Marcos. —Me chupo la punta del dedo, reflexiva.

—Creo que no es una locura pensar que, donde quiera que estén, están juntos —apunta Roberto—. El conserje de la finca dijo que algunas de las propiedades de Carmina están fuera de la

Comunidad de Madrid, aunque no ha sabido especificarme dónde. Creo que deberíamos investigar.

—Eres increíble, Roberto. Veo que no has estado perdiendo el tiempo. —Mi comentario le hace sonreír como a un bobo. Como a un bobo bastante guapo—. ¿Debería poner toda esta información en conocimiento del juez que lleva mi querrela?

—Por supuesto. Si quieres, yo hablo con el abogado encargado de tu caso para que se ocupe de todo.

—Te lo agradecería. Ahora, déjame adivinar: no vamos a quedarnos de brazos cruzados esperando a que la policía encuentre a Marcos, ¿verdad?

—¡Ya hablamos el mismo idioma! He solicitado en el Registro de la Propiedad Central todos los datos disponibles de Carmina. Estoy esperando a que respondan. Luego, sabremos dónde buscarlos.

Vuelvo a lanzar un pesado suspiro, fatigada ante tantos datos e información.

—Menos mal que te tengo a ti —le digo al policía—. En serio, de no ser por tu ayuda no sabría nada de esto. Te estás tomando tantas molestias...

—No tienes que agradecer absolutamente nada. Quiero vengar a mi padre y tengo vocación por combatir el crimen. No es ninguna molestia.

—¿Hay algo más que deba saber? —pregunto, ansiosa porque finalice el goteo de descubrimientos para así poder descansar mi mente.

—Sí. Ya te he hablado del teléfono móvil y de Carmina, queda una tercera cosa —Roberto arquea las cejas, como haciéndose el interesante.

—¿Ajá?

—La persona que te mandó aquel mensaje privado por Instagram. El perfil fantasma.

—¿Sabes quién es?! —Doy un bote en el taburete, sorprendida.

—Mandé a rastrear la IP desde la cuenta que se puso en contacto contigo y... he hablado con la autora del mensaje. Sí, es una mujer. En un principio no quería colaborar, pero logré convencerla de que nos ayude. Nos veremos las caras el martes y me gustaría que vinieras. Su nombre es Ylenia.

—¡Por supuesto! —contesto con júbilo—. Oh, ¡qué alegría que ella también vaya a ayudarme... A ayudarnos! Pensaba que estaba sola en todo esto, pero me equivocaba —no logro contener unas lágrimas de felicidad que brotan de mis ojos y se deslizan hasta la sonrisa que esgrimo radiante ante Roberto.

—Te diré algo: eres una tía cojonuda, y Marcos, o Carlos, o como diablos se llame, es un gilipollas por haberte tratado tan mal.

—¡Ay!... —Mis mejillas vuelven a verse sometidas a la incandescencia más sincera—. Gracias. Hacía tiempo que nadie me decía algo así, y en estos momentos me hace mucha falta.

El policía se inclina y recorta de forma peligrosa la distancia entre ambos, quedando apenas espacio entre su boca y la mía, y susurra:

—Tú has sufrido mucho, ¿verdad?

—Eh... Yo, esto... —titubeo, muy nerviosa por su intimidante actitud—. No te creas. Con Marcos fui feliz, principalmente porque no tenía ni idea de lo que pasaba. Como decís en España: ojos que no ven, corazón que no siente. Era un buen mentiroso.

—No lo suficiente porque lo vamos a cazar. ¡Pero dejemos de hablar de él! —dice animado mientras vuelve a recolocarse en el taburete—. Creo que nos merecemos relajarnos un poco, ¿no te parece? ¿Otra ronda?

—¿Otra? —pregunto con vacilante sonrisa—. Estoy un poquito mareada, no sé si voy a aguantar más. Además, ni siquiera son las diez de la noche.

—Oh, Alizée, ¿acaso es el reloj el que debe decirnos cuándo divertirnos y cuándo no? —pregunta de forma capciosa.

—Supongo que no. —Me encojo de hombros.

—Entonces... —se dirige al camarero—. Por favor, otras dos cervezas.

Continuamos bebiendo y charlando durante una hora, cada vez más animados. Roberto se interesa mucho por mí, por mi trabajo, por mi vida en Francia, por los motivos por los que decidí venir a España, etcétera. Además, no deja de decirme lo guapa que soy y lo afortunado que ha sido Marcos por tenerme. Está claro que es un adulador, pero no sé cuáles son sus intenciones.

En cuanto a mí, estoy encantada de provocar este interés —quizás incluso fascinación— en un hombre tan guapo y fascinante, así que sacio su curiosidad respondiendo con gusto a todas sus preguntas.

Él también me cuenta cosas: nació en Salamanca, pero, cuando era muy pequeño, su familia se mudó a Madrid; es hijo único y tiene una estrechísima relación con su madre, Sofia; su padre siempre ha trabajado como detective, y por su influencia Roberto decidió emprender una carrera similar; estudió Criminología y aprobó las oposiciones de la Policía Nacional a la primera.

Cansado de estar tanto tiempo sentado, me propone pasar a la pista de baile. Contesto que sí, aunque consciente de que la cabeza me da tantas vueltas que voy a parecer un pato mareado.

—¿Estás casado? —le pregunto mientras bailamos muy pegados al son de la espantosa música *trap* que suena a todo volumen.

—No —se limita a contestar mientras baila sin mucha gracia.

—¿Tienes novia? ¿Hijos?

—No, estoy esperando a la mujer adecuada.

—Aún tienes tiempo.

—Y tú, que eres más joven.

—Yo no he dicho que quiera ser madre —le guiño un ojo—, y menos tener un novio, después del palo que me he llevado con el último.

—¿No te ilusiona la maternidad?

—No lo sé. Cuando llegue, pues llegará, pero no es que me muera de ganas.

Seguimos bailando y pidiendo bebidas. Casi sin darnos cuenta el reloj marca las doce de la noche, y cada vez hay más y más gente en el antro, en el que ya no cabe ni un alfiler. Los efectos del alcohol hacen presencia y una punzada de dolor comienza a oprimirme el cráneo. Tampoco creo que la música que suena a todo volumen ayude.

Pese a la molestia de la cabeza, la conexión física y emocional entre Roberto y yo es bestial en todo momento. Nos hemos conocido cara a cara hace tan sólo un rato, pero ya me siento muy a

gusto con él, como si fuera mi protector. Bailar, reír, charlar, beber y vuelta a empezar. Estoy disfrutando como hacía meses que no hacía. Ni siquiera cuando salgo de fiesta con Lorena disfruto tanto.

Pero Roberto no es Lorena, evidentemente. El policía provoca en mí ciertos deseos que mi amiga no.

Me pregunto si él se siente igual, y pronto lo averiguo al ocurrir el momento que habíamos estado propiciando con tanto acercamiento, baile y compenetración: una mirada, una caricia en la mano y, sin necesidad de hablarlo, camino hasta el servicio y él me sigue.

Hay cola; esperamos impacientes y nerviosos. Sabemos lo que está a punto de ocurrir y lo deseamos más que cualquier otra cosa en el mundo, al menos en este momento.

Finalmente, entramos en uno de los dos compartimentos. Está muy sucio y oscuro, pero no me importa; al revés, hace incluso crecer el morbo que experimento.

Roberto me agarra del culo y me empotra contra la pegajosa pared mientras me besa y levanta mi falda. Oh, sí. Sus besos saben a gloria y sus dedos son de oro.

El policía está buenísimo y tiene una gran seguridad que me encanta, incluso un poco chulesca. Es un macho alfa y me pone a cien. Marcos jamás llegó a encenderme tanto.

Desliza sus fornidas manos por mis piernas y sube, hasta llegar a la entrepierna. Se pone de rodillas y me baja la ropa interior aceleradamente. Entonces, acaricia con la lengua el premio que se presenta ante él.

—*Oh là là...* —gimo de placer, con los ojos cerrados.

Fuera se escuchan cuchicheos y voces. Gente entrando y saliendo que usa el otro compartimento. Estoy tan borracha que no me importa en absoluto. Sólo quiero que Roberto me folle, tenerlo dentro de mí, sentir el miembro de un agente de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado embutiendo mis entrañas. Pronto, mi lujurioso deseo se hace realidad.

—¡Oh, sí! —jadeo mientras me embiste con rudeza contra la pared.

—¿Te gusta, eh, francesita?

—*J'adore ça!*

A partir de este momento, el alcohol y el cansancio me juegan tan mala pasada que no soy capaz de vivir lúcidamente lo que ocurre. La próxima vez que recupero algo de consciencia es cuando me desvelo durante algunos segundos y me encuentro en mi apartamento, de noche, en la cama y Roberto durmiendo desnudo plácidamente a mi lado.

Alizée · dos días después

Mi nuevo ‘amigo’ policía y yo no hemos hablado desde aquella noche loca, ni de lo que ocurrió ni de absolutamente nada; tan sólo nos hemos escrito por *Whatsapp* para citarnos hoy, a las once y media de la mañana, en el *Starbucks* de la plaza de Neptuno. Veinte minutos después llegará Ylenia. Le pedí a Roberto vernos un poco antes para que me explique qué ocurrió exactamente entre nosotros. Que Dios me perdone, pero estaba demasiado borracha como para saber siquiera qué hice.

Entro en el establecimiento temblando. Ahí está sentado, al fondo, en una mesita apartada. El policía levanta la mano y me saluda desde lejos. Le devuelvo el gesto y voy primero a pedirme un calórico *frappuccino* de caramelo. Pago y, ahora sí, me siento junto a Roberto.

—Buenos días —dice sonriente.

—Hola, ¿qué tal?

Ahora que lo observo con luz diurna, me alegra comprobar que me sigue pareciendo tan guapo —¡e incluso más!— que hace dos días en el bar, bajo las tenues luces coloridas del local.

—Bien, gracias por preguntar, Alizée. Supongo que querrás hablar conmigo sobre nuestra noche de amor.

El corazón se me paraliza y las pupilas se me dilatan cuando escucho eso de «noche de amor».

—Eh, sí... Esto... Yo... Joder.

—Tranquila, Alizée, no te pongas nerviosa. —Me acaricia un instante la mano y el corazón me vuelve a funcionar, pero esta vez a mil—. Tan sólo tuvimos sexo. No le des más vueltas.

—Necesito... Necesito saber qué pasó exactamente.

—¿No recuerdas nada? —pregunta sorprendido.

—Poco. Bebimos demasiado y yo tolero muy, muy mal el alcohol.

—Ya veo —Roberto ríe nerviosamente—. Fuimos al servicio y nos liamos. Tuvimos sexo. Estaba bastante sucio y la gente no paraba de entrar y salir al otro compartimento, pero nos dio igual.

—Sí, eso lo recuerdo. ¿Qué ocurrió luego?

—Nos fuimos a tu piso.

—¿Supe llevarte? —Hago una mueca, como si no creyera haber realizado tal proeza en el estado en el que me encontraba.

—Sorprendentemente, sí.

—Bueno, ¿y...? —Arqueo las cejas, exhortándolo a que continúe narrándome nuestra ‘aventura’.

—Tuvimos sexo otra vez. Luego, nos dormimos.

—¿A qué hora te fuiste?

—Ni idea, pero creo que ya era mediodía. Tú estabas frita.

Le doy un sorbo a mi bebida y reflexiono durante un instante en silencio, al cabo del cual, en un tono muy serio, le digo a Roberto:

—Estoy preocupada.

—¿Por?

—Follamos sin condón. ¿Te corriste dentro?

—Eh... —Roberto mira hacia el techo, vacilante, y, de nuevo, ríe con nerviosismo.

—Eso es que sí —resoplo angustiada.

—Me corrí dentro las dos veces, pero no te preocupes. No te quedarás embarazada.

—¿¡Que no me preocupe!?! —grito y pego un manotazo en la mesa. Cuando me doy cuenta de que he elevado el tono en exceso, intento calmarme y continúo hablando más pausadamente—. Eres un imbécil. ¿Cómo no se te ocurrió ponerte una gomita?

—¿Cómo no se te ocurrió exigirme que me la pusiera? —replica con sorna.

—Vale, vale, la culpa es de ambos. —Levanto las manos en signo de rendición—. Cuando salga de aquí compraré alguna píldora anticonceptiva.

—Alizée, ya te he dicho que no vas a quedarte embarazada.

—Pero...

—No puedo tener hijos —me interrumpe.

—Oh... —suspiro aliviada—. ¿Estás seguro?

—Totalmente. ¿Quieres que te cuente mi vida de mierda?

De un momento a otro su voz se ha apagado y su expresión ensombrecido. Parece que éste es un tema delicado, y yo no puedo evitar sentirme un poco culpable por haberlo sacado, aunque no tuviera otra opción.

—No digas eso de mierda, hombre...

—Entonces, ¿quieres escucharla? —vuelve a insistir.

Parece que tuviera la necesidad de hablarme de ella. Yo asiento con la cabeza y él dice:

—Descubrí hace cinco años que soy estéril cuando intenté tener un bebé con una chica con la que salía. Estuvimos juntos desde los dieciocho, pero, cuando supo que yo jamás podría convertirla en madre de forma natural... me dejó.

—¿Cómo pudo dejarte por eso, después de tantísimos años juntos? No me parece justo.

—Ni a mí, pero *c'est la vie*, como diríais en tu país. —Su cara dibuja una forzada sonrisa que contrasta de forma demasiado penosa con su mirada húmeda.

—¿Por qué no adoptas?

—Conozco a una pareja que lleva esperando ocho años. Imagínate cuánto tardaría yo, estando soltero... —contesta cabizbajo.

—Comprendo... Ojalá logres ser padre, si es lo que de verdad quieres. —Ahora le agarro la mano yo a él y la estrujo con complicidad—. No me contaste nada de esto la otra noche.

Roberto se limita a encogerse de hombros, pero a mí me sirve como respuesta. A continuación, cambio totalmente de tema:

—Respecto a lo de que lo hicimos sin protección, hay todavía algo que me preocupa: ¿estás limpio?

—Sí, me hice pruebas hace cinco meses, ¿y tú?

—Estoy sana, si Marcos no me ha pegado nada... —suspiro—. Ya no me fio de él.

—No, mujer, no creo.

Justo en este momento observo que Roberto dirige su mirada hacia la entrada, por la que está entrando una mujer muy alta, de pelo castaño, extremadamente delgada y con el rostro pálido, como si llevara muchas horas sin dormir. Nos observa un instante, dubitativa, y por fin se acerca.

—Buenas —susurra temblorosa cuando llega a nosotros—. ¿Puedo sentarme?

—¡Por supuesto! —me apresuro en contestar—. Eres Ylenia, ¿verdad?

Ella ya me conoce a mí por las fotos de *Instagram*, pero yo la estoy viendo ahora por primera vez.

—Sí, soy yo. —Traga saliva, con la cabeza inclinada en todo momento hacia la mesa y evitando el contacto visual con Roberto y conmigo.

—¿Quieres que te pida algo para beber?

—No.

Esta mujer no está bien y no hay que ser psicólogo para darse cuenta de ello. Ya no sólo se trata de que le cuesta que le salgan las palabras del cuerpo, sino que su rostro demacrado me hace temer que o está enferma o está pasando por un muy mal momento. Me preocupa.

Intercambio una mirada con Roberto y, por su expresión, comprendo que él está pensando exactamente lo mismo que yo.

—Ylenia, ¿estás bien? —interviene por primera vez el policía.

—No —contesta con sequedad, dando la impresión de que su débil cuerpo va a romperse en mil pedazos de un momento a otro.

Transcurren unos tensos segundos en silencio.

—¿Es por...? Ya sabes —pregunto en alusión a Marcos.

—Sí.

Con actitud estoica y sin mover ni un solo músculo de la cara, algunas lágrimas comienzan a caer de sus ojos. Creo que está tan acostumbrada a llorar que ya ni se inmuta lo más mínimo.

—Oh, Dios mío. —Intento acariciarle el hombro para reconfortarla, pero ella se aparta bruscamente—. Ylenia, cálmate, por favor. Yo también he sido su víctima, y Roberto está aquí para ayudarnos. Somos víctimas del mismo sinvergüenza.

—Necesito —dice la mujer mientras aparta la mirada por primera vez de la mesa y la dirige a nosotros— que me enseñéis vuestros móviles.

—¿Nuestros móviles? —pregunto sorprendida.

—Sí. Debo asegurarme de que no estáis grabando esta conversación, de que esto no es una trampa.

Roberto y yo volvemos a intercambiar una mirada de estupefacción. A continuación, y sin decir ni una palabra, colocamos nuestros teléfonos desbloqueados sobre la mesa. Ylenia los revisa un momento y nos los devuelve.

—Gracias. Ahora los bolsillos, por favor.

—¿Los bolsillos? —el policía frunce el ceño—. Oye, esto ya es pasarse.

—Lo siento, pero si no me hacéis el favor, tendré que irme.

La mujer se levanta, como haciendo el amago de marcharse. La freno y le aseguro que haremos lo que nos pida con tal de que se quede tranquila.

Roberto y yo nos vaciamos los bolsillos ante ella y, al comprobar que no escondemos ninguna grabadora, Ylenia vuelve a sentarse.

—Gracias de nuevo. Sé que todo esto puede parecer muy exagerado, pero lo he pasado tan mal que...

—No te preocupes por nada —me apresuro a excusarla—. Recuerdo que, en aquel mensaje que me enviaste, me advertías de lo peligroso que es Marcos y de que incluso te amenazó con ir a por tu hija.

—Sí, mi pequeña... Si le hiciera algo... —Rompe a llorar de nuevo, pero en esta ocasión a lágrima viva, sollozando y escondiendo el rostro tras sus esqueléticas manos. Se nota que le preocupa especialmente la integridad de su hija.

—Oh, vamos —susurro angustiada—. Roberto es policía y está aquí para ayudarnos, ¿de acuerdo?

—Exactamente, estoy aquí para ayudaros —interviene—. No va a pasaros nada malo. Marcos debe acabar en la cárcel por todo lo que ha hecho, pero necesito que antes me cuentes tu historia. Sé que no te resultará agradable recordar todo lo que te ha hecho, pero...

—Su nombre no es Marcos —lo corta Ylenia mientras se seca las lágrimas de la cara—. Se llama Diego. O, al menos, eso me dijo a mí.

—Diego... —pronuncio lentamente, saboreando el nombre—. Diego, Marcos, Carlos... La lista continúa ampliándose.

—Posiblemente haya más nombres —interviene Roberto—. Ylenia, necesitamos que nos lo cuentes todo, ¿vale?

—Lo haré, lo haré. —Esgrime una compungida sonrisa que me hace comprender todo el dolor que alberga su corazón—. Espero que estéis preparados para escuchar mi triste historia.

Alizée

—Estuvimos saliendo durante seis meses —comienza a explicar Ylenia mientras Roberto y yo escuchamos atentamente—, hace año y medio. Lo conocí por Tinder, se presentó como Diego y dijo ser economista, subdirector de una tienda de El Corte Inglés, y que había llegado a Madrid tan sólo un mes atrás. Sólo esto último era verdad.

»Al principio fue un hombre maravilloso, muy detallista, amable y romántico. Me trataba como a una reina y yo me despertaba y acostaba sin poder dejar de pensar en él ni un solo instante. Lo más importante: se llevaba genial con mi hija, y para mí eso era fundamental. —Aprieta el puño, furiosa—. Al mes de empezar a salir, supuestamente lo despidieron por «irreconciliables diferencias ideológicas». Eso fue exactamente lo que me dijo. Veréis: yo soy una mujer muy de izquierdas, vegetariana y activista de los derechos de los animales. Él me aseguró ser exactamente así, y que una violenta discusión con sus superiores tras él haber ordenado la retirada de ciertas prendas de piel de hurón en el centro propició su despido.

—¡Menudo mentiroso! —exclamo sorprendida por el cinismo de Marcos, o como se llame—. Menudo sinvergüenza. A él jamás le han importado los animales, ni la política ni nada que no sea él. A mí me decía que era apolítico. Y, por supuesto, comía carne.

—Menudo hijo de puta —susurra Roberto—. Ese tío no tiene escrúpulos, es capaz de inventarse lo que sea con tal de conseguir sus objetivos. Supongo que, después de perder su empleo, te pidió dinero ¿verdad, Ylenia?

—Sí. Como ya no podía pagar el alquiler y no tenía familia en Madrid, le ofrecí vivir conmigo en mi apartamento, gratis. Fui una gilipollas. Jamás me perdonaré haber juntado a mi hija con semejante criminal. ¿Cómo se me pudo ocurrir? Sólo lo conocía de un mes y podría haberle hecho a mi pequeña Dios sabe qué.

—Te entiendo tanto, Ylenia... Yo también hice la estupidez de darle techo.

—Pero eso no fue todo, ni mucho menos —continúa hablando—. Al poco tiempo, Diego me dio la noticia de que tenía cáncer.

—¿¡Cáncer!?! —repetimos escandalizados y al unísono Roberto y yo.

—Sí, otra mentira más. Decía que era un tumor raro, que avanzaba muy rápidamente y que apenas le daban tiempo de vida. El muy sinvergüenza incluso se rapó la cabeza para hacerme creer que estaba recibiendo quimioterapia.

—Esto que estoy escuchando es demasiado. —Me llevo las manos a la cabeza.

—Me hizo sufrir muchísimo. Nos conocíamos desde hacía poco tiempo, pero yo lo amaba tantísimo que su fingida enfermedad apenas me permitía estar tranquila, comer, dormir... No tenía ganas de nada, excepto de hacer todo lo posible por su bienestar.

—¿Qué ocurrió después?

—Me dijo que los médicos le habían recomendado ir a Estados Unidos para recibir un tratamiento experimental muy prometedor, pero que era carísimo, por no hablar de los vuelos y de

la estancia allí. Se quejaba de no tener dinero, consciente de que yo no dudaría ni un momento en prestarle todos mis ahorros, y así hice.

—¿Puedo preguntar cuánto? —interviene Roberto, con los codos apoyados sobre la mesa y las manos entrelazadas, que observa muy atentamente a Ylenia.

—20.000 euros —lanza un hondo suspiro.

—Madre mía. ¿Has logrado recuperar algo?

—No. Conforme le di el dinero huyó de mi apartamento y de mi vida sin decir nada, como los cobardes. Intenté ponerme en contacto con él, pero nunca respondía ni a mis llamadas ni a mis mensajes. Me sentí una mierda, utilizada y despreciada. Le di mi dinero, mi amor y, lo más importante, le permití pasar tiempo con mi hija, todo porque estaba enamorada. Estúpidamente enamorada.

—¿Denunciaste? —pregunto.

—Sí. No sé cómo lo descubrió, pero aquel día, cuando regresé a casa del juzgado, ahí me estaba esperando él, y me advirtió que o retiraba la denuncia, o iría a por mi hija. Me amenazó delante de ella, fue muy cruel. Acto seguido se marchó, y yo me vi forzada a hacer lo que él quería. Me tiemblan las piernas tan sólo de pensar que sería capaz de... —no logra terminar la frase—. No volví a saber de él hasta hace unas semanas, cuando vi las fotos que colgaste juntos, Alizée. Sentí pánico ante la posibilidad de que pudiera hacerle daño a otra mujer, pero no quería revelar mi identidad, por lo que creé una cuenta falsa y contacté contigo. Y ya no hay nada más que contar.

—Oh, Ylenia. —Estiro mis brazos sobre la mesa y le acaricio las manos. En esta ocasión, ella se deja querer—. Ahora entiendo por qué te costó tanto aceptar la invitación de vernos aquí en un principio, o por qué antes te cercioraste de que no estábamos grabando la conversación. Has debido de sufrir tantísimo...

—Todavía sigo sufriendo. Ando por la calle con miedo a encontrármelo, por no hablar de mis problemas económicos.

—Tenemos que ayudarla —miro a Roberto.

—Sí, eh... —comienza a hablar el policía—. Ylenia, necesitamos que retomes la denuncia. Y, además, que también des parte de las amenazas a las que te sometió.

—¡No, no, no, no, de ningún modo! —dice agitando nerviosamente la cabeza de un lado a otro—. No puedo correr ese riesgo. ¡Mi hija!...

—Hablaré con mis superiores para que os pongan seguridad, te lo juro. Tienes mi palabra. Es más, de ser necesario se te asignaría hasta un apartamento cuya ubicación Marcos no conozca, en otro barrio, incluso en otra ciudad, si quieres. Te aseguro que no va a ocurrirte nada malo.

—Hazle caso, Ylenia. —Vuelvo a estrujar sus manos cariñosamente—. Cuantas más personas lo llevemos ante el juez por sus delitos, más probabilidades habrá de que acabe en la cárcel.

—Alizée tiene razón —añade el policía—. No podemos permitir que ande suelto, estafando a la gente. ¿Acaso merece quedarse en libertad? ¿Ése es su premio por ser un criminal? ¿La impunidad? No lo puedo tolerar.

—Ay... —la mujer resopla angustiada—. ¿Veis mi mal aspecto? ¿Mi piel apagada, mi cuerpo tan delgado, mi pelo pobre? Todo esto es culpa de Diego, de cómo jugó con mis sentimientos, del terror de que cumpla sus amenazas y de las deudas que me ha ocasionado. ¿Creéis acaso que no tengo sed de venganza?

—Estoy segura de que la tienes. Por eso, por ti, por tus deudas, por tu hija, tienes que denunciar. Quizás así logres recuperar parte del dinero, por no hablar del bien que le harás a la sociedad.

—Tengo tanto miedo...

—Por favor —le suplico una vez más—, no te dejaremos sola.

—Espero no arrepentirme.

—¿Eso significa que...?

—Lo haré. Retomaré la denuncia.

Lanzo un efusivo clamor, me levanto de mi asiento y estrujo a la mujer entre mis brazos.

—Muchas gracias, muchas gracias, Ylenia. Vamos a detener a ese cabrón juntas... —rectifico y le lanzo un guiño a Roberto—: Juntos.

Marcos/Carlos/Diego · cuatro días después

—¿Te ha gustado? —pregunta Claudia melosamente cuando despega sus labios de mi boca.

—Me ha encantado.

Me subo los pantalones y le pregunto dónde la dejó. Ella contesta que en el mismo lugar donde la recogí, así que arranco el coche y abandonamos el descampado que ha servido para nuestro encuentro.

El vehículo que conduzco es el mío propio, el que dejé en Madrid. Antes de marcharnos Carmina y yo de la capital, y justo después de haber provocado aquel incendio, me pasé por la sede de una famosa empresa de transporte de coches para dejar las llaves de éste e indicarles que me lo trajeran aquí, a Málaga. Fue una buena decisión; me ahorré todas las horas de viaje en carretera y los gastos los pagó Carmina, como no podía ser de otra manera.

Llevamos en la costa casi dos semanas, y no sé cuánto tiempo más permaneceremos aquí. Por ahora, no deseo ni puedo volver a Madrid. Hacerlo sería peligroso, y aquí en el sur se vive bien, más ahora en verano. No me quejo. Podría acostumbrarme a esta ciudad a tiempo completo, oh, sí.

—Déjame ahí mismo —dice Claudia, señalando una esquina en la entrada del Polígono Industrial Guadalhorce y arrancándome de mis pensamientos.

Freno donde me indica y apago el motor. Abro la cartera y le entrego doscientos euros en billetes de veinte.

—Esto es más del doble, qué generoso. —La prostituta esgrime una amplia sonrisa de agradecimiento.

—Sí, ya —susurro—. ¿Por qué no te vas a casa? La noche es peligrosa.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Necesito trabajar.

—¿Estás segura? Puedo llevarse a donde vivas, si quieres.

No sé por qué me preocupo tanto por esta desconocida, más teniendo en cuenta lo egoísta que suelo ser por naturaleza. Quizás, el hecho de que sea una mujer tan vulnerable me empuja a querer protegerla.

—No me pasará nada, tranquilo. —Las yemas de sus dedos acarician un instante mi cara—. Ay, ¡qué amor eres! Ojalá todos los clientes fueran como tú. ¿Volveremos a vernos?

—No lo sé. No suelo hacer esto.

—No tienes acento andaluz. ¿Estás aquí por trabajo?

—Quizás —me limito a decir.

—¡Qué misterioso! ¿Puedo saber tu nombre, al menos?

—Marcos.

—Marcos... —repite muy lentamente y con una pícaro sonrisa dibujada en el rostro—. Tengo la impresión de que hay las mismas posibilidades de que ése sea tu nombre como de que Claudia sea el mío.

Ese comentario provoca en mí la más sincera de las carcajadas y ella ríe conmigo. La tía es avispada. Supongo que no le queda otro remedio teniendo la profesión que tiene. La vida debe de resultarle muy difícil, al igual que a mí la mía; eso es lo que nos lleva a adoptar falsas personalidades.

—Que tengas una buena noche, Claudia.

Nos despedimos con un beso, ella se baja y yo arranco el coche. Justo cuando me dispongo a girar de esquina y a perderla de vista, aparece en la desértica calle otro vehículo que se para justo al lado de ella y le tocan el claxon. Ahí está su próximo cliente, y a la pobre no le ha dado tiempo ni a lavarse. *Ay, Claudia. Eres una verdadera luchadora.*

En fin, aparto de mi mente a la prostituta y centro mi atención en la carretera, que no me apetece tener un accidente.

Atravieso Málaga de oeste a este, son las tres de la mañana y sólo hay borrachos en las calles. Tras veinte minutos conduciendo, llego al fin a la urbanización Bellamar.

Aparco frente al viejo chalet de Carmina. La puerta de la verja está cerrada, así que abro con la copia de la llave que mi amante me ha regalado tan gustosamente. Atravieso el jardín delantero entre bostezos y pequeñas cabezadas. Me muero del sueño.

Entro en la casa intentando hacer en todo momento el menor ruido posible; Carmina debe llevar dormida unas dos horas. La avisé de que saldría a hacer *footing*, pero por otra zona, para conocer la ciudad, y que por eso me llevaría el coche. Ella no pareció dudar de mi palabra, aunque nunca se sabe; las mujeres jóvenes son fáciles de engañar, las viejas, no tanto.

No huelo a sudor, sino a vicio, a puta que ha estado sirviendo a varios clientes seguidos. Definitivamente, dejar que Carmina perciba este hedor no es una opción.

Sé que no somos nada, al menos de forma oficial, por lo que no le debo ninguna explicación. Pero esto no quita que se enfadaría, y con razón.

Noto que sus ilusiones para conmigo no hacen sino crecer día a día, especialmente desde que vivimos juntos. Quizás debería aprovecharme, pero no como estoy acostumbrado; hasta ahora, había visto a Carmina como una víctima más, pero... ¿Estaré siendo un tonto dejando pasar la oportunidad de formar con ella un proyecto de vida común serio? Me trata muy bien, y aquí, en su casa de Málaga, vivo genial. Quizás debería sentar la cabeza con ella de una vez por todas. Ambos podríamos vivir holgadamente sólo con sus rentas. ¡Yo incluso podría dedicarme a gestionar sus propiedades! Total, se cree que soy experto inmobiliario. Me pregunto si aceptaría, si estaría dispuesta a formalizar nuestra relación... Oh, qué tontería, ¡por supuesto que lo haría! Es más, le encantaría hacerlo.

Creo que debo reflexionar seriamente sobre todo esto.

Me pego una ducha rápida y, *whisky* en mano, me relajo en una tumbona del jardín bajo el cielo estrellado. Son las cuatro de la mañana, la brisa me acaricia y no puedo evitar sentirme embargado por la melancolía.

Una vaga reminiscencia de mi adolescencia golpea mi mente como un trueno. Triste época, horribles años, especialmente desde los once a los quince, cuando por fin me cambié de instituto: burlas, insultos e incluso golpes eran mi pan de cada día. En aquella época no se hablaba tanto del *bullying*, y ser obeso aún era un gran motivo para convertirte en diana de hostigamiento.

Que me robaran el bocadillo o que siempre me eligieran el último para formar equipo era lo de

menos, comparado al trato vejatorio sistémico del que me veía víctima día sí y día también, y del que los profesores hacían oídos sordos o como si no lo vieran. Mis compañeros eran mis jueces y verdugos, y sentenciaron durante años para mí una dura condena en la que no existía ni tolerancia, ni empatía, ni nada.

«Si alguien te hace algo, no dudes en arrearle un guantazo», solía decir mi padre y, a continuación, me pegaba a mí para que aprendiera la lección, o eso sostenía él. Menudo animal. Pero yo jamás me atreví a enfrentarme a ninguno de mis abusadores, lo cual enfurecía a mi padre, que volvía a descargar su furia contra mí. Al final, yo era el *punching ball* de todo el mundo, poco más que un trozo de mierda. No sé si las cosas hubieran sido diferentes de haber tenido otro referente paterno, uno más conciliador, pero...

La cosa no acababa ahí. Luego estaba mi madre, una mujer trabajadora que sufrió una severa depresión durante toda su vida. Jamás me dio amor ni me defendió ante nadie, aunque no la culpo. Si no podía cuidar de sí misma, ¿cómo iba a cuidarme a mí? Era como si no tuviese ni padre ni madre.

Junto a mi hermana, conformábamos los cuatro una ‘familia’ peculiar, desestructurada, poco comunicativa, nada cariñosa... Pero una familia, al fin y al cabo. Otros no la tienen.

Siempre fuimos muy humildes. No éramos pobres, pero poco nos faltaba, lo cual siempre supuso un gran complejo para mí. Deseaba tener dinero, un cuerpo de adolescente atlético, ser popular, exitoso, querido por todo el mundo... Deseaba lo que no era ni tenía, y supongo que esto me ha hecho ser lo que soy hoy en día. Mis carencias, los matones, mis padres... Todo sumó para crear a este criminal, a este estafador en el que me he convertido. ¿Es mi culpa? ¿La de ellos? Dudo que nadie pueda resolver esta duda.

En fin, creo que debería dejar de pensar en el pasado, meterme en la casa, limpiarme las lágrimas que recorren mi rostro y acostarme de una vez con Carmina, que ya es muy tarde.

Alizée · ocho días después

Abro los ojos y emito un largo bostezo mientras me desperezo en la cama. Llevo muchas horas en una postura incómoda y tengo todo el cuerpo entumecido.

Anoche me acosté tardísimo. ¿Dos de la mañana? ¿Tres? No estoy segura, no lo recuerdo. Sólo sé que son casi las doce y media de la tarde. Definitivamente, me he pasado durmiendo.

Legañosa, me levanto y comienzo a hacer quehaceres: estirar las sábanas, ventilar el apartamento, fregar los platos de la cena... Hago todo esto mientras pienso en Roberto y se perfilan sonrisas inconscientes en mi rostro.

Han transcurrido dos semanas desde nuestro devaneo en el bar, y hemos vuelto a tener sexo hasta en otras tres ocasiones maravillosas. Me encanta estar con él... ¿Quién me lo iba a decir? La primera vez que lo vi me dije a mí misma: «¡Qué guapo el hijo de Agustín!», pero jamás hubiese imaginado que acabaría tan colgada de él. ¡Es que me encanta!

Me encanta la delicadeza con la que me toca, la caballerosidad con la que me trata, la pasión con la que me hace el amor... Me encanta todo de él, pero no somos ni novios ni nada, al menos de forma oficial; sólo dos personas que colaboran por un mismo fin. Y, si alguien me preguntara si tengo ganas de intentarlo con él, contestaría que sí, que ardo en deseos, pero no me atrevo a pedirselo. No sé qué respondería, y siento pavor de ser rechazada. Menuda tontería, ¿eh? Al fin y al cabo, no tengo nada que perder. Quizás es muy pronto. Quizás no. Ojalá tener una bola de cristal para saber qué piensa él.

Aparte, hay otro tema que me ronda la cabeza desde hace una semana, uno muy delicado. Todavía debo dejar pasar más tiempo para corroborar si mis temores son ciertos o no, pero... de serlos, se me caería el mundo encima. No sabría qué decisión tomar, y...

Ring ring, ring ring.

Uy. Es Ylenia.

—¿Sí?

—Hola, ¿Alizée?

—Soy yo.

—Bien. Temía haber guardado mal tu número —lanza una risita nerviosa—. ¿Qué tal?

Su voz suena más nítida que cuando nos vimos en *Starbucks*, y que me pregunte cómo estoy debe de ser síntoma de un mejor ánimo. Me alegro por ella.

—Bien, me desperté hace tan sólo un rato. ¿Qué hay de ti?

—Estoy mejor. Te he llamado porque quería contarte algo.

—¿Ajá?

—Ayer fui al juzgado con mi abogado y retomé la querrela —dice con tono triunfal, como si esperara ansiosa un reconocimiento a su valentía por mi parte.

—Ay, ¿en serio? ¡Cuantísimo me alegro! Es la mejor noticia que podías darme, Ylenia. Temía

que te hubieras echado para atrás.

—Tuve mis dudas, pero las promesas de protección de Roberto me animaron a dar el paso. Confío en él, en que de verdad la policía me cuide.

—Seguro que sí. Roberto es un buen tipo, y dudo mucho que sea capaz de dar su palabra en vano.

—Ojalá tengas razón —suspira—. Cuando nos conocimos, a ti y a él os vi tan compenetrados... Sois algo, ¿verdad?

Mis mejillas enrojecen ante eso último que escucho, y me alegro de que Ylenia no pueda ver mi reacción.

—Ummh, esto... Nos estamos conociendo.

—Espero que os vaya bien. ¿Has vuelto a saber algo de Diego?

Me resulta extraño pensar en Marcos como ‘Diego’ o como ‘Carlos’. Todavía me sorprende al pensar que he estado saliendo con un hombre con tantas máscaras y del que ni siquiera sé con certeza cuál es su nombre real.

—No. Las autoridades no se están partiendo los cuernos por encontrarlo, conque nos encargaremos Roberto y yo. Para cuando lo hagamos, tu querella será esencial para que pase el mayor tiempo posible entre rejas.

—Se nota que tienes un gran interés por vengarte —observa Ylenia, con cierto tono que no sé descifrar si se trata de amonestación o no.

—Sí. Sé que quizás no está bien por mi parte, pero...

—No, no, te comprendo. Créeme que lo hago. Es humano. ¿Puedo contarte algo? —me pregunta.

—Por supuesto.

—Desde que hablé con vosotros en la cafetería me siento muy bien, como aliviada, ¿sabes? He vuelto a comer de forma normal, no pierdo tanto pelo, estoy más tranquila... Te parecerá una tontería, pero saber que no estoy sola en esto me ha devuelto la vida.

—¡Oh, eso es maravilloso, cuantísimo me alegro! —exclamo emocionada—. A mí también me agrada estar acompañada, arropada por ti y por Roberto. Si estuviera sola en todo esto, dudo que fuera capaz de enfrentarme a Marcos.

—¿Me avisarás si averiguáis algo? Siento no poder ayudar más, pero me encantaría estar al tanto de todo.

—No lo dudes. ¿Tu pequeña cómo está?

—Muy feliz porque ahora me ve más tranquila. —Aunque no la veo, puedo imaginar cómo esboza una sonrisa de orgullo al hablar de su hija al otro lado del teléfono.

—Eso es precioso. Hablaremos, ¿vale?

—Hablaremos.

Nos despedimos y cuelgo, satisfecha por todas las noticias positivas que han llegado a mis oídos. No sé si lograremos atrapar a Marcos, pero la ayuda de Ylenia será esencial, eso desde luego.

Antes de retomar las tareas domésticas, hago café y me tomo un americano. Luego, bayeta en mano y mientras tarareo con poca gracia una canción que suena a todo volumen en el piso del

vecino, me dispongo a continuar limpiando, pero el timbre vuelve a interrumpirme. Parece que hoy nadie quiere que arregle la casa.

Camino hasta la puerta y su perfume se cuele por debajo de la puerta. Abro y mi día se ilumina cuando mi mirada se encuentra con los preciosos ojos de Roberto.

Roberto · unos instantes después

—Ah, sí, ah, síiiiií...

—¿Te gusta?

—Me encanta, *mon Dieu*...

Alizée, sudorosa y desnuda, se retuerce plentera bajo mi cuerpo. Me encanta esta tía. Normalmente, el primer polvo con alguien es el mejor, el que más se disfruta, mientras que los posteriores se viven de forma menos intensa, pero no me ocurre lo mismo con ella.

Cada vez me gusta más, y cada vez que tenemos sexo me engancho más a su cuerpo, a su belleza, a sus habilidades amatorias. Alizée es fuego, un fuego cuyas llamas no me queman, sino que me reconfortan y serenán. Soy feliz junto a ella, dentro de ella y de cualquier otra manera.

—*Plus fort, plus fort*... —me pide casi desesperada, y yo atiendo a sus súplicas y la embisto con todavía más fiereza, gesto que ella agradece con un gemido de deleite. Me pone a cien saber que le estoy dando placer. Quizás el suyo me resulta incluso más importante que el mío.

—¿Tienes puesto un con...?

—Sí —no le dejo terminar la pregunta—. Tú disfruta, no pienses.

Ella obedece y cierra los ojos. Yo no, porque me encanta apreciar su enorme belleza, su tez blanca, sus mechones rubios desmelenados sobre la almohada, sus largas y naturales pestañas, sus cejas finas y puntiagudas, sus labios carnosos, sus no muy grandes pero preciosas tetas, su cuerpo en general... Me pone a cien. Toda ella me pone a cien.

Lanzo mi simiente, que se queda atrapado en el látex, y hago un esfuerzo titánico por continuar la faena. No soy de esa clase de hombres miserables y egoístas que dan por finalizada la tarea cuando ya han quedado satisfechos.

—¡Aaaaaaaah...! —Alizée lanza un último alarido que no tarda en apagarse poco a poco. Sé que es la señal de su ascenso y descenso del cénit.

Desentierro mi miembro de su cavidad y me tumbo junto a ella en la cama, agotado y jadeando.

—Ha estado bien, ¿eh? —lanzo una risilla triunfal.

—Ha estado de puta madre.

Sus palabras son como un cántico celestial que exagera mi ego.

—¿Estás preparada para una noticia?

—Yo siempre estoy preparada para buenas noticias —dice al tiempo que se incorpora—. Las que me dan miedo son las otras. ¿Qué ha pasado?

—Pues verás... —Apoyo mi espalda contra el cabecero para ponerme a su altura y la agarro de las manos—. Por fin me han pasado la información del móvil de tu ex.

—No. —Alizée abre los ojos como platos, boquiabierta—. Me estás tomando el pelo.

—No —sonríe con complicidad y noto cómo aprieta emocionada mis muñecas—. Mi

compañero, el de la Brigada de Investigación Tecnológica, me entregó esta mañana un *pen*. Ya he revisado todo lo que hay dentro.

—Oh... —Cierra los ojos e inclina la cabeza hacia el techo—. Dime que has averiguado algo útil, por favor.

—Así es. En el móvil no hay ni grabaciones ni imágenes relevantes, *peeeero*... sí un par de chats muy, pero que muy interesantes.

—Quiero leerlos.

—Por supuesto. El *pen* está en un bolsillo. —Señalo mi pantalón, tirado sobre el suelo—. No debería dejarte hacerlo, va contra todo procedimiento, pero ya he incumplido tantísimas reglas que qué más da. En cualquier caso, si te parece bien, te voy a hacer ahora un resumen de las dos conversaciones.

—¡Claro! —dice impaciente—. ¿Qué has averiguado?

—Uno de los chats es con Carmina. Ella lo llama a él Carlos, tal y como me informó aquel conserje con el que hablé. Los primeros mensajes datan de hace unos siete meses.

—¿Siete? —Entrecierra los ojos, reflexiva—. Es increíble que haya simultaneado dos relaciones tanto tiempo y que no me haya dado cuenta.

—Lo que me sorprende es que no haya ningún mensaje en el que planeen la huida. ¿Qué opinas?

—Pues... —Alizée chasquea la lengua con el paladar—. Quizás lo hablaron en persona. O quizás fue algo que improvisaron.

—Eso pienso yo.

Ella levanta las cejas y me mira pensativa. Luego, dice:

—¿Crees que Carmina sabe de mi existencia?

—Ah... —Me cruzo de brazos—. Ojalá pudiera saberlo, aunque pienso que no. Probablemente la tenga engañada como a una tonta, igualita que a ti.

Mis últimas palabras parece que no le sientan muy bien a Alizée, cuyos ojos se humedecen y ella se apresura en pestañear repetidas veces para secarlos. Debería ser más delicado y no hacerla sentir una estúpida por todo lo que ha sufrido.

—Perdona, no quería decir que...

—No pasa nada —me interrumpe—. Tienes razón: me ha engañado como a una tonta. Eso es lo que soy.

—No seas tan dura contigo misma. —Me inclino hacia ella y envuelvo su pequeño cuerpo con mis brazos—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Odio esa pregunta —susurra sobre mi hombro.

—¿Qué?...

—Que odio que me pregunten si pueden hacerme una pregunta. Hazla de una vez.

—¿Sigues amando a tu ex?

—Lo detesto, Roberto, creía que había quedado claro.

—¿Ni un poco? Quiero decir, habéis pasado mucho tiempo juntos...

—Viviendo un amor de mentira. —Alizée se aparta de mis brazos y pega sus labios contra los míos durante un momento—. No vuelvas a hacerme a esa pregunta tan estúpida.

—Entendido.

Oh, ese beso en este momento..., ¿a qué ha venido? ¿Estará intentando decirme algo? Ojalá sintiera por mí lo que yo comienzo a sentir por ella. Y ojalá este supuestamente valiente policía tuviera las agallas suficientes para contárselo.

—Debo hablarte sobre el otro chat —le digo tras un rato en silencio—. Es bastante revelador.

—Cuéntame.

—¿Preparada? Va a suponer un antes y un después.

—Oh, *mon Dieu*, no des tantos rodeos. *Allez, Roberto, allez!*

—Iván, su nombre es Iván.

Su cara adopta lentamente una expresión de espanto que me asusta hasta a mí.

—¿Iván? ¿Mi ex? ¿Marcos?

—Sí, ese. Su nombre no es ni Marcos, ni Carlos, ni Diego. Es Iván.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunta boquiabierta.

—La otra conversación de la que te estoy hablando es con una tal Ana María, que en todo momento se refiere a él como Iván.

—¿Y? La habrá engañado a ella también.

—No. A ella no porque es su hermana.

—¿¡Quééééé!/? —la perplejidad es ahora absoluta en el rostro de Alizée, que baja la mirada y alza la mano, como pidiéndome tiempo para digerir la información—. Espera, espera, espera... ¿Hermana? ¿Ana María? ¡Pero si yo creía que sólo tiene un hermano!

—Recuerdo que me comentaste que como su hermano se quedó en paro y tenía que cuidar de la madre de ambos, Iván tomó la decisión de mandarles dinero y tú optaste por permitirle vivir en tu casa gratis, para no ahogarlo demasiado económicamente. ¿Cierto?

—Cierto.

—Pues déjame decirte que no tiene ni hermano ni madre. Es huérfano y Ana María es la única familiar que le queda en el mundo.

Alizée se queda en silencio un instante, al cabo del cual, perpleja, suspira con disgusto y dice:

—Entonces también me mintió en eso. ¿Hay algo que sea verdad en él? Tantísimas mentiras... Probablemente jamás haya sentido el más mínimo cariño por mí. Eso es lo que más me jode, Roberto, que haya jugado de forma tan vil con mis sentimientos.

—No merece la pena, Alizée. Olvida vuestro pasado en común.

—Tienes razón. Tienes toda la razón del mundo. Pero para olvidarme de él...

—Debes verlo antes entre rejas —me adelanto a ella.

—Exactamente.

Vuelvo a intentar transmitirle todo mi apoyo a través de un sincero abrazo y de un cálido beso, aunque no sé si logro reconfortarla lo más mínimo. Sé que este momento es muy duro para ella.

—Dime, ¿qué has averiguado de la conversación entre él y... umh... Ana María?

—No son muchos mensajes, y todos datan de hace un año y medio, cuando Iván se mudó a Madrid. Ella le exige una y otra vez que le devuelva su parte de una herencia que, por lo que parece, él se quedó en su totalidad. La herencia de la madre.

—Ah, ¿también ha robado a su propia hermana? —pregunta con sorna—. Menuda joya de hombre, no le queda inmoralidad por hacer.

Alizée se levanta de la cama y camina hasta la cocina. Regresa al minuto con un *Laurent-Perrier* en la mano y vuelve a tumbarse conmigo.

—¿No es muy temprano?

—Puede ser, pero... —Hace un aspaviento con la mano—. Si tengo que seguir escuchando cosas sobre mi ex, prefiero hacerlo un poco borracha.

Decido seguirle el rollo y ambos comenzamos a beber directamente de la botella.

—Y bien, ¿ahora qué vamos a hacer? —pregunta mientras apoya su cabeza sobre mi pecho.

—Primero, deberías hablar con tu abogado, contarle todo esto y entregarle el *pen*. Por cierto, haz una copia, por si acaso.

—Vale. ¿Luego?

—Pues...

Como todavía ambos estamos desnudos, no puedo evitar distraerme a ratos, bajar la mirada y fijarme en su precioso sexo. Es sublime y me encantaría estar devorándolo ahora, no hablando del sinvergüenza de Iván.

—¿Sí? —me urge a contestar a su pregunta y yo vuelvo de mi ensimismamiento.

—Eh, sí, esto...

—Hoy estás muy disperso, Roberto.

—Lo sé, lo siento. Decía que deberíamos ir a conocer a Ana María, para ver cómo está la situación de la herencia y tal.

—Sé lo que estás pensando. —Alizée me apunta con el dedo con aire perspicaz—. Quieres convencerla de denunciar, si es que no lo ha hecho ya.

—¿Me lees la mente? —Ambos reímos, aunque su risa está cargada de cierta tristeza que me duele en el alma—. Sí, sé que convencerla de eso es prácticamente imposible, al fin y al cabo es su hermano, pero no perdemos nada por intentarlo.

—¿Dónde vive?

—Un compañero ha rastreado su número de teléfono y hemos descubierto que tiene su domicilio en un pueblo de Murcia. Armas de policía.

—Anda —dice Alizée con fingida emoción—. Iván me dijo que es de Murcia. Parece que en eso no mintió, al menos. Pero hay un problema: no puedo ir.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño.

—Tengo que trabajar, Roberto. Apenas me queda dinero, y ahora en verano tengo menos alumnos y tiro de ahorros. No puedo permitirme descansar ni un día.

—Ya... Puedo ir yo solo, si quieres. Me pediré unos días libres, ya lo tenía planeado de todas formas.

—¿Lo harías por mí? —Su rostro se ilumina.

—Claro, no podemos dejar pasar esta oportunidad. Pero no iré si no me das tu consentimiento.

—¡Claro que te lo doy! —dice como si fuese la cosa más evidente del mundo—. ¿Cuándo será?

—Tan pronto como pueda.

—Por cierto, ¿sabes algo de la información que estamos esperando de los Registros de la Propiedad? —pregunta.

—No, aunque no creo que tarden mucho más. En cualquier caso, con este viajecito voy a estar entretenido.

—Bueno... —Alizée hace una pausa, pensativa, con la mirada clavada en el techo—. A todo esto, ¿cómo está Agustín? ¿Continúa recuperándose?

—¿Mi padre? Oh, sí, está cada vez mejor, gracias por preguntar. Precisamente ayer estuve con él y me mandó recuerdos para ti.

—¿Anda! ¿Qué le has contado?

—Pues las novedades del caso —me limito a contestar, aunque es mentira, porque mi padre conoce bien de nuestro idilio amoroso.

—Y, ¿sabe lo que hay entre tú y yo?... —pregunta con timidez y yo la miro con falsa sorpresa.

—¿Qué hay entre tú y yo? —contesto con picardía, aunque un poco nervioso.

—Nada, da igual.

—¿Quieres hablarlo? —le insisto.

—No.

Alizée vuelve a agarrar la botella de *Laurent-Perrier*, pero en esta ocasión le da un sorbo tan largo que comprendo que realmente quiere emborracharse.

—Aaaaah... —exhala un suspiro de placer cuando termina de beber—. ¿Qué te parece si nos emborrachamos y hacemos el amor, Roberto? Ojo, he dicho hacer el amor, no follar.

Oh, Dios, me encanta esta mujer. Me vuelven loco sus ocurrencias, y yo estoy cada vez más fascinado con ella, tanto cuando está sobria como ebria.

—¿Y bien? —vuelve a insistirme.

No hace falta que responda. Me lanzo sobre su cuerpo y comienzo a devorarlo a besos.

Roberto · dos días después

Saco el pañuelo de seda que me regaló Alizée antes de partir, lo acaricio, lo rozo con la nariz y disfruto del perfume femenino que todavía conserva. Mientras, observo los campos de cultivo a través de una ventana del vagón en el que me hallo. Me dirijo a Murcia, y luego tomaré un autobús para ir hasta Casas Nuevas, que es donde vive Ana María. Según he leído en *Wikipedia*, se trata de una pedanía que no llega a doscientos habitantes y con menos de diez calles. Repito: menos de diez calles. Vamos, un maldito boquete dejado de la mano de Dios.

Vuelvo a acercarme el pañuelo a la nariz y degusto su aroma, ése tan característico de Alizée, ése que percibo cuando hacemos el amor. Me lo dio ayer por la noche, cuando nos despedimos. Aseguró que me serviría de amuleto para que la investigación vaya bien. No creo en esas chorradas y dudo mucho que ella lo haga, pero supongo que le sirvió de excusa para regalármelo. Yo, encantado.

Cada día me gusta más. Hasta hace muy poco pensaba que era imposible que ella sintiera algo por mí, pero ahora comienzo a sospecharlo. No hemos hablado de nuestros sentimientos, ni tampoco de lo que somos —pareja, amantes, simples conocidos que tienen un objetivo en común...—, pero no hay prisa. Tengo miedo de estar equivocado, de estar malinterpretando la realidad y destruir esto tan bonito que está ocurriendo entre nosotros.

A veces temo que ella sólo esté siendo agradable conmigo por lo que la ayudo respecto a Iván, y no porque sienta cariño hacia mí. Ojalá esté equivocado.

Son las cuatro de la tarde y, tras llegar a Murcia y haber cogido desde allí un autobús, estoy bajándome ahora en Casas Nuevas. Ha sido un viaje de muchas horas y muy incómodo.

Esta pedanía, tal y como me imaginaba, está en mitad de la nada, sólo rodeado de campos. Supongo que la agricultura es la principal, por no decir casi exclusiva, actividad de sus habitantes; las calles están en mal estado, dejadas y con cierto aspecto a sucias; las viviendas, de una o dos plantas a lo sumo, son las típicas casas feas y antiguas que se encuentran en cualquier pueblo enano y perdido de España. Este no es, para nada, un lugar en el que me gustaría vivir. Aunque para gustos, colores, supongo.

Camino un poco y me topo con una de las escasísimas atracciones del lugar: la parroquia, que más austera y fea no puede ser. La fachada es la más sencilla que he visto en mi vida: una pared blanca y sucia que no presenta ningún adorno, ninguna ornamentación, más que un aplique a cada lado de la puerta y un cartelito en el que puede leerse «Parroquia la Purísima Concepción».

Continúo caminando y llego hasta la dirección que me indicó mi compañero de la Brigada de Investigación Tecnológica, una casita de una planta con la fachada pintada en un rojo descolorido por el poco mantenimiento y el paso de los años.

Toc, toc.

Transcurren unos segundos y nadie responde. Vuelvo a pegar en la puerta de madera.

—¡Que ya voy! —se escucha gritar a una voz femenina pero ruda desde el interior de la vivienda.

La puerta se abre y me recibe una mujer rechoncha y bajita, de pelo corto y de treinta y muchos años, piel quemada por el sol y con ropa deportiva. En principio, no se parece en nada al tipo de hombre que es Iván, según como me lo ha descrito Alizée y las fotos cuyas he visto.

—Buenas tardes —digo cortésmente mientras ella me examina de abajo arriba con recelo—. ¿Es usted Ana Amaría Fonseca Pozo?

—Pero ¿tú quién eres?

Vaya, me tutea sin conocerme de nada. Supongo que lo más conveniente es bajarme a su nivel.

—Me llamo Roberto y soy policía —saco la placa y se la muestro—, aunque ahora estoy fuera de servicio. Vengo desde Madrid y estoy ayudando a una... amiga —ojalá poder decir «a mi novia»— en una investigación que involucra a Iván Fonseca Pozo. ¿Eres su hermana, Ana María?

—Sí —lanza un hondo suspiro, inquieta—, ¿qué ha hecho?

—Es un poco largo. ¿Te importa si entro y hablamos?

—Imposible, agente. —Ladea la cabeza de un lado a otro—. Tengo que continuar faenando. Había venío' pa' almorzar, y ya me voy.

—Pero, oiga, esto es muy serio y urgente. Necesito tu colaboración para...

—Que no —me interrumpe con chulería—. Que tengo que trabajar, que si no, me echan de la plantación, y eso no pué' sé'. Además', está' fuera de servicio, ¿no? No me puede' obligar.

Me echo una mano a la cabeza, exasperado por la terquería de la mujer, e intento buscar una alternativa que la convenza.

—¿Y si te acompaño a tu trabajo? Hablamos mientras haces tus cosas.

—No, no, no, no, de eso nada. ¿Hablar de mi hermano delante de los vecinos? Me moriría de vergüenza, con lo vándalo que es. Mira, Raúl...

—Roberto —la corrijo.

—Pos' mira, Roberto: te dejo quedarte en mi casa hasta esta noche y, cuando vuelva, hablo', ¿te parece? Vivo sola, conque vas a estar a gusto y nadie te va a molestá'. Me da pena dejarte en la calle, con el calorcito tan malo que hace.

—Eh, esto... —Me callo, reflexionando si es una buena idea lo que me propone o no, y llego a la conclusión de que no tengo otra opción—. Vale.

—Venga. —Se aparta de la puerta y me invita a entrar con un gesto.

Accedo a su vivienda, austera, de techo muy bajo, paredes de gotelé blanco, suelo de losetas marrones, muebles 'de abuela' por todas partes, pesadas cortinas que apenas permiten que entre la luz... En fin, la casa es tal y como la imaginaba. Exactamente igual.

—Ponte cómodo.

—Gracias...

Me siento en un viejo e incomodísimo sofá verde que me engulle entre sus muelles.

—¿Cuándo volverás? —Temo pasar aquí más tiempo del necesario.

—A la' nueve. Me marcho ya —dice al tiempo que se cambia las zapatillas de estar por casa por unas botas sucias de barro—. Adiós.

—Hasta luego...

Ana María se marcha y me quedo solo en esta casa desconocida. La situación es surrealista, eso desde luego. ¿Cómo puede ser tan confiada?

Aquí huele raro, como a rancio, pero no logro reconocer el hedor, por lo que, haciendo honor a mi profesión como investigador, me levanto del sofá y comienzo a indagar.

Fotos en la pared, fotos sobre repisas, fotos en vitrinas... En ellas creo reconocer el rostro de Ana María de joven. En algunas aparece sola, en otras, con los que supongo que eran sus padres. Hay una sola imagen en la que aparece de pequeña junto a otro muchacho, ¿Iván? Ella era preadolescente y él todavía un niño, por lo que las edades cuadran. En cuanto a físico no se parecen en nada; Iván es bastante más agraciado. Ana María, por lo que veo, no ha tenido tanta suerte.

Continúo dando vueltas por el salón y me fijo en dos urnas de cerámica que hay sobre una estantería, con un crucifijo entre ellas.

—¿Y esto?...

Alcanzo una de las urnas, la destapo y descubro algo de ceniza en su interior. ¡Oh, joder, ya sé qué es! ¡Qué mal gusto tener esto aquí!

Dejo el recipiente en su lugar y miro en derredor buscando alguna otra cosa interesante. No hay ni siquiera televisión, ¿cómo puede ser? ¿Qué clase de persona no tiene una? Lo sé: los que leen mucho. ¡Pero aquí tampoco hay libros! Y dudo *taanto* que Ana María sea del tipo de mujer que lee en dispositivos electrónicos.

Me adentro en un pasillo y me detengo ante una puerta entreabierta, por cuya abertura se puede ver, al otro lado, una cama. Dudo si entrar o no. Sé que supondría violar la intimidad más absoluta de la dueña de la casa, pero... Bah, no va a enterarse.

Empujo y me adentro en el dormitorio, desprovisto de todo mobiliario más allá de la cama que ya he nombrado, un cabecero de forja, una antigua lámpara de araña y un armarito no muy grande de madera. Huele a cerrado y las sábanas, manchadas, están revueltas. Me acerco, inclino la cabeza sobre la almohada y husmeo un tufillo que me echa para atrás y produce una arcada. ¿Qué cojones?... ¿Es que a esta tía le gusta vivir como a los cerdos o qué?

Vuelvo al pasillo y entro, ahora, en el baño. Antiguo y feo, nada destacable más allá de un techo con pinta de derrumbarse en un futuro no muy lejano por aluminosis.

Camino hasta la última estancia de la casa, la cocina, que da a lo que parece ser un pequeño patio. Me asomo y, tremenda sorpresa la que me llevo, descubro a ¡una oveja! Esto está adquiriendo enormes tintes almodovarianos por momentos.

La criatura está ahí, tumbada al sol, mansa, dulce y serena.

—¿Qué haces ahí? —le pregunto, pero el animal, por supuesto, no responde. Esta casa y este pueblo están comenzando a volverme majara, y eso que sólo llevo aquí un rato.

Como si no hubiera visto nada, cierro la puerta que da al patio y regreso al salón, donde me limitaré a esperar durante horas hasta que llegue Ana María. ¿Qué otra opción tengo? Llamaré a Alizée para hacer tiempo.

—Eh, eh. —Siento como alguien me sacude—. ¿Tas' dormío'?

—¡Ay, por Dios!...

Doy un respingo al ver a Ana María mirándome desde arriba.

—No tasuste', hombre. —Lanza una risotada muy chabacana.

—¿Qué hora es?... —La cabeza me da vueltas y siento una punzada de dolor en la espalda provocada por el incómodo sofá.

—Las diez. —Señala con el dedo la ventana, haciéndome ver que ya no entra luz—. Me he entretenío' un ratico. No habrás estao' cotilleando, ¿no?

—Aquí no hay nada que cotillear —lanzo un suspiro mientras me incorporo.

—¿Y blanquita? ¿La has visto? —pregunta mientras deja caer su cuerpo en el sofá, a mi lado, con rudeza.

—¿Blanqui...? Ah, ¿la oveja tiene nombre? —la miro asombrado.

—Sí, me la regaló mi tía Antonia hace tres años, cuando todavía era un lechazo. Yo no lo quería, ¿sabes?, pero me convenció porque...

—Ana María, por favor —pongo la mano en alto—. Es tarde. ¿Podemos ir al grano?

—Pues vale —rezuma molesta.

—Bueno, pues verás...

Le explico todo lo que sé sobre Iván con pelos y señales: su relación con Ylenia, su relación con Alizée, cómo engañó a ambas, su actual relación con Carmina, la paliza que le pegó a mi padre, el incendio que provocó, su huida, cómo averigüé que tiene una hermana... En definitiva, no me dejó nada en el tintero.

—Menudo sinvergüenza, no estoy sorprendía' —dice con cierta tristeza cuando termino de hablar—. Pero ¿por qué me cuentas todo esto? Mira, Roberto, ya ves que soy una persona mu' humilde, por lo que no me puedo hacer cargo de sus deudas'. Lo siento de veras.

—¡No, no se trata de eso! —me apresuro en tranquilizarla—. Mi intención jamás ha sido responsabilizarte por lo que ha hecho tu hermano. Ana María, contéstame: ¿Cómo te llevas con él?

La mujer no responde inmediatamente, sino que me aparta la mirada, como compungida ante mi pregunta. Tras unos segundos en los que parece intentar recobrar fuerzas, contesta:

—No me llevo. Se ha portao' mu' mal conmigo y dejamo' de hablarnos hace tiempo.

—Leí algo de una herencia, pero no me quedó claro. ¿Te importa darme detalles?

—Ojalá sólo se tratara de la herencia —dice con cierto pesar.

—Entonces cuéntamelo todo, por favor.

—No puedo, Roberto. Flaco favor le haría al honor de mis padres sacando los trapo' sucios de su hijo.

Ana María le lanza una mirada a las urnas que me produce escalofríos. Veo que ella cree estar haciéndole bien a su familia tapando las vergüenzas de su hermano. Qué pena, qué pena me produce comprobar que el *qué dirán* está tan vivo en Casas Nuevas.

—Por favor. —Junto las palmas de las manos a modo de súplica—. Te ruego que no tengas miedo y que me lo cuentes todo. Ya te dije que soy policía, sólo quiero ayudar. No voy a juzgarte.

—Pero ¿qué interés' hay? Ya me has dicho que la justicia lo está persiguiendo por otros muchos delitos, ¿qué importa lo que me haya hecho a mí en el pasado?

—Ana María, es más complejo que todo eso. Simplemente confía en mí. Juro que lo que me

reveles no saldrá de aquí si no me das tu permiso, incluso aunque debiera actuar de oficio, ¿de acuerdo?

—No sé a dónde quieres llegar con to' esto..., pero vale. Supongo que me vendrá bien desahogarme, que nunca lo' hecho.

Me limito a responder con una amplia sonrisa y, victorioso por haber logrado convencerla, adopto una postura más cómoda en el sofá para escucharla. Ella comienza a hablar:

—Yo soy la hermana mayor de Iván, conque he podido presenciar lo malo que ha sío' desde pequeño. Cuando era niño le gustaba mucho pegar a los animales, especialmente a los gatos. Cogía un palo y... Era un salvaje, pero tampoco le dábamos mucha importancia, porque aquí, en la pedanía y en el campo, esas cosas eran mu' normales antes, y todavía.

—Madre mía.

—A los nueve o diez años empezó a tener serios problemas en el colegio; se metían con él por su sobrepeso.

—Pero ahora tiene un muy buen físico, ¿no? —pregunto extrañado, haciendo memoria de las fotos que me enseñó Alizée.

—Sí, ha cambiao' mucho, pero entonces se metían con él, era un blanco fácil de burlas... Lo pasó fatal. No se defendía, no era capá', y nuestro padre lo hacía sentir peor llamándolo cobarde y marica.

—Vuestro padre ayudando.

—Ya, siempre fue así', mu' echao' pa' la antigua, mu' bestia —les lanza otra breve mirada a las urnas—. En fin, la situación cambió cuando Iván empezó a hacer ejercicio, que coincidió cuando dio el estirón. Pasó de ser un niño gordito y debilucho a un adolescente mu' alto pa' su edad, y bastante fuerte. Un día, en pleno recreo, fue a por uno de los acosadores que peor se lo habían hecho pasar y le dio una paliza tremenda. El muchacho perdió dos dientes y expulsaron a Iván. Mis padres tuvieron que cambiarlo a otro instituto.

—La víctima se convirtió en el agresor —susurro sin apartarle la mirada.

—Así' es. A veces pasa, supongo... Pero la cosa no se quedó ahí; hubo má' problemas y conflictos durante el resto de su adolescencia: era buen estudiante y quería de verdad ir a la universidad, pero mis padres no podían permitirselo, así' que no tuvo otra opción que comenzar a trabajar en una tiendecica del pueblo cuando cumplió la mayoría de edá'.

—¿Crees que eso le pudo afectar de alguna manera?

—¡Totalmente, señor policía, totalmente! Odiaba su vida y se sentía acomplejado por haber nació' en una familia tan humilde. Él quería ser alguien importante, respetado, con dinero y, sobre tó', admirado. Todo esto lo llevó a comenzar a fantasear con la realidad y a contar mentiras. Resultaba penoso y ridículo, y a los vecinos de Casas Nuevas no los podía engañar porque ya lo conocían, por lo que acababan burlándose de Iván y él se enfadaba y se enfrentaba a ellos. Al final, todo era como una bola de problemas que no paraba de crecer, ¿sabes?

—Comprendo. —Me acaricio la barbilla—. ¿Sobre qué mentía exactamente?

—Nah', pamplinas; que si estaba saliendo con una chica guapísima de Murcia, que si había hecho un viaje a Francia, que si planeaba veranear en Marbella con unos amigos riquísimos...

—Dejando a un lado esas farsas tan inocentes, ¿alguna vez llegó a estafar a alguien del pueblo?

—Que yo sepa, no.

—De acuerdo. ¿Algo más que deba saber?

—Sí. —Ana María comienza a mover agitadamente la pierna derecha y su rostro se ensombrece—. El mayor disgusto nos lo dio a la edad de veintidós años. Era la feria de un pueblo cercano y él y algunos amigos suyos fueron a pasárselo bien. Yo también estaba allí, pero aquel sábado volví a casa pronto. Él no. Bebieron alcohol, se drogaron y aquellas malas compañías envalentonaron a mi hermano a hacer algo horrible... Horrible —Se echa las manos a la cara.

—Me estás asustando. ¿Qué ocurrió?...

—Nos enteramos a la mañana siguiente. Todavía recuerdo cómo lloraban nuestros padres. Mi madre se tiraba del pelo y yo me sentía fatá' por no poder consolarla de ninguna forma... No te imaginas, Roberto, cuánto sufrí por ellos.

—...

—Fue en ese instante cuando decidí que odiaba a Iván y siempre lo haría. Durante toda su vida no había hecho otra cosa que jodernos la existencia y hacer infeliz a nuestros padres, pero aquello... Aquello fue demasiao'.

Termina de hablar y baja la mirada, no sé si avergonzada, dolorida por recordar el pasado o, quizás, sin ganas de continuar la conversación. Aun así, insisto en que me dé más detalles:

—Ana María, sé que no debe de ser agradable hablar de todo esto, pero necesito que seas algo más explícita.

—Fue una violación. Violó a una menor de edad', también de Casas Nuevas. Diecisiete años tenía ella.

Justo en este instante retumba en la habitación la lóbrega campanada de un antiquísimo reloj de pared que marca las diez y media, y un frío gélido recorre mi cuerpo de punta a punta.

—Oh, joder. Esto es mucho más grave que cualquier estafa. ¿Qué pasó?

—El padre de la chica se presentó en nuestra casa hecho una fiera, como es normal. Gritaba, lloraba y quería matar a Iván, pero mi padre lo frenó. Mi hermano no nos había contado nah'. Todo fue mu' desagradable, conque permíteme que no ahonde mucho en el tema. Sólo te diré que la muchacha quería denunciar, pero sus padres la convencieron de lo contrario.

—¿¡Cómo!?! —Me levanto del sofá, indignado—. ¿¡La convencieron de no denunciar!?

—Sé lo que estás pensando, pero no olvides que ocurrió hace diez años, y que en los pueblos tan pequeños todos nos conocemos.

—Ah, ya. El *qué dirán* que tanto os preocupa a vosotros, ¿no? —lanzo un sonoro resoplo.

—Exactamente. Te diré la verdad': creo que hicieron lo correcto, porque de haber abierto la boca la chica habría estado' marcada para toda su vida.

—Claro, la víctima hubiese sido la señalada, no el agresor. ¿Te parece normal lo que estás diciendo, Ana María? Menuda mentalidad, qué asco. —Le aparto la mirada.

—Agente...

—Qué injusticia que todavía haya personas que piensen como tú —continúo hablando sin mirarla—, y me da igual lo pequeño que sea este pueblo o que todos os conozcáis: no es un argumento decente.

—A ver, ya, pero...

—¿Y los padres de la chica? —la interrumpo—. Esos no son padres, esos son unos sinvergüenzas. Qué pena que gente así pueda tener hijos y a otros nos resulte imposible...

—Agente, podríamos debatir largo y tendido sobre tó' esto, pero no creo que sirviera pa' nah'. Además, todavía no sé por qué estás aquí.

Sorprendido por eso último que dice, le busco la mirada. Tiene razón. No estoy aquí para discutir sobre la bajeza moral de esos padres y de la propia Ana María, no. Ése es un asunto que no me incumbe. Yo estoy aquí por otro tema.

—Ya, a ver... Háblame sobre la herencia. Vi algunos mensajes que le mandaste a Iván, pero no me quedó claro.

—Pues aquello fue la gota que colmó el vaso: nuestro padre murió hace unos cinco años, y nuestra madre hace poco más de dos. Como ya no necesitábamos la casa de la familia, la pusimos a la venta, y se vendió, pero con nocturnidá' y alevosía, como se suele decir. Iván se encargó de todo a mis espaldas. Falsificó mi firma, sobornó a un notario... Y se quedó con tol' dinero, que no era mucho porque la casa era mu' modesta, pero era, al fin y al cabo, *nuestro* dinero.

—Vaya —susurro limpiándome la comisura de los labios con las yemas—. Déjame decirte que cada vez estoy más sorprendido con Iván. Robarte a ti, a su propia hermana...

—Lo sé, no tiene escrúpulos.

—¿Recuperaste tu parte de la herencia?

—No, ni siquiera lo intenté demasiao', no tenía ganas de empezá' una guerra. Él usó el dinero pa' mudarse a Madrid, que era su sueño desde hacía mucho, y yo, al menos, logré perderlo de vista.

—Pero se quedó con tu dinero. No entiendo cómo permites que te robe.

Ana María se ahoga en un suspiro y responde desganada:

—Agente, es mi hermano. Es la cruz que me ha tocao' llevar a la espalda.

—Ay, ¡qué tercos sois los de pueblo! ¿Lo sigues queriendo?

—¿A Iván? Por supuesto que no. Dejé de hacerlo hace tanto...

—Ana María, como te imaginarás, no he venido aquí sólo para escuchar tus penas, sino para algo más. Ahora que sé lo que ocurrió entre vosotros, debo pedirte un favor.

—Oh, no, creo que sé por dónde vas. —Se echa hacia atrás, como rechazando mi petición incluso antes de escucharla.

—Debes denunciar a Iván.

—No —contesta tajante—. No lo hice en su momento y no voy a hacerlo ahora.

—Pero ¿por qué? —pregunto atónito, sin comprender la razón por la que lo protege tanto—. Sí, es tu hermano, ¿y? ¿Eso es motivo para que le consientas todo lo malo que te haga? ¡Por el amor de Dios!

—Roberto, eres un tío de ciudad y no sabes cómo funcionan las cosas en un pueblo tan pequeño como éste. Si denunciara a mi hermano, acabaría en boca de todos los vecinos, y el honor de mi familia se vería manchao' para siempre.

—¡Oh, cómo no, otra vez el *qué dirán* y la tontería del honor!... Precisamente, si tanto quieres honrar la memoria de tus padres —señalo vehementemente las urnas con el dedo—, deberías reclamar justicia. Sabes que Iván no sólo no es una buena persona, sino que es un estafador, ya te lo he contado.

—Agente, de verdad que no puedo.

Los ojos de la mujer se vuelven vidriosos y ésta se apresura en esconder su rostro con las manos, como avergonzada por mostrar su debilidad. Esta imagen me impresiona y entristece a partes iguales.

Quizás estoy siendo demasiado duro con ella. Quizás debería intentar ser más empático, ponerme en su piel. Quizás no se trata de que ella no actuara en el pasado por desidia o consentimiento, sino por el miedo a verse sometida al ostracismo social en su propio pueblo, en su hogar.

Tiene verdaderos motivos para tener miedo, y probablemente jamás nadie la haya apoyado en esto hasta ahora.

—Ana María... —Rebajo el tono e intento hacerla entrar en razón—. Quienes no quieran comprender la motivación de tus acciones, te aseguro que no merecen que te preocupes lo más mínimo por lo que piensen. No se vive de la opinión de los demás, y, en cualquier caso, siempre tendrás la opción de mudarte a otro sitio. Con todo el respeto: este lugar es una mierda.

—Ay... —Se muerde el labio inferior y se echa una mano a la cabeza, creo que comenzando a claudicar—. Ni siquiera tengo dinero pa' un abogado.

—¿Has oído hablar de los abogados de oficio? —pregunto con sorna.

—Roberto, tengo miedo. No sólo de mis vecinos, sino del propio Iván. ¿Y si viene a por mí?

La agarro de las manos y le susurro:

—Créeme que te entiendo, pero es una decisión que debes tomar tú. Lo que te aseguro es que somos muchos los que estamos intentando que tu hermano se enfrente a un juez: Alizée, Ylenia, yo mismo... Cada uno tenemos nuestros motivos, pero todos perseguimos el mismo fin: que acabe en la cárcel. Tu hermano es un criminal y no debería andar suelto ni un minuto más.

—Entonces, mi denuncia no es necesaria. Ya estáis vosotros pa' sentarlo en el banquillo.

—De eso nada, puede ser decisiva para que pise o no la cárcel. En todos estos años como policía he visto ya muchas cosas.

—Supongo que debo darle una pensá'.

Un fogonazo de luz que se abre paso violentamente en la oscuridad de la habitación me hace abrir los ojos: mi teléfono, en silencio, está recibiendo una llamada. En un primer momento hago caso omiso, pero, tras un rato de insistencia, acabo alargando la mano hasta la mesita de noche y respondo:

—¿Sí?... —pregunto al tiempo que pulso el interruptor de la luz.

—Hijo.

—Papá —Lanzo un profundo bostezo.

—¿Estabas durmiendo? —pregunta extrañado—. No es ni medianoche.

—Ya, ya... Hoy Drácula se ha tomado un descanso.

—Te he estado llamando. Estaba preocupado.

—Tenía el móvil sin sonido. ¿Qué quieres? —Me froto los ojos.

—¿Cómo ha ido todo por Murcia? ¿Sigues allí?

—Sí. Estoy en un hostel en Casas Nuevas. El día ha sido... largo. Agotador.

—¿Y Ana María?

—Bueno, pues... Oh, papá, ¿es necesario? Tengo mucho sueño.

—¡Vamos!

—Vale, vale. Ya te contaré con más detalle, pero, en definitiva, Ana María me ha confesado que Iván le robó su mitad de la venta de una casa herencia de sus padres. Ella jamás denunció, pero he logrado convencerla para que, por lo menos, reflexione sobre hacerlo.

—Estas sí que son *good news*, hijo, pero ¿lo hará de verdad?

—No lo sé, quizás sólo quería que dejara de molestarla, aunque tengo esperanzas en ella —suspiro cansado—. ¿Quién está hablando de fondo? ¿Es mamá?

—Sí, te manda recuerdos.

—Igualmente, dale un beso. Oye, voy a dormir ya, ¿eh?

—Espera. ¿Le has dado tu número a Ana María?

—Sí.

—¿Y ella a ti el tuyo?

—Sííí, papá, sí.

—No seas tan impaciente. Comprende que debo asegurarme de que lo has hecho todo bien.

—Lo sé, señor detective, lo sé. Por cierto, ¿cómo van las magulladuras?

—Mejor, sanando. Espero que hagan que encierren al que me ha hecho esto.

—Claro que lo haré, papá. ¿Puedo colgar ya?

—No, debo contarte algo: esta tarde llegó a la oficina la información que solicitamos en el Registro de la Propiedad Central.

Doy un brinco en la cama y trago saliva, nervioso.

—¿Y bien?

—Carmina tiene cuatro propiedades en total: dos pisos en Madrid, uno en el que vive y en el que se veía con Iván, y otro que me he tomado la libertad de investigar y he descubierto que está alquilado; una bodega en La Rioja, y un chalet en Málaga que tiene como segunda residencia.

—Vaya, gracias por ayudarme con la investigación, aunque este ya no sea tu caso. Ahora ya sé dónde puedo empezar a buscar. Aprovecharé que estoy en Murcia y mañana tiraré para Málaga. ¿Quién sabe si Iván y su nueva novia han huido allí?

—Eso había pensado yo. Ya he hablado con *Alisei*, y mañana tomará un AVE hacia Málaga. Os veréis allí. Ella tiene la dirección de la vivienda de Carmina y un aparatito que le he prestado que os será de mucha ayuda.

—Eh, esto... Papá, te estás tomando quizás demasiadas libertades, ¿no te parece?

—Sólo quiero ayudar.

—Pero este ya no es tu caso, así que las cosas se hacen a mi manera. Por lo menos podrías haberme avisado.

—¿Qué hecho mal que tanto te molesta? —pregunta con inocencia.

—No deberías haberle dicho nada a Alizée. Ella tiene que quedarse en Madrid, trabajando. Ya sabes que tiene muchos problemas económicos, joder.

—No le vendrá mal despejar la mente un poco. Además, así conoce Andalucía —dice en un

tono que parece estar restando importancia—. Por cierto, esa chica, la francesita... Está colada por ti, que lo sepas.

—Mi corazón se acelera.

—¿Por qué dices eso? ¿Ha comentado algo?

—Yo le he sacado el tema. Le he dicho que sé que os estáis viendo de forma íntima, y le pregunté qué intenciones tiene contigo.

—¡Papá, joder! ¡¿Cómo coño se te ocurre preguntarle eso?!

—Simplemente me preocupo por ti, Roberto. Es hora de que sientes la cabeza de una vez, y *Alisei* me gusta.

—Se llama Alizée, no *Alisei*, a ver si te aprendes su nombre de una vez. Y te recuerdo que tengo más de treinta años, conque deja que yo me encargue de mis relaciones, ¿de acuerdo?

—Vale, vale, tranquilo —dice con total parsimonia, como si la reprimenda no fuera con él—. ¿Quieres saber lo que me ha confesado o no?

—Pues... ¡evidentemente sí!

—Dice que, aunque eres muy guapo, no fue amor a primera vista, sino un sentimiento que ha ido creciendo poco a poco, y que está muy ilusionada contigo y quiere seguir conociéndote, pero que teme que este interés no sea mutuo.

Dudo un instante si lo que escucho es fruto de una broma o no. Suena demasiado bonito como para parecerme real, pero mi padre jamás gasta bromas.

—¿Estás diciendo la verdad?

—Jamás te mentaría, hijo. Me pidió que no te contase nada y yo le aseguré que no lo haría, pero... —deja el resto de la frase en el aire—. Supongo que a los mayores se nos va la cabeza.

Aunque no lo puedo ver, me imagino cómo está guiñándome el ojo con complicidad.

—Nunca has sabido guardar un secreto —le recrimino en tono jocoso.

—Encima que lo hago por ti.

—Bueno, gracias, supongo.

—Un placer, hijo. Deberías pedirle salir formalmente. Ser novios y esas cosas ¿Lo harás?

—¡Papá!... Me voy a dormir, ¿vale?

—Muy bien. Recuerda: mañana por la mañana coge un avión, el tren o lo que te dé la gana, pero llega a Málaga lo antes posible, que allí estará *Alisei*.

—Se dice Alizée, y descuida. *Ciao*.

Alizée · a la mañana siguiente

Me bajo del AVE y, con paso vacilante, comienzo a caminar. Las piernas me tiemblan y el corazón me va a mil.

Siguiendo las indicaciones que Roberto me dio, abandono la estación de ferrocarril por la salida más cercana y alcanzo la calle. Miro en derredor, perdida, pero sólo visualizo muchos taxis y caras desconocidas. ¿Dónde estará?

Compruebo la hora: las 16:19. Ya debería haber llegado.

—¡Alizée! —escucho su voz a lo lejos.

Giro la cabeza y encuentro su preciosa mirada —siempre acompañada de su preciosa sonrisa — en la distancia, a unos diez metros. Comienza a andar hacia mí, y yo, de pie y quieta, me limito a observar cómo viene vestido hoy: pantalón vaquero corto y camiseta ajustada de tirantes negra que me permite apreciar su esculpido torso.

—Alizée... —pronuncia ahora con tono más delicado al tiempo que me alcanza; a continuación, me estruja entre sus fuertes brazos y me besa en la boca. Yo, como no puede ser de otra forma, me derrito como un flan.

—Roberto... —susurro satisfecha—. ¿Cuándo llegaste?

—Hace poco. A las siete abandoné Casas Nuevas en taxi y fui hasta Totana, una pequeña ciudad cercana. Llegué justo a tiempo para montarme en un autobús que pasaba por allí y venía a Málaga. Ocho horas de trayecto, estoy molido.

—Guau —lanzo un silbido de impresión—, qué paliza.

—Ya. —Me mira de arriba abajo—. ¿No has traído ni siquiera una maletita pequeña?

—No, ¿y tú?

—Qué va, lo puesto.

Roberto me señala una cafetería y me invita a tomarnos algo mientras charlamos. Acepto.

Nos metemos en el local y pedimos un par de refrescos y sándwiches que me saben a gloria por el hambre que tenía.

—Estuviste con mi padre, ¿cierto?

—Sí —me limito a responder.

Veo que padre e hijo han estado hablando. Espero que Agustín no le haya contado nada de lo que le confesé...

—Te ha dado algo, ¿verdad?

—Ajá. —Asiento con la cabeza y saco de mi bolso una pequeñísima grabadora negra con forma de botón o adorno que se sujeta a la ropa—. Dice que, si localizamos a Iván, es mejor que grabemos la conversación. Por si acaso.

—Tiene razón. Mi padre es un verdadero profesional —sonríe con orgullo.

—¿No será mejor avisar a la policía y ya, cuando llegue el momento?

—Lo haremos, pero no perdemos nada por llevar la grabadora preparada.

—De acuerdo. ¿Cómo te ha ido por Murcia?

Me explica con detalle todo lo que habló con la hermana de Iván, inclusive aquel horroroso episodio de la violación, así como que Roberto la convenció de reflexionar el interponer acciones penales contra su hermano.

—Siento que, poco a poco, estamos acercándonos cada vez más a nuestro objetivo —digo cuando termina de hablar.

—Dios te escuche. ¿Tienes la dirección?

—Sí.

—Genial. A todo esto, Alizée...

—¿Ummh?

—Hay una cosa que quiero proponerte. —Su voz torna misteriosa y yo comienzo a temer lo que va a decirme.

—¿Sí?... —pregunto con los ojos entrecerrados.

—Sé lo que sientes por mí. Déjame decirte que yo siento exactamente lo mismo por ti.

Mierda.

Le apartado la mirada, avergonzada y con el ánimo perturbado. Me echo la mano a la cara. Su padre ha debido de contárselo todo. Maldito Agustín.

—Vamos, no seas tímida. Sé que esta cafetería no es el lugar más romántico del mundo, pero me moría de ganas de proponerte que lo intentemos. ¿Qué me dices? —me pregunta en un tono bajo para que nadie nos escuche.

—Ay, *mon Dieu*...

Ojalá me hubiera propuesto esto en otro momento, u ojalá las cosas fuesen diferentes. Roberto me encanta. Me ha estado volviendo loca desde el primer momento en el que lo vi, pero hoy he descubierto que algo se interpone entre nosotros, algo que yo temía desde hacía unos días pero que esta mañana he corroborado.

Justo antes de ir a la estación me metí en el baño, utilicé un predictor que acababa de comprar y... Oh, la gran 'sorpresa': estoy embarazada.

Ojalá estar embarazada de Roberto, así todo sería más fácil. Pero no. Él no puede tener hijos, ya me lo dejó muy claro, amén de que las fechas no cuadran. Esta criatura que está comenzando a gestarse en mi interior no puede ser de otra persona que no sea Iván, para mi enorme desgracia.

Recuerdo lo que sucedió. Yo había olvidado tomarme el anticonceptivo. Él no llegó a eyacular dentro, pero ya se sabe lo que dicen: antes de llover, chispea.

Roberto no aceptaría a este bebé, jamás. Lo repudiaría, y tampoco merece que le cargue ahora con esta responsabilidad. Me duele en el alma no poder aceptar la proposición que me hace, pero sería ponerlo en un aprieto. Además, yo ni siquiera sé qué hacer con el bebé. ¿Estoy acaso preparada para ser madre?

—¿Y bien, Alizée? Veo que no te ha hecho mucha gracia mi propuesta.

—No podemos salir ahora... —musito cabizbaja y mis ojos se humedecen.

—¿Por qué? —pregunta indignado—. Pensaba que te gustaba... Qué palo, Alizée. Me siento

ridículo.

—Sí me gustas, pero...

—¿Qué pasa? ¿Qué me estás ocultando?

—Dejemos las cosas como están, por favor.

—No, Alizée, necesito una explicación. *Exijo* una explicación.

—No me lo hagas más difícil... Vámonos ya a buscar a Carmina e Iván antes de que anochezca.

—Qué pena, Alizée, qué pena.

Iván · algunas horas después

Mi cuerpo titila excitado y el corazón me va a mil. Comienzo a jadear y se produce un inevitable encuentro entre nuestros ojos. Me encanta la carita de zorra que pone, y también me encanta observarla con la boca llena. ¿A quién no?

—¿Lo estoy haciendo bien? —pregunta a duras penas y con tono meloso.

—Lo estás haciendo de puta madre.

La respuesta era evidente y ella ya lo sabía. Es, al fin y al cabo, una profesional.

—Creo que voy a... ¿Tragas?

—Tratándose de ti, sí —responde con una pícaro sonrisa.

Me flipa esta mujer. Pensaba que no iba a volver a verla, pero la echaba tantísimo de menos y había disfrutado tanto con nuestro primer encuentro, que mis pasiones acabaron arrastrándome a buscarla de nuevo en el polígono e invitarla al chalet. Follármela en la cama y no en un coche era una idea demasiado poderosa. ¡No pude resistirme!

—Estoy a punto... Aaah...

Mi orgasmo se ve solapado por una sonora llave que es insertada en la puerta principal, a tan sólo unos metros de la habitación.

Me quedo petrificado y Claudia también. Oh, Dios, cuánto deseo que el suelo me engulla en este momento.

—¿Carlos?

Mierda, mierda, mierda. Es Carmina.

—¡Escóndete! ¡Y no hagas ruido! —le ordeno entre susurros a la prostituta al tiempo que la aparto de un manotazo de mi entrepierna.

La empujo violentamente hasta el armario, echo a un lado las perchas y la ropa colgada y Claudia se mete en el hueco que acabo de improvisar. Cierro las puertas y vuelvo a escuchar la impaciente voz de Carmina:

—¿Carlos? ¿Estás ahí? Escucho mucho jaleo.

Está caminando hacia mi dirección.

—¡Es-Estoy aquí!...

Rastreo rápidamente la habitación en busca de mis calzoncillos. Los localizo y, cuando me los estoy subiendo a la altura de las rodillas, Carmina llega al dormitorio.

—¿¡Qué haces!?! —pregunta con estupor.

—Eh, nada. Me estaba cambiando —fuerzo una sonrisa. Le echo un vistazo al despertador digital y veo que no son todavía las once de la noche—. ¿Qué haces aquí tan temprano? ¿No ibas a bailar con tu amiga? —pregunto con la voz quebrada.

—Marisa se puso indispuesta mientras cenábamos —contesta con frialdad—. ¿Te noto

nervioso?

—N-no...

Da unos pasos adelante e inclina su nariz hacia mi boca.

—Apeestas. Apeestas a alcohol.

—Ah, eh... —Inquieto, comienzo a rascarme con fuerza el cuero cabelludo—. Me aburría y...

—¿Por qué está la cama desecha? —pregunta interrumpiéndome y con la cara arrugada.

—Me tumbé...

Joder, me quiero morir. Si me pilla estoy acabado.

—¿Te crees que soy gilipollas, Carlos?

Ambos nos quedamos en silencio y descubro que no se trata de una pregunta retórica. Se agacha y coge el vestido de Claudia con la punta de los dedos, visiblemente asqueada.

—¿Tienes algo que decir? —Ahora Carmina suena consternada.

—No es lo que parece.

—¿Dónde está? ¿Debajo de la cama?

—No. —Me llevo la mano a la cara, avergonzado.

—¿Aquí? —Camina hasta el armario, lo abre y rompe a llorar de súbito al descubrir dentro a la prostituta desnuda.

—Carmina... —Intento consolarla agarrándola de la mano, pero ella me aparta con violencia.

—¡No me toques!

—Marcos, yo mejor me voy —dice Claudia mientras sale del armario.

Oh, mierda. Esto va de mal en peor.

—¿Marcos?... —Carmina nos mira intermitentemente a mí y a la prostituta—. ¿Marcos?... ¿Te llamas Marcos?... ¿No eres Carlos?...

—Cl-Claro que soy Carlos. Le di-dije un nombre falso a esta mujer... Carmina, yo te qu-quiero...

—Vete a la mierda —musita entre sollozos y, antes de que me dé tiempo a reaccionar, sale a correr y abandona el chalet.

Hago el amago de ir tras ella, pero me doy cuenta de que estoy todavía semidesnudo, conque desisto.

—Lo siento. —Claudia hace una mueca y me da una palmadita de consolación en la espalda.

—No es tu culpa... Ahora vete, por favor.

La he cagado. La he cagado mucho. Mi única obligación era hacer feliz a Carmina, y ni de eso he sido capaz. Acabo de arruinar una vida tranquila y cómoda en un casoplón y cerca del mar, y todo por un triste polvo. ¿Cómo se me ha podido ocurrir traer a la prostituta aquí, al chalet? No debería haber bebido tanto.

¿Qué coño voy a hacer ahora? ¿Enamorar a otra vieja durante un año para ganarme su confianza? Por Dios. Espero que Carmina sepa perdonarme.

Alizée · unos instantes antes

Con la cabeza apoyada sobre el cristal, mi mirada se pierde en el cielo oscuro y estrellado. Son las diez y media de la noche y tengo bastante sueño, pero me temo que la jornada todavía no ha acabado, ¡ni mucho menos!

Estamos pasando en estos instantes por Paseo del Parque. Ahora rodeamos la Fuente de las Tres Gracias y nos adentramos en el arbolado Paseo de Reding, desde donde podemos entrever la Plaza de toros de La Malagueta. Bonito edificio.

Exhalo un suspiro y empañó el cristal del coche. Estoy sentada en la parte trasera del taxi; Roberto en el asiento del copiloto. Apenas hemos hablado desde nuestra conversación en la cafetería, y tal cosa me oprime el corazón.

No paro de darle vueltas a la cabeza. ¿Debería contarle la verdad? Deseo y necesito estar con él, amarlo, pero no le puedo cargar con esta nueva obligación, no sería justo. Quizás a él no le importe... Bah, lo dudo. Claro que le importaría. Si supiera que estoy preñada de Iván, se le revolvería el estómago y jamás querría tocarme de nuevo. Pensaría que soy una irresponsable, y con razón. Quizás incluso me pediría que aborte para ambos poder estar juntos, pero, oh, me sería imposible. Creo que no puedo hacerle eso a mi bebé, sea el padre quien sea.

—Ay... —susurro con tristeza y noto cómo Roberto me observa de soslayo por el retrovisor.

Lo quiero, pero no puedo permitir que se me nuble la mente. Una mujer siempre debe tener claras sus prioridades, y un hombre jamás debe ser la principal.

Roberto

El taxista para unos metros antes de la propiedad de Carmina; la calle está bloqueada por el camión de la basura y sólo podemos avanzar a pie.

Caminamos una cuesta arriba muy empinada en silencio, un silencio incómodo que deseo romper, pero no me atrevo. ¿Por qué Alizée me trató así antes? ¿Por qué no se dignó a darme ninguna explicación? Le confesó a mi propio padre sentirse más que atraída por mí. ¿A qué viene, ahora, este cambio de actitud?

Me gustaría preguntarle todo esto y más, pero me niego a humillarme de nuevo. Estoy anonadado, furioso, triste, con un incómodo vacío en el estómago. ¿Habrá jugado con mis sentimientos para asegurarse de que la ayudo a encontrar a su ex y recopilar pruebas contra él? Puede ser, pero espero estar equivocado. Sería muy triste. La hubiese ayudado de todas formas, principalmente por vengar a mi padre. Ahora, sin embargo, me planteo volver a Madrid y dejarla aquí sola.

—Es allí —comenta Alizée mientras consulta *Google Maps* y nos acercamos a un chalet

antiguo pero señorial franqueado por un pequeño muro—. Y ése es el coche de Iván —dice señalando un vehículo aparcado en la calle.

—¿Estás segura? —pregunto con sequedad.

—Sí. Conozco la matrícula.

—Entonces lo hemos encontrado.

Llegamos hasta el muro y, asomándonos tras éste con discreción, observamos que hay luces encendidas dentro de la casa, pero no podemos ver nada por las cortinas de las ventanas.

—¿Qué hacemos?

—No lo sé. Vamos a alejarnos, por si acaso —respondo sin mirarla.

Retrocedemos unos metros y nos colocamos tras una furgoneta que nos dispensa cierto cobijo.

—Supongo que ya podemos avisar a la policía, ¿no, Roberto? Que lo detengan de una vez. No quiero estar en la calle a estas horas, hace frío...

Nuestras miradas se cruzan y no puedo evitar echarle un brazo por el hombro para calentarla. Ella parece agradecer el gesto y se acurruca en mi torso.

Justo en este instante, la puerta del chalet que vigilamos se abre y sale precipitadamente una señora muy elegante de sesenta y pico años. Sin llegar a cerrar la puerta, se lanza a la calle a paso rápido, muy rápido. Sus zapatos de tacón rompen el silencio de la desértica noche.

—¿Es Carmina? —pregunta Alizée, como si yo tuviera idea de qué aspecto tiene.

—No lo sé. Puede.

—¿Está llorando?

—Creo que sí.

La mujer camina cuesta abajo y comienza a alejarse demasiado.

—¿La seguimos? —propongo.

—Voy a hablar con ella. ¡Oiga! —Alizée eleva la voz tanto que temo que Iván esté cerca y la haya escuchado.

—¡Ssssh!

La señora se para en seco en mitad de la calle y nos acercamos.

—No me hagáis nada, por favor. No tengo dinero encima —implora con los brazos en alto.

—Sólo queremos ayudarla —me apresuro en tranquilizarla.

—¿A mí?... —pregunta mientras se seca las lágrimas del rostro.

Ahora que la veo de cerca, puedo comprobar que es una mujer muy atractiva, aunque en este momento, con el maquillaje corrido y esa expresión de tristeza, no debe de estar mostrando su mejor cara.

—¿Es usted Carmina? —habla ahora Alizée.

—Sí... ¿De qué me conocéis?

—Usted está con un tal Carlos, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué ocurre...? Esto no me está gustando nada, muchachos.

—El conserje de su edificio dice que se ven desde hace bastantes meses —le explico—. Déjeme avisarla de que ése no es su verdadero nombre.

—¿Cómo? —pregunta descompuesta—. Entonces la chica tenía razón... Se llama Marcos... —
Se lleva la mano a la boca, consternada.

No sé de qué chica está hablando, y por la expresión de Alizée ella tampoco.

—No, Marcos tampoco —continúo hablando—. Iván. Su verdadero nombre es Iván, aunque apenas lo utilice.

Carmina se muestra tan sorprendida que parece no creernos e incluso desconfiar de nosotros. La comprendo, esta situación es rara, por no hablar de que parece que acaba de vivir un momento difícil a juzgar por las lágrimas de su rostro. Le muestro mi placa policial y eso parece sosegarla un poco.

—Tenemos que hablar con usted sobre él.

—Si nos quedamos aquí nos encontrará —nos advierte.

—Vayámonos.

Continuamos andando cuesta abajo y, tras cinco minutos de caminata, entramos en un bar de copas cercano a la playa. El local es minúsculo y hortera, y las fuertes luces azules que inundan todo el negocio molestan a la vista. Dudo mucho que Iván intente buscar a Carmina aquí; no parece el tipo de lugar al que una dama como ella acudiría.

El coctelero nos recibe con un desganado levantamiento de barbilla e, inmediatamente después, vuelve a centrar la atención en un borracho con el que charla en la barra.

Para evitar ser amonestados, pedimos una bebida cada uno y nos apartamos a una mesa situada en una de las esquinas del local; más nos vale ser discretos.

—Estoy muy nerviosa —comienza diciendo Carmina—, y no sé si he hecho bien viniéndome con vosotros.

—Debes estar tranquila. Roberto ya te ha demostrado que es policía —replica Alizée.

—La placa podría ser falsa.

—No lo es —digo tajantemente—. En cualquier caso, si dudarás de nuestras intenciones en algún momento, eres libre de irte.

Dejo pasar unos instantes y, como Carmina no dice nada al respecto, continúo hablando:

—Supongo que tienes muchas preguntas. Pronto tendrás muchas más. Creo que, lo mejor, es que sea Alizée la que te explique qué hacemos contigo aquí, escondidos de Iván.

Ella acepta mi invitación de ser la encargada de revelar toda la verdad a la mujer, y comienza a narrar nuestro ‘periplo’: quiénes somos, su relación con Iván, aquel mensaje anónimo que recibió, cuando solicitó los servicios de mi padre, la paliza, cómo nos conocimos, Ylenia, Ana María, los mensajes del móvil de Iván, las estafas continuas, el incendio...

Mientras habla, yo la observo embelesado. Es preciosa. Es perfecta. Me encanta. Habla con un tono meloso que desarmaría a un vikingo. Gesticula con una delicadeza que casi parece que estuviera moldeando el aire. Su acento afrancesado es el más dulce del mundo. Es... excepcional. Qué pena tan grande que yo para ella no sea nada. Jamás hubiese imaginado que una mujer pudiese marcarme tanto.

Alizée termina de explicarse y deja a Carmina en un estado de desolación absoluto: con los codos clavados en la mesa y la cabeza hundida entre los brazos, no habla, ni se mueve, ni siquiera

nos mira. Parece agotada por el torrente de verdades que hasta ahora desconocía.

Tras un par de incómodos minutos en silencio, la mujer alza la cabeza y comienza a maldecir e injuriar a Iván. «Hijo de puta» y «malnacido» son los términos más favorables que utiliza para referirse a él.

Cuando termina de descargar su rabia, nos confiesa la ‘maravillosa’ relación que creía tener con Iván, así como la situación tan violenta que ha vivido hace tan sólo unos minutos atrás cuando descubrió a aquella mujer desnuda en el armario.

—¡Me siento una estúpida!

Le pido que no se culpe a sí misma, que no olvide que ella no es sino la víctima de todo esto. A punto de romper a llorar pero sin llegar a hacerlo, confiesa que lo que más le duele es que haya jugado con sus sentimientos y con su confianza.

No logro evitar sentir un nudo en el estómago al ver a Carmina en este estado de desolación, a una señora rica, regia, culta y con mundo, engañada por un paleta sin escrúpulos. Ahora comprendo lo poderosa que es la belleza, quizás una de las más peligrosas armas.

—Pero os diré algo —dice la mujer recomponiéndose y con el dedo en alto—: se habrá podido reír de mí, pero no va a quedar impune. Oh, no, os aseguro que no.

—Entonces, ¿está dispuesta a colaborar con nosotros?

—Por supuesto, agente. ¿Algún plan?

—Alizée, saca lo que te dio mi padre —le pido sin mirarla—. Por favor.

—¿Esto? —pregunta al tiempo que pone sobre la mesa la grabadora.

—*Voilà*. —Cojo el aparato con la punta de los dedos y se lo muestro, de cerca, a Carmina—. Quiero que vuelva al chalet, que logre que Iván admita todos los delitos posibles y que lo grabe. Será un testimonio que nos servirá frente al juez; una prueba irrefutable.

—¿Crees de verdad que hablará? —me pregunta Alizée, escéptica.

—Tengo mis reservas, pero ¿qué perdemos? Mi padre hizo bien en darte la grabadora.

—Agustín es un hombre astuto.

—Muchachos —nos interrumpe Carmina—, creedme cuando os digo que hablará. Por lo que me contáis, no tiene donde caerse muerto. Es un don nadie, un criminal de poca monta, un estafador del amor. Yo le hago la vida muy cómoda, y en varias ocasiones me ha confesado que es muy feliz aquí, conmigo, en Málaga. Sé que yo no soy la que le hace feliz, sino mis posesiones. Me necesita, y aprovecharé esta circunstancia para ponerlo entre la espada y la pared.

—¿Qué tiene usted pensado? —pregunto muy intrigado.

—Ya lo veréis. O, mejor dicho, ya lo escucharéis.

Carmina · unos minutos después

Intento insertar la llave, pero no acierto. El pulso me tiembla y la serenidad me falla. Son casi las dos de la mañana y se escuchan algunos grillos en la lejanía.

Abro la puerta y entro en mi chalet. Camino despacio, tanteando la casa a oscuras, intranquila. ¿Dónde estará?...

—¿Carmina? ¿Eres tú?

Es su voz la que escucho.

Camino hasta el dormitorio y lo encuentro tumbado sobre la cama, ahora vestido, pero con expresión medio perdida, supongo que a causa de la botella de *whisky* vacía que lo acompaña.

—¿Estás solo?

—Sí... ¡Hip! La prostituta ya se fue...

—Ah, ¿que encima era puta? —pregunto sorprendida—. Creía que simplemente era una... amiga. Podrías haberte ahorrado el detalle.

—Lo siento... Hip.

—¿Estás borracho?

—Como una cuba. —Suelta una débil carcajada—. Fui a buscarte y di vueltas por la zona, pero no te encontré. ¿Dónde fui... fui... fuiste?

Casi no puede ni hablar. El muy vicioso se ha bebido todo el alcohol que ha podido o que le ha dado tiempo. Mejor. Tenía pensado emborracharle yo misma para hacerle cantar; veo que no hará falta.

—A dar una vuelta. Tenía que pensar.

Me siento en el borde de la cama, me quito los zapatos y pego discretamente la grabadora a un lado de la mesita de noche.

—¿Y qué has pensado?

—En que no me quieres. En que me has estado utilizando todo este tiempo.

—Claro que te quiero. —Me acaricia la espalda—. Lo de antes fue un error. Te juro que no volverá a ocurrir.

—No te creo. —Trago saliva y me preparo para lo que estoy a punto de decir—. Quizás, lo mejor, es que te vayas y no nos volvamos a ver.

La expresión de su cara cambia por completo y ahora me mira muy serio. Temo que reaccione de forma violenta, más teniendo en cuenta el estado de embriaguez en el que está. Si la situación se pone peligrosa, Roberto y Alizée, que escuchan todo por *Bluetooth* y están tras el muro del chalet, me han asegurado que intervendrán.

—¿Cómo puedes decirme eso, amor?... —Se abraza a mi cintura, como un niño aparentemente inocente pero con malas intenciones, y una sensación gélida recorre mi cuerpo—. ¿De verdad me

dejarías ir, con lo que nos queremos? ¡Hip!

—Quiero perdonarte, pero necesito que seas sincero conmigo por una vez.

—¿Cuándo no lo he sido? —pregunta con recelo.

—Lo sé todo, Iván.

Sus ojos se abren como platos y noto cómo su respiración se corta. Se incorpora y se sienta en el filo de la cama junto a mí. El corazón me va a mil. Espero, por Dios, que no me haga nada malo.

—Jamás imaginé que me llamarías por ese nombre —musita ahora en un tono mesurado, como si se hubiese recuperado de la borrachera en cuestión de segundos.

—Pues ya ves...

El silencio es absoluto y sólo una tenue luz ilumina la habitación. Esto parece la escena final de una película, aquella en la que se tiene una conversación decisiva y luego ocurre algo, ¿pero algo bueno o malo? ¿Es el villano derrotado o éste acaba con su pobre e indefensa víctima? Siento verdadero miedo por mi vida.

—Cuéntame lo que sepas —me exige—. Ya.

—Es todo bastante reciente: antes de huir de Madrid, porque sé que para ti el venirnos al sur ha sido una huida, una chica se puso en contacto conmigo para avisarme de que eres un mentiroso, un embustero, un estafador. «Corres muchísimo peligro estando con él», me advirtió. Y me enseñó pruebas, Iván, pruebas irrefutables. Sentí pánico de ti.

Traga saliva y me pregunta de quién estoy hablando.

—Alizée.

—Alizée... —Iván aparta la mirada un momento—. Menuda hija de puta —susurra entre dientes.

—Sabemos que has estado manteniendo relaciones paralelas con ambas. Ella sospechaba de ti y contrató los servicios de un detective para investigarte. Luego, no le quedaron dudas.

—Agustín...

—Sí. Sé lo que le hiciste, ¿sabes? Sé que le diste una paliza. Y sé que me pediste irnos de viaje porque sabías que Alizée te acabaría denunciando, tarde o temprano. No necesitabas descansar y desconectar, como me intentaste hacer creer. Necesitabas huir como una rata.

Él se rasca la barbilla mientras me escucha, atento. Siento pavor tan sólo de pensar que, quizás, está sopesando qué hacer conmigo, si callarme para siempre o sabe Dios qué. Aun así, continúo intentando soltarle la lengua:

—Sé que no eres abogado; ni gestor administrativo, como le aseguraste a la chica francesa. La estafaste durante cerca de un año: impuestos, dinero destinado a las mejoras de un coche, mentiras respecto a que tu madre estaba enferma... Lo sé todo.

—...

—También conozco la existencia de una tal Ylenia. Fingiste un cáncer para sacarle todo el dinero posible. Ah, y no olvidemos la herencia que le robaste a tu hermana. Sí, sí, su mitad del dinero de la casa. También lo sé. —Esgrimo una desafiante sonrisa—. Todo muy rastroso, ¿no crees, Iván?

—Me estás acusando de cosas muy graves sin haber escuchado mi versión. ¿No has pensado en ningún momento que, quizás, Alizée te ha engañado?

—No, Iván, sé que no. He visto pruebas. Pero déjame decirte algo. —Me pego un mordisquito en el labio inferior—: no me importa absolutamente nada.

—¿Cómo?...

Bien, está tan sorprendido que lo he desarmado.

—Lo que escuchas. Me da igual que hayas hecho cosas malas, ¡todos las hacemos! Pero tú me gustas, y sé que yo te gusto, o al menos la vida que te proporciono. No soy tonta, ¿sabes? Sé que te gustan las chicas de tu edad, es normal. Pero las de tu edad no suelen ser tan pudientes. Y casi ningún hombre de mi edad se conserva medio bien: a partir de los cincuenta, cuesta abajo y sin frenos.

—¿A dónde quieres llegar, Carmina?...

—A que tú y yo formamos un tándem perfecto, querido. Nos compenetramos bien, y no está entre mis planes perderte.

—¿Hablas completamente en serio?

—Que no te quepa duda. Yo ya sabía todo esto cuando te regalé el reloj de oro, y creo que tal cosa dice mucho. Sólo quiero que tengamos una relación honesta, sin mentiras, sin prostitutas y sin más delitos, no hay necesidad. Tengo dinero de sobra, y todo lo mío es tuyo, ya lo sabes, incluso mi corazón —sonríe—. Solos tú y yo, Iván y Carmina, no Carlos y Carmina. Carlos no existe.

—Guau... —lanza un silbido de impresión y sonríe dichoso—. Increíble. No me esperaba esto.

—¿Pensabas que iba a salir corriendo al saber que eras un delincuente?

—Sinceramente, ¡sí! Confieso que todo lo que has dicho es cierto. Sospechaba que tarde o temprano averiguarías algo, pero no tanto. Eres una zorrita astuta.

Ya es mío.

—¿Y bien? ¿Qué dices a mi propuesta, Iván?

—Te digo que la acepto. —Me acaricia las manos—. He mentido durante demasiado tiempo, cegado, sin darme cuenta de que todo lo que quería ya lo tenía contigo. Ahora puedo ser yo mismo.

—Te amo seas como seas.

—Eres maravillosa y es ahora cuando me doy cuenta. Gracias por apostar por mí.

Empuja suavemente mi cuerpo sobre la cama, se desviste, recorre toda mi piel con besos y caricias y comienza a hacerme el amor por última vez.

Roberto

—Esta mujer es inteligentísima —comento mientras escuchamos en mi móvil toda la conversación que la grabadora capta—. Iván se lo ha tragado todo.

—Sí —asiente Alizée con la cabeza—, y no era fácil la misión de Carmina, ¿eh? Para mí hubiese sido mucha presión.

—Para ti y para cualquiera. Se nota que esta señora ha sido esposa de diplomático.

—¿Qué tiene que ver? —pregunta con cara de circunstancia.

—Suelen ser muy hipócritas y falsos —respondo en tono jocoso.

—Ah, bueno. Supongo que ya tenemos las pruebas que queríamos. Ahora podemos avisar a la policía, ¿no?

—Sí. Hagámoslo cuanto antes.

Alizée · a la mañana siguiente

Toc, toc.

Dejo la brocha sobre el lavabo y, con una desastrosa cara a medio maquillar, acudo veloz a abrir la puerta.

—Hey. —Con los brazos caídos, un sonriente pero nervioso Roberto entrelaza los dedos de las manos adoptando una graciosa postura típica de niño bueno.

—Hola. Pensaba que sería la limpiadora para meterme prisa.

—Venía para preguntarte si quieres que desayunemos juntos. Me gustaría hablar contigo y tal.

—Ya he desayunado. —Hago una mueca y miro mi reloj de muñeca—. Además, el buffet estará cerrado. Te acabas de despertar, ¿no?

—Sí —sonríe como un bobo.

Ambos hemos dormido muy poco. Anoche, tras avisar a la policía, esperamos frente al chalet de Carmina a que apareciera una patrulla.

En el silencio absoluto, sin compartir siquiera una palabra, esperamos con el corazón en un puño a que ocurriera algo. Un grito, un disparo, luces que se encendieran o apagaran... Cualquiera cosa, pero, sin embargo, el plato fuerte de la noche no se hizo esperar: tras sólo un par de minutos dentro, un agente sacó esposado de la casa a Iván para introducirlo en el coche.

Cuando lo vi... No sé definir exactamente lo que sentí, pero no fue agradable. Una especie de amalgama de resquemor, de amor marchito, de humillación, de triunfo y de condescendencia.

Yo lo observaba desde la acera de enfrente. Él me vio, por supuesto que me vio, y, pese a la distancia, pude percibir cómo se le transformaba la cara a medida que comprendía que Carmina lo había engañado como a un tonto; cómo el hechicero se había convertido en el hechizado sin darse cuenta; y, sobre todo, cómo *yo* había propiciado que ocurriera todo esto.

Una vez que se lo llevaron nos despedimos de Carmina, no sin antes intercambiarnos los números, por si la requerimos como testigo durante el futuro proceso penal. Luego, Roberto y yo tomamos un taxi y buscamos un hotel céntrico en el que pedimos una habitación para cada uno. Eran las cuatro de la mañana y han transcurrido ocho horas desde entonces.

—¿Quieres pasar o...?

—¡Sí! —se apresura en contestar.

Me aparto de la puerta, él entra y se sienta en una butaca de la habitación. Yo, sobre el filo de la cama, a su lado.

—¿Volverás a Madrid esta tarde? —me pregunta.

—Sí. Estaría genial ver Málaga y disfrutar de la playa, pero no tengo dinero, conque ahora saldré y compraré el billete de AVE más temprano que haya.

—Ya... Alizée, tenemos que hablar —dice muy serio.

—Eso ya lo has dicho.

—No es fácil, ¿sabes?

—Tienes razón, disculpa mi tono. —Junto las palmas de las manos a modo de disculpa—. Ayer estabas muy... ¿taciturno? Hoy te veo mejor. —Intento rebajar la tensión existente con una leve sonrisa.

—¿Cómo quieres que estuviera ayer? ¡Después de lo que te propuse en la cafetería y de la mierda de respuesta que me diste!...

—Ah, ya. Quieres hablar sobre eso, ¿no, Roberto?

—Sí. Pensaba que te gustaba. Se lo confesaste a mi padre. ¿Era acaso mentira?

—Ay, otra vez...

—Lo podría entender, Alizée. ¿Lo hiciste para asegurarte que te ganabas su favor? ¿Quizás con la intención de que me lo dijera, tenerme engatusado y así yo continuar la investigación contra Iván? No te culpo. Se trata de supervivencia, al fin y al cabo.

—Roberto.

—¿Qué ocurre? Tan sólo quiero una explicación.

—Si me dejaras hablar...

—Vale, disculpa. Soy todo oídos.

—¿Quieres que sea completamente honesta?

Él asiente con la cabeza y yo lanzo un pesado suspiro:

—Me encantas. Desde la primera noche. Desde que me follaste en aquel sucio servicio. Eres un tipo increíble: guapo, agradable, simpático, carismático, educado... Ojalá nos hubiésemos conocido en otras circunstancias.

—¿Por qué? ¿Qué otras circunstancias, Alizée?

—Pues... Yo... Yo... No, no puedo. Creo que no serviría de nada contártelo —digo cabizbaja.

—¡Por el amor de Dios, Alizée! —Me levanta la barbilla y nuestras miradas se encuentran—. Merezco una explicación y estoy preparado para cualquier cosa.

Roberto tiene razón; me nada sirve esconder mi estado. Al fin y al cabo, los juicios son lentos, y no podré ocultar mi barriga de aquí a unos meses, cuando nos veamos de nuevo.

—Estoy embarazada.

Noto cómo me desprendo de un gran peso que me alivia el alma.

—¿Qué?... —pregunta atónito.

—Sé lo que debes de estar pensando. Y no es agradable.

—Yo no puedo tener hijos de forma natural. ¿El padre es...?

—Sí. No hace falta que digas el nombre.

Él aparta la mirada y la centra en las vistas a la Plaza de la Marina, que se observa perfectamente desde la ventana. Aunque no creo que en estos instantes le interese lo más mínimo la famosa plaza.

Ojalá saber qué piensa exactamente. En cualquier caso, qué más da. Sé que acaba de perder cualquier interés que todavía tuviera en mí. ¿Quién diablos va a apostar por una mujer preñada por otro hombre?...

—¿Ése es el motivo por el que me rechazaste? —pregunta tras algunos segundos de reflexión.

—Claro.

—¿Claro? ¿Por semejante cosa?

Me muerdo el labio, indecisa. No estoy segura de adónde quiere llegar o qué quiere darme a entender.

—¿No estás molesto?

—¿Debería? La última vez que tuvisteis sexo fue antes de conocerme, ¿no?

Con el corazón latiéndome cada vez más rápido, asiento con la cabeza, y después añado:

—El día siguiente de hablar con Agustín por primera vez, y porque no me quedaba otra opción para no levantar sospechas.

—No tengo nada que reprocharte, Alizée. Sólo hay una cosa que no comprendo: ¿cómo permitiste que ocurriera?

—Aquellos días lo estaba pasando muy mal por el mensaje que recibí de Ylenia, y olvidé tomarme las pastillas. Iván no terminó dentro, pero...

—Antes de llover chispea —adivina Roberto.

—Sí. —Sonrío tímidamente.

—¿Qué harás con el bebé? —pregunta tras una breve pausa.

—Creo que tenerlo.

—Si me permites el atrevimiento, me encantaría cuidarlo junto a ti.

Intento decir algo, cualquier cosa, pero no soy capaz. ¿He escuchado bien o el cansancio me ha jugado una mala pasada?

—¿Estás hablando en serio?... —pregunto con los ojos vidriosos.

Antes de contestar, el policía acaricia mi mejilla y susurra:

—Por supuesto. Ya sabes mi deseo de ser padre.

—¡Oh, Roberto!... —No logro evitar romper a llorar de felicidad y me llevo las manos a la cara—. No sabes lo que acabas de hacer...

—¿No te parece bien? —pregunta preocupado.

—¡Al contrario! Que no te engañen mis lágrimas. Acabas de hacerme la mujer más feliz del mundo.

Nos miramos fijamente de nuevo y, sin necesidad de mediar palabra alguna más, nos fundimos en el beso más tierno del mundo.

EPÍLOGO

Alizée · 2 años después (verano de 2021)

Aún hoy, pienso en todo lo que ocurrió con Iván y soy capaz de recordar esos momentos como si los estuviera viviendo otra vez, especialmente la noche en la que lo detuvieron y la mañana siguiente.

Su mirada de asombro al verme... Jamás la olvidaré. En aquel instante comprendí que, por fin, iba a poder descansar después tantas semanas de quebraderos de cabeza, constantes cavilaciones e infinitas inquietudes. Y así fue. Con el paso del tiempo logré desembarazarme de cualquier rencor que guardara hacia Iván, y, a día de hoy, soy capaz de pensar en él desde la indiferencia absoluta. ¿Hago mal? ¿Perdono muy fácilmente? ¿Soy una estúpida? Puede, pero ¿y qué? ¿Acaso se gana algo odiando?

Es más, incluso le estoy agradecida. ¡Qué locura, eh! Pero fue gracias a él que me topé con *mi* Roberto.

La conversación que mantuvimos el policía y yo a la mañana siguiente de la detención fue, sin duda, uno de los momentos más felices de mi vida, el verdadero inicio de nosotros dos como uno solo, de nuestra historia en común, de nuestro viaje sujetos de la mano del otro hacia un mismo destino, de nuestro amor.

Todo se lo debo a él. Si no hubiese aparecido aquel día en mi habitación en busca de una explicación... ¡Tiemblo sólo de pensarlo! ¡Qué distintos caminos habrían tomado nuestras vidas!

Para celebrar el inicio de nuestra relación decidimos quedarnos en Málaga durante algunos días, conocer la ciudad y disfrutar de la playa. Mi adorado Roberto, conocedor de mis problemas económicos y siempre gustoso de ayudar, se ofreció a pagar todos mis gastos; yo acepté. Siempre ha sido un hombre muy desprendido conmigo, quizás la persona más generosa que conozco, ¡y no exagero! Como se puede ver con facilidad, él e Iván no tienen absolutamente nada que ver.

Tras Málaga, volvimos directamente a Madrid y fuimos a ver a Agustín y Sofía. Mentiría si dijera que no estaba nerviosa; Roberto, aunque lo negara, también un poco. Les dimos la noticia de que estábamos juntos, y, recibéndola de muy buena manera, me acogieron en su familia como a una hija más. Días después llegó el momento que yo más temía: contarles que estaba embarazada de Iván y que, aun así, Roberto quería permanecer conmigo. Fue enorme el alivio que sentí al comprobar que no sólo no me juzgaron, sino que nos apoyaron. Mis suegros son maravillosas personas, desde luego.

Respecto a Iván, inmediatamente después de ser detenido, el juez le decretó prisión provisional y fue conducido a un centro penitenciario de la Comunidad de Madrid, donde permaneció privado de libertad cerca de un año mientras se desarrollaba el proceso penal.

La grabación de Carmina resultó ser una prueba crucial que se sumó a todas las que ya habíamos aportado anteriormente, así como las grabaciones de unas cámaras de seguridad que aparecieron poco después y captaban el momento en el que Iván agredió a Agustín en plena calle.

Ylenia, por su parte, retomó la querrela que interpuso contra él, y Ana María, tal y como le había prometido a Roberto, también se querelló contra su hermano por la parte de la herencia que

le había robado. Esto último fue una sorpresa; llegamos a pensar que no se atrevería.

Lo mejor: a todas estas acciones legales se sumó la chica a la que había violado Iván años atrás. Al parecer y según nos contó, Ana María, tras mucho reflexionar, se puso en contacto con ella, le explicó la situación y la convenció de hacer lo que debió haber hecho muchos años atrás: denunciar. Sé que fue una decisión difícil, pero me alegro profundamente de que estas dos mujeres rompieran las pesadas cadenas del *qué dirán*. Es imposible vivir oprimida y ser feliz.

La mayoría de los delitos lograron ser probados e Iván fue condenado por ellos. Supongo que la pena de dieciséis años y medio que está cumpliendo le servirá, como mínimo, para arrepentirse de lo que ha hecho. y, con suerte, para convertirse en mejor persona.

El poco dinero que tenía ahorrado se utilizó para reparar, de forma proporcional, parte del daño que nos había ocasionado a sus víctimas. Ahora tiene un pequeño empleo en la cárcel y la mitad de lo que gana se destina, por orden del juez, para ir pagando sus deudas.

En cuanto a mi bebé, supongo que la gran incógnita es si lo llegué a tener o no. Pues bien: sí. Es un niño precioso, gordito, rubito, de ojos oscuros y muy risueño. Se llama François en honor a mi queridísimo padre.

Iván dispuso de un permiso extraordinario para venir a conocer a su hijo cuando nació, pero no quiso. Prefirió quedarse en su celda. Fue en ese instante cuando comprendí que renegaría de él de por vida, aunque yo prefiero que sea así. ¿Por qué? Pues porque tengo al hombre más maravilloso del mundo a mi lado, Roberto, y tener que mantener el mínimo vínculo con Iván no me apetece en absoluto.

Hace tan sólo tres meses Roberto y yo nos casamos. Celebramos la boda en un pequeño pueblo del País Vasco francés, para que quedara a medio camino entre mi familia y la suya, que, por cierto, mejor no se pueden llevar, pese a que apenas saben comunicarse entre ellos por cuestiones de idioma. ¡Mezclarlos en el convite fue una idea muy loca!

Ahora, mi marido, François y yo vivimos en un piso recién comprado en el barrio de Salamanca. A él lo han ascendido dentro del cuerpo de policía, y yo trabajo a media jornada en un centro privado de idiomas muy prestigioso. El resto del tiempo lo paso cuidando a mi hijo.

La mejor de las noticias llegó tan sólo unos días atrás: el juez ha aceptado la petición de Roberto para adoptar al pequeño François. Como estamos casados e Iván dio su asentimiento sin pensárselo dos veces, el proceso fue más fácil de lo que esperaba. Me hace tan feliz pensar que *mi hombre* es el padre de mi hijo... ¡Y se llevan muy bien! Roberto es un hombre excepcional, y me alegro profundamente de haber padecido todo el sufrimiento causado por Iván, pues sin él, hoy en día no estaría con mi media naranja.

Ambos hemos logrado nuestro sueño, que era formar una familia. Somos felices y nos profesamos ese amor tan sincero y leal que creía que sólo existen en las novelas y películas románticas. Me equivocaba.

Los sueños se hacen realidad, aunque cueste. Sólo hay que perseverar.

FIN

SOBRE LA AUTORA

Natalia Diván es una escritora española independiente afincada en la Costa del Sol. Si no quieres perderte ninguno de sus libros, puedes seguirla en [Facebook](#), en [Instagram](#) o en [Goodreads](#)

Si deseas recibir un email cada vez que Natalia Diván publique en su web (nuevas novelas, ofertas especiales, entradas de blog...), puedes suscribirte gratis en https://feedburner.google.com/fb/a/mailverify?uri=NataliaDivn&loc=es_ES.

PETICIÓN DE LA AUTORA

¡Muchas gracias por haber leído mi libro ‘El estafador del amor’! Ante todo, espero que lo hayas disfrutado tanto como a mí me ha costado crearlo. Lo confieso: escribir una novela, una serie, un cuento o cualquier tipo de historia es siempre una aventura ardua que demanda lágrimas, sacrificios personales y mucho esfuerzo, pero siempre, siempre, siempre —en serio, siempre— merece la pena cuando mis lectores/as me cuentan que los he ayudado a soñar, a olvidarse de los problemas y a que se les pase el tiempo volando. No existe mayor recompensa que esa.

Y por este motivo, querido/a lector/a, quería pedirte que valores este libro e incluso escribas una honesta reseña en Amazon. Soy consciente de que esto puede suponer cinco minutos de tu tiempo, y en este mundo tan agitado en el que vivimos cinco minutos son ciertamente muchos minutos, pero no te imaginas lo útil que me puede llegar a resultar tu esfuerzo. ¡Estoy deseando leerte con mucho gusto!

En cualquier caso, de nuevo: muchas gracias por haber leído mi libro, y ¡hasta la próxima!

Natalia Diván.

TAMBIÉN PUEDE INTERESARTE

Saga Amores Peligrosos:

Marina descubre a su novio siéndole infiel con otra mujer y, para ahogar las penas, decide ir, con su mejor amiga, a la discoteca de moda de la ciudad. Allí conocerá al misterioso Tony Vance, dueño del club, con quien surgirá una química increíble desde el primer momento. Pero él no es un hombre normal y corriente: sus ilícitos negocios pondrán en más de una situación peligrosa a Marina, que temerá por su propia vida.

Crimen, delincuencia, robos, brutales palizas y escenarios tan variopintos como Marbella, Brasil o Argentina te aguardan en esta gran aventura.

Si te apasiona el romance con grandes toques de acción, prepárate para sumergirte en la increíble saga de Amores Peligrosos, donde descubrirás a temerarios personajes con mucho amor para dar.

Esos ojos me sueñan:

Amy está pasando por uno de sus peores momentos: ha sido despedida de su trabajo, no tiene dinero y se ve forzada a abandonar su apartamento y a mudarse a una de las peores zonas de Nueva York. Entonces, la suerte comienza a sonreírle: gana un pequeño premio de lotería y está a punto de ser contratada en una de las revistas locales más afamadas de la ciudad, The Blue Magazine.

Por azares del destino, Amy acaba surcando el mar Mediterráneo en un crucero en el que se topará con alguien del pasado, alguien a quien tenía muy olvidado, que le había hecho mucho daño y que, años después, la hará desestabilizar otra vez.

Si crees en las segundas oportunidades, prepárate para disfrutar con la historia de amor más bonita de este otoño: Esos ojos me sueñan.

FRAGMENTO DE ‘ESOS OJOS ME SUENAN’

Queridos amigos (y queridas amigas), me han pedido que os hable de la que yo considero una historia maravillosa que me cambió la vida, una historia de la cual fui protagonista, junto a otra persona, durante el verano de 2016, hace ya tres años. ¿Tenéis ganas de conocerla? Pues continuad leyendo.

Creo que sería adecuado establecer como punto de partida mi estancia en Barcelona. Era la primera vez que visitaba la ciudad (y Europa), y lo hacía con la intención de desconectar y de recuperar la inspiración que tanto me hacía falta para un trabajo muy importante que debía entregar. Pero antes, empecemos por el principio:

Me llamo Amy Mayer, soy estadounidense y, en la actualidad, tengo treinta y seis años. Nací en Youngsville, Pensilvania, una pequeña población donde jamás ocurre nada. Vivía en una granja con mis padres, que se dedicaban principalmente a la agricultura y también a la ganadería, y con mis siete hermanos (sí, siete, habéis leído bien). Yo soy la menor de todos ellos.

Tuve una infancia normal, aburrida y relativamente feliz. Recuerdo esos años como tranquilos, el problema es que lo eran demasiado. Odiaba Youngsville. Era, y todavía es, el típico pueblo lleno de catetos en el que cualquier asunto es criticable: si eras amable con el farmacéutico, mal; si eras antipático con el farmacéutico, también mal, y así siempre.

Nos conocíamos todos y, por supuesto, no se podía hacer nada sin que el vecindario entero se enterase. A los forasteros (como los llamaban allí) siempre se les miraba con recelo, como si fueran *aliens*. Quizás, por haber nacido en Youngsville, me fascinaban tanto desde pequeña las grandes ciudades en las que puedes perderte tranquilamente y nadie te conoce; donde puedes relajarte, ser tú misma y no recibir críticas por ello, o al menos no tan despiadadas.

Mis padres no tenían demasiados recursos económicos, y gran parte del dinero que ganaban se iba solamente en alimentar a sus hijos, por lo que rara vez podíamos permitirnos grandes vacaciones. Eso sí, todos los años hacíamos un viaje ‘sagrado’ a alguna ciudad en coche, normalmente que estuviese cerca: Búfalo, Erie, Cleveland, Pittsburgh... Se trataba de un gran evento que esperábamos como agua de mayo, sobre todo yo, que me fascinaba todo lo que tenían las urbes y Youngsville no: rascacielos, luces por todas partes, infinidad de vehículos y personas, artistas callejeros, tiendas de ropa moderna, gente extravagante... Solíamos pernoctar en la ciudad en cuestión una noche o, como mucho y de forma excepcional, dos.

Como mi familia era tan numerosa (nueve miembros en total), evidentemente no todos cabíamos en la vieja tartana que teníamos desde hacía quince años, así que le pedíamos prestado el coche a algún vecino, que casi siempre nos lo cedía a regañadientes y pidiéndonos que tuviéramos mucho cuidado. Mi padre conducía un vehículo y mi madre el otro.

Éramos muy humildes, pero conformistas y felices. Recuerdo esos años como los mejores de mi vida, y casi los únicos en los que no sufrí depresiones. Pronto, todo cambió.

Con doce años viví una de las tres grandes desgracias de mi vida: mi madre murió por culpa de un cáncer bastante avanzado que le habían diagnosticado un año atrás y que, pese a todos los esfuerzos que se realizaron, acabó rápidamente con su vida.

Su pérdida me afectó gravemente, y desde entonces me sumí en una profunda depresión; el

resto de mi familia, por el contrario, lloró su pérdida durante meses, pero con el tiempo logró superarla. Yo no.

Me recomendaron acudir a un psicólogo, me dijeron que me haría mucho bien y que, con su ayuda, saldría adelante, pero mi padre no podía permitirse mandarme a un psicoterapeuta, y menos en ese momento en el que los ingresos mensuales habían mermado. Sin embargo, logró encontrar un plan B, una solución al problema (o eso pensaba él): me encomendó al sacerdote del pueblo. A mí al principio no me hacía gracia hablar de mi trauma con un anciano con túnica, pero al menos, supuse, sabría guiarme espiritualmente. «Ahora tu madre está en un lugar mejor, en paz, y algún día te reencontrarás con ella», solía decir para consolarme.

Mi familia es cristiana y ésa es la cultura en la que me eduqué, así que no me costó convencerme de lo que me decía el sacerdote respecto a que mi madre estaba en el cielo y todas esas cosas. Con el tiempo comencé a llevarme mejor con él, y he de decir que me ayudó bastante y, posiblemente, me libró de caer en una depresión todavía peor de la que padecí, aunque no lograra recuperarme por completo.

Hasta ese momento yo había sido una chica más o menos sociable, que tenía amigas y salía a la calle a jugar, pero con el tiempo acabé convirtiéndome en una adolescente arisca y huraña. Mi rutina era ir de casa al colegio y vuelta, y así estuve durante años. No tenía motivación por nada. Perdí a mis amigas y jamás me interesé por ningún chico del pueblo, pese a que algunos de ellos me habían incluso pedido salir (por aquel entonces seguía siendo una chica delgada, con cara bonita y muy guapa). Estaba hastiada, agotada de Youngsville. Necesitaba aires nuevos.

Todos mis hermanos y hermanas, al cumplir la mayoría de edad, habían decidido trabajar en la granja con mi padre o, a lo sumo, conseguir un trabajillo en la tienda de comestibles. Habían optado por quedarse en ese maldito lugar que les vio nacer, pero yo no podía. El recuerdo de mi madre estaba demasiado presente allí, y si quería avanzar y deshacerme de todo el dolor que me acompañaba, debía escapar.

Con dieciocho años me mudé a Nueva York. En ese momento quise estudiar periodismo, pero mi padre no tenía dinero para cubrirme los gastos (el maldito dinero siempre poniéndome trabas en mi camino a la felicidad), por lo que tuve que borrar de mi mente la idea de ser universitaria. Empecé a trabajar como camarera en el Bronx y así logré costearme el alquiler de una habitación, aunque apenas me sobraban dólares para nada.

Pese a que amaba la ciudad, al principio se me hizo muy difícil acostumbrarme a ella, especialmente a esos barrios que no salen en las postales ni en las películas, excepto en las de gánsteres; a esas calles oscuras y peligrosas que rápidamente comprendí que no me convenía transitar a ciertas horas. Nueva York era (y es) enorme, pero me sentía sola.

Conforme transcurrió el tiempo, comprendí que mi decisión de huir de Youngsville había sido la acertada: el dolor que iba vinculado al recuerdo de mi madre comenzó a esfumarse lentamente, y poco a poco logré pensar en ella con cariño y no con tristeza.

A los tres años de mi estancia en la ciudad, había logrado cambiar de empleo y mudarme a un apartamento compartido en Brooklyn con una buena amiga (ahora trabajaba como oficinista en Manhattan; el sueldo no era gran cosa, pero más de lo que ganaba como camarera). Esta amiga de la que os hablo es Lindsay. Desde que la conocí, siempre hemos sido inseparables, como uña y carne, y fue mi principal apoyo durante muchísimos años, tanto en los buenos momentos (los que menos) como en los malos.

Para ese entonces yo me había convertido en una muchachita despampanante: con buen cuerpo,

cara bonita, muy elegante y siempre vestida a la moda. Pero todavía seguía siendo un poco depresiva, y como jamás salía de casa para conocer a chicos, no tenía ni idea del potencial que poseía.

Lindsay me pedía constantemente que saliésemos por ahí a divertirnos y a tomar una copa, pero yo siempre rechazaba sus ofertas. No me apetecían nada, hasta que un buen día decidí hacerle caso e ir a una discoteca a bailar.

Pese a que tenía veintiún años, aquélla fue la primera vez que salí de fiesta, y he de decir que me lo pasé genial. Desde entonces, comencé a salir con Lindsay más o menos una vez cada dos semanas. Aquellas escapadas nocturnas por la ciudad me daban vida, y mi depresión comenzó a desaparecer.

Una noche, mientras tomábamos un cóctel en la barra, se acercó hasta mí un muchacho muy guapo, con el que jamás había hablado, para invitarme a una copa. ¡Qué vergüenza sentí, quise que la tierra me tragara! Se presentó y me besó la mano como todo un caballero de antaño. Su nombre era Johnny.

Nos conocimos y, al poco tiempo, Johnny y yo nos enamoramos y comenzamos a salir. Él era súper especial, muy atento, agradable, educado, romántico... Me encantaba, y también me gustaba el hecho que fuese creyente, como yo. Para mí la religión siempre ha sido algo muy importante, y si decidía comenzar una relación con alguien no lo hacía por pasar el tiempo, sino con la intención de hacerlo de forma seria y formal.

Fuimos novios durante dos maravillosos años muy intensos en los que, siempre que podíamos, pasábamos tiempo juntos. ¡Incluso hablábamos de casarnos! Él me devolvió la felicidad, y yo por fin tenía ilusión por vivir.

Sin embargo, ya que había logrado levantar la cabeza, el Destino se puso de nuevo en mi contra, y es aquí donde ocurre la segunda gran desgracia de mi vida: Johnny me abandonó un día para otro.

Sucedió sin esperármelo porque estábamos genial. Una noche hablamos por teléfono, como siempre solíamos hacer, nos despedimos de forma normal y a partir de la mañana siguiente no supe nada más de él. Lo llamaba y no respondía; me presentaba cada dos por tres en su apartamento, pero no estaba. Nadie en su facultad tenía ni idea de qué había ocurrido con él, ni siquiera su casero sabía adónde había ido.

Acudí a la madre de Johnny y me explicó que no podía contarme nada por deseo expreso de su hijo. Al menos me aseguró que estaba vivo y no le había ocurrido nada malo. Me alegré de que estuviera sano y salvo, pero no me quedé tranquila. ¿Por qué había huido de mí? ¿No me soportaba, quizás ya no me quería? ¿Había conocido a otra? ¿Se trataba de algo más grave? Todas estas incógnitas me atormentaron noche y día, pero no les pude dar respuesta.

Como ya imaginaréis, me sumí de nuevo en otra depresión, y esta vez en una más fuerte que la anterior: a la pérdida de Johnny se sumó de nuevo, por algún motivo, el triste recuerdo de mi madre. Pensaba en ella constantemente, en lo que la necesitaba en esos momentos tan duros para que me consolara... En fin, me convertí en una joven de veintitrés años amargada, sin ganas de vivir y descuidada, que comenzó a comer mal y a engordar. Pronto, todos mis maravillosos vestidos dejaron de quedarme bien.

Volví a perder la ilusión de vivir, y padecí emociones y momentos muy parecidos a aquellos que había sufrido, hacía ya nueve años, con la muerte de mi madre. Pero, ¿cómo iba a lograr, en esta ocasión, salir de aquel pozo? ¿Iba a recurrir, de nuevo, a la ayuda de un sacerdote? «No, de

ninguna manera», me dije. Esta vez haría las cosas bien y acudiría a un profesional de la psicología, aunque eso implicara gastarme hasta mi último centavo. El problema es que no tenía ni un centavo, pero sí una buena amiga. Lindsay me ofreció pagarme la mitad de las sesiones, y yo logré pagar la cantidad restante haciendo horas extras. Siempre le estaré agradecida por toda la ayuda desinteresada que me brindó.

Así, empecé a acudir, cada dos semanas, a terapia con un psicoterapeuta muy bueno llamado Dom que me cobraba sesenta dólares. Fue, sin duda, una de las mejores inversiones de mi vida, y eso que al principio era un poco escéptica de que fuera a servir para algo.

El tiempo transcurrió, Dom supo guiarme para superar la pérdida de mi madre y el abandono de Johnny (con la ayuda de ansiolíticos y antidepresivos). Poco a poco, al estar mejor, comencé a ir a su consulta de forma menos asidua, aunque siempre le hacía tres o cuatro visitas al año. Todo iba sobre ruedas y yo empezaba a ver la luz al final del túnel. Fue entonces cuando ocurrió la tercera gran desgracia de mi vida:

Mi jefe solía ser muy simpático conmigo, demasiado. Sabéis por dónde voy, ¿verdad? Un día, para el mayor de mis asombros, tuvo la nefasta idea de propasarse agarrándome el culo. Yo no iba a pasar por ahí y lo golpeé en el pecho para apartarlo. Enfureció, me llamó puta y me dijo que si quería seguir trabajando para él debía realizarle una felación. Estaba desesperada y sabía que perder mi empleo me iba a traer consecuencias nefastas, pero no estaba dispuesta a pasar por lo que me pedía. Era demasiado degradante, amén de que aquel tipo era repugnante y posiblemente no tuviese una buena higiene íntima. Así pues, al rehusar a ‘bajar al pílón’, perdí mi trabajo.

Al desaparecer mi única fuente de ingresos (y como no tenía ahorros), me resultó imposible pagar mi parte del alquiler. El sueldo de Lindsay no era gran cosa, por lo que tampoco pudo hacerse cargo de la totalidad de la mensualidad. Le suplicamos a nuestro casero que nos diera tiempo, un mes al menos, hasta que encontrase un nuevo empleo para poder pagarle. ¿Respuesta? Que «nanay». Nos echaron y nos vimos obligadas a trasladarnos a East Harlem, una de las peores zonas de la ciudad, pero bastante más barata, donde alquilamos una habitación para ambas en un piso compartido con un ucraniano, un rumano y un ruso. Sí, sé lo que estáis pensando.

El ucraniano y el rumano resultaron ser bastante agradables con nosotras, aunque eran muy sucios y solían tener el baño (el único del apartamento) orinado hasta las paredes. Posiblemente esto es lo que llevaba peor de la convivencia con ellos.

El ruso siempre estaba borracho, y una noche intentó entrar en nuestra habitación para Dios sabe qué, pero afortunadamente los otros dos lo frenaron. No sé qué hubiera ocurrido sin ellos.

Las calles de East Harlem eran bastante peligrosas, especialmente por la noche. Por aquel entonces Lindsay estaba a una hora en metro de su lugar de trabajo, y salía de trabajar a las ocho de la tarde, conque, cuando llegaba a casa, ya era de noche. En más de una ocasión vivió alguna situación peligrosa, e incluso acabó llevando siempre consigo una navaja escondida, por si acaso. Yo salía por el barrio lo mínimo posible.

A las dos semanas de habernos mudado a ese nuevo apartamento acudí a una entrevista de trabajo para cubrir un puesto como redactora de reportajes de actualidad para una revista local, *The Blue Magazine*. Ya os conté antes que siempre me ha gustado el periodismo, y que uno de mis sueños frustrados era haber estudiado la carrera en la universidad, por lo que podréis adivinar que me hacía especial ilusión que me cogiesen para este trabajo.

Desafortunadamente, a mi entrevistadora no le hizo ni pizca de gracia que hubiese aplicado al proceso de selección sin estar en posesión del título universitario de periodismo. «Sabes que es

un requisito», me dijo. Le pedí que me diese una oportunidad, y le expliqué que, pese a no haber ido a la facultad, había estudiado mucho de forma autodidacta (mentira, pero coló). Estuvimos hablando largo y tendido sobre todo un poco: mis periódicos favoritos, escritores que suelo leer, política, sucesos internacionales... Logré impresionarla lo suficiente como para pasar a la siguiente prueba: me pidió que, en un máximo de catorce días, realizase una redacción sobre el tema que prefiriese (siempre y cuando estuviera relacionado con la ciudad) y se la entregase. «De acuerdo», contesté.

Pero, ¿de qué diablos iba a escribir? ¿Qué tema interesante existía en Nueva York que no estuviese ya manido? ¿Conseguiría entregar el trabajo a tiempo? No me veía capaz y, sin embargo, había aceptado el reto.

A la salida de la entrevista sucedió algo muy especial: compré un boleto de lotería. Y esto es especial porque nunca he solido hacerlo. Bueno, pues, ¿sabéis qué? ¡Que me tocó un premio de seis mil dólares! Ay, no podía estar más feliz cuando aquella noche comprobé el resultado por Internet. ¡Seis mil dólares! Estaba contentísima. Era la primera vez que ganaba algo en la vida.

El problema es que no sabía qué hacer con el dinero. ¿Lo ahorraba, nos íbamos Lindsay y yo a un apartamento mejor, lo invertía...? Acudí a por consejo a la persona más lúcida que conocía: Dom, mi psicoterapeuta.

Como esta vez fui a su consulta en calidad de amiga y no de paciente, no me cobró nada.

Era la primera vez que lo veía después de seis meses, así que le narré todo lo que me había ocurrido y que fuese digno de mención: el manoseo de mi exjefe, el nuevo barrio donde vivía, la entrevista de trabajo, la lotería... Es increíble lo que me aconsejó que hiciese con el dinero: que me fuera lejos, y mientras más lejos, mejor. Que buscara inspiración para el artículo que debía escribir en otro país.

En un principio me mostré reticente. ¿Por qué a otro país? «Oh, vamos, en los Estados Unidos hay muchos sitios donde seguro que logro desconectar y pensar en una buena idea para la redacción», le contesté, pero me insistió en que entrar en contacto con una cultura diferente me vendría muy bien. No lo llegué a comprender, pero me convenció. Al llegar a casa se lo comenté a Lindsay y se mostró en desacuerdo con lo que estaba a punto de hacer: «Eres una inconsciente, Amy». Y en parte, en lo más hondo de mi ser, estaba de acuerdo con ella, pero por algún motivo quería hacer caso a mi psicoterapeuta, estuviese o no de acuerdo. Confiaba en su criterio ciegamente.

Aquella misma noche miré ofertas por internet, y encontré un viaje en crucero de siete días cuyo itinerario incluía varias ciudades portuarias mediterráneas, la mayoría italianas, y que zarpaba desde Barcelona en tan sólo cuatro días. Quedaban pocas plazas y yo me hice con una de ellas a un precio especial.

«Bueno, pues ya lo he hecho», me dije a mí misma, nerviosa y emocionada a partes iguales. Era la primera vez que iba a viajar a Europa (y que iba a salir de los Estados Unidos), ¡y encima sola! Tenía miedo, pero sabía que esta experiencia me sería muy enriquecedora. Preparé mi maleta con ropa elegante y con una libreta y un bolígrafo para el trabajo que debía entregar. Ya estaba lista para la aventura.

Así fue, queridos amigos, cómo acabé en España, sentada en una mesita de una coqueta cafetería de Paseo de Gracia, aquel 2 de julio de 2016.

Había llegado a Barcelona el día anterior para hacer algo de turismo, y la verdad es que no

paré ni un instante de visitar los monumentos y lugares más emblemáticos de la ciudad. Estaba agotada, así que tuve que parar a beber un café para recobrar fuerzas. Mientras tanto, miraba el papel en blanco que tenía sobre la mesa.

Había colocado ahí la libreta para empezar a trabajar en la redacción, pero no se me ocurría nada. Tenía la mente nublada, y comenzaba a desesperarme y a sentirme una fracasada por no ser capaz de pensar en alguna buena idea.

Desistí. Pagué el café, dejé una pequeña propina y me levanté para continuar recorriendo Paseo de Gracia. Los edificios modernistas tan característicos de aquella avenida, proyectados en el pasado por Dalí o Lluís Domènech i Montaner, me enamoraban y fascinaban por igual. Tenía ciertas nociones de historia del arte (había leído sobre la materia por puro placer), conque esas edificaciones y formas no me eran desconocidas.

Me fijé en un escaparate oscuro y me vi reflejada en él: se presentaba ante mí una Amy de treinta y tres años, con bastantes kilos de más, pero con una hermosa cara, buen color, pelo ondulado y delicado, y que vestía una blusa blanca de seda muy chic con unos pantalones cortos, color caqui y holgados. Había descuidado mi físico, es cierto, pero no mi imagen. Hasta entonces no me había importado demasiado mi peso, pero, por algún motivo, en ese instante sí. Deseé apuntarme al gimnasio, hacer deporte y volver a presumir de la delgada figura que tenía cuando salía con Johnny. *Quizás sea el momento*, pensé.

Continué caminando abstraída en mis pensamientos, hasta que una sinfonía llamó poderosamente mi atención.

Me uní a un corrillo de personas que rodeaban a un grupo de música. Estaban tocando una de mis canciones favoritas de la infancia: *Smooth Criminal*, de Michael Jackson. Me la sabía de memoria.

«*Annie, are you ok? So, Annie are you ok? Are you ok, Annie?*», tararé al unísono que la cantante. Terminaron la actuación y la chica pasó su sombrero con la copa hacia abajo por delante de los espectadores para pedir propina. Supuse que hubiese sido muy feo y desconsiderado haberme ido en ese momento (como hicieron otros), así que abrí mi cartera y le di una moneda.

Me retiré de allí y retomé la caminata sin rumbo. El cielo comenzaba a oscurecerse y mi barriga rugía, por lo que decidí buscar algún restaurante no demasiado caro para recargar fuerzas.

Al día siguiente me embarcaría en el crucero y estaba verdaderamente nerviosa. Se esperaba mucho de mí: Lindsay, la entrevistadora, mi psicoterapeuta y yo misma teníamos en mi persona grandes esperanzas de que volviera a los Estados Unidos con un gran proyecto periodístico que me permitiera obtener el nuevo empleo. Lo necesitaba y lo deseaba, pero no sabía si sería capaz de cumplir las expectativas.

De lo que yo no tenía ni idea, y ni siquiera podía imaginarlo, es que este viaje supondría para mí un antes y un después absoluto en mi vida.

¿Quieres continuar leyendo esta novela? Puedes hacerte con ella clicando [aquí](#).